





FLOR del INFIERNO

GEORGE O. SMITH



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



George O. Smith

FLOR DEL INFIERNO

Título original: *The Hellflower*
George O. Smith, 1952
Traducción: R. Conde

CAPITULO I

A Charles Farradyne le habían quitado la licencia. Luego a ello se añadió el formidable escándalo que la prensa armó. De manera que cuando cuatro años más tarde Howard Clevis localizó a Farradyne trabajando en las plantaciones de hongos de Venus lo que encontró fue un hombre desprovisto ya de resentimientos porque era un hombre acabado. Farradyne miró estúpidamente a Clevis al verle entrar en el astroso albergue.

—Me llamo Howard Clevis —dijo su visitante.

—Muy bien —murmuró Farradyne—. ¿Y qué? —Se quedó contemplando desaprobadoramente la pechera de una de las pocas camisas limpias que existirían en varias millas a la redonda.

—Tengo un trabajo para usted, Farradyne.

—¿A quién quiere que asesine?

—Vamos, no se ponga usted así. Usted es el mismo Charles Farradyne que...

—Que precipitó el *Semíramis* en El Pantano. Y usted es Santa Claus, ¿no?

—Se trata de algo digno, Farradyne.

Farradyne emitió una risa nerviosa. Sonó de una manera agria y desprovista de todo humor.

Cuando el sonido de la risa aún no se había extinguido Farradyne añadió:

—Mire, Clevis. Habiendo como hay a mano miles de pilotos del espacio con la licencia en orden y que pueden tripular una nave espacial honradamente, cualquiera que venga hasta Venus para ofrecer un trabajo a Farradyne no puede ofrecer cosa limpia.

Clevis dirigió una mirada calculadora a Farradyne.

—Creí que se alegraría de la oportunidad.

—Yo soy un holgazán, pero no un asesino.

—Ya le dije...

—Usted ha dicho mucho y nada. ¿De manera que ha venido a ofrecerme un trabajo?

—Sí.

—No parece cosa buena.

Clevis sonrió tranquilamente. Tenía el aire de un hombre que sabe lo que está haciendo. Era un tipo de mediana estatura, con algunas hebras blancas en sus cabellos y unas profundas arrugas en la frente y alrededor de los ojos. Su rostro poseía carácter, pero era difícil saber si este carácter provenía de su dignidad o de su bajeza. Sólo era posible adivinar que era duro. Duro, sin duda alguna. —Estoy aquí porque le necesito, Farradyne. Sé que está usted amargado, pero...

—¡Amargado! —exclamó Farradyne poniéndose en pie y atravesando el destartalado cuarto en dirección a Clevis—. ¡Amargado! ¡Dios mío! Me arrastraron y me encerraron, de manera que ahora pueden ofrecerme la honrada posibilidad de una rehabilitación antes de terminar del todo conmigo. ¿Cree usted que estoy a gusto en esta ratonera?

—No. No lo creo. Pero, escúcheme, ¿quiere?

—Nadie me escuchó entonces a mí. ¿Por qué he de escucharle yo a usted ahora?

—Porque tengo algo que decirle —dijo Clevis—. ¿Quiere oírlo?

—Adelante.

—Me llamo Howard Clevis y pertenezco al Departamento Solar de Antinarcóticos.

—Bueno, no tengo nada que ver. No uso. Y no tengo mucho trato con quienes lo hacen.

—No se está celebrando un juicio en estos momentos y nada de lo que usted responda va a ser utilizado en contra suya. Por eso vine solo. Se equivoca usted en cuanto a la intención. Pero le diré una cosa, Farradyne: si yo fuera usted haría algo para salir de este apestoso campo.

—Hay cosas que incluso un holgazán no haría. Y no le debo a usted nada.

—Un error. Cuando precipitó usted el *Semíramis* en El Pantano, hace cuatro años, mató usted a uno de nuestros mejores hombres. Le necesitamos, Farradyne. Y usted nos debe, pues, algo. ¿De acuerdo?

—Cuando ocurrió lo del *Semíramis* nadie me escuchó. ¿Querría usted que yo le explicara ahora?

—No. No quiero.

—Fue un duro golpe para mí.

—También para el hombre que usted mató.

—¡Yo no maté a nadie! —gritó Farradyne.

Clevis le contempló tranquilamente, aunque Farradyne era lo bastante corpulento como para dejar fuera de combate al pequeño y duro visitante.

—Bueno no he venido a discutir tal cosa —dijo—. Y tampoco intento hacerlo. Sea como sea el modo de sentir de usted, la cuestión es ésta: he venido a ofrecerle la oportunidad de salir de este lugar. Es un empleo en el espacio.

—¿Qué le hace pensar que yo voy a actuar de soplón?

—No es un trabajo de espionaje. Es un empleo como piloto espacial.

—Apostaría...

—Usted apostaría y yo ganaría mil por uno.

Farradyne se sentó en la desvencijada cama.

—Bueno, hable Clevis. Le escucharé.

Clevis hurgó en su cartera y sacó de ella una flor.

—¿Sabe usted lo que es esto? —preguntó tendiéndole el capullo a Farradyne.

Farradyne lo contempló por un momento.

—Podría ser una gardenia, pero no lo es.

—¿Cómo lo sabe?

—Pues porque no iba usted a recorrer la mitad de Venus sólo para traerme una gardenia. De manera que es un loto de amor.

Clevis pareció algo enfadado.

—Pensé que era posible...

—¿Por qué cree usted que he de saber más que un botánico?

Clevis sonrió.

—Los pilotos espaciales a veces resulta que saben cosas muy interesantes. No, no esperaba que supiese más que un botánico. Pero...

—Por lo que sé sólo hay una manera de decirlo: intentarlo. Gracias. No me hace gracia eso. No lo logrará usted de mí.

—Ni lo intentaría. Pero escuche, Farradyne. En los últimos doce años hemos esparcido cuidadosamente los nombres de media docena de hombres con el fin de que pudieran introducirse entre el mercado de la «Flor del Infierno». Para nuestra desgracia, de un modo o de otro hemos perdido a los seis. El enemigo parece tener un buen sistema de espionaje. Nuestros hombres actúan como operadores de ellos y terminan mal. Los operadores del loto son capaces de detectar un piojo en el teléfono.

—Y yo soy un piojo.

—Usted es un documento convincente.

Farradyne sacudió la cabeza enfadado.

—No de esta clase. Los tipos como usted me quitaron la licencia y me arrojaron de donde estoy, pero nadie ha sido capaz de colocarme etiquetas de mala especie.

—Entonces, ¿por qué le retiraron la licencia?

—Porque alguien necesitaba un espantajo.

—¿De modo que es usted inocente?

Farradyne hizo un gesto de desesperación.

—Muy bien —dijo volviendo a su primitivo letargo—. Pero recuerde que toda la prueba consistió en mi palabra contra sus afirmaciones. Yo salí libre, ¿recuerda? Falta de pruebas dicen los libros. Pero me quitaron la licencia y me prohibieron volver a trabajar en el espacio y eso es peor que la culpabilidad plena. Mire dónde estoy. Pero desistiré de volver sobre ello, Clevis.

Clevis sonrió de nuevo.

—Usted era un buen piloto, Farradyne. Quizá demasiado bueno. Lo malo era que estaba usted demasiado seguro de sí mismo. Consiguió usted muchos tickets rosa por hacer proezas y por coleccionar mujeres ante las que hacer exhibiciones. Lo hubieran considerado un accidente de no haber sido usted el protagonista. Pero dejemos quieto al fantasma. Fue una buena lección y usted desea comenzar de nuevo. Le necesitamos.

Farradyne gruñó y sus labios se torcieron un poco. Se levantó de la cama que permanecía sin hacer y fue hacia un lamentable vestidor de donde cogió una botella se sirvió un trago en un vaso muy sucio. Bebió un sorbo y entonces se dirigió hacia la ventana en donde permaneció en pie mirando hacia la obscuridad y hablando casi consigo mismo. Clevis escuchaba.

—Hice mi súplica. Una oración en una noche de catástrofe. Un hombre luchando contra el destino que le burla como la muchacha de aquella historia que volvió al cuarto de su madre en el hotel y encontró que todo rastro de su existencia había sido borrado. Mozos, taxistas, capitán de barco y oficina del hotel, todos coincidían. Hasta la policía negaba su existencia. ¿Recuerda? Así es el caso de Farradyne, Clevis. ¿Sabe lo que pasó? Mi primer error fue decirles que alguien entró en la cabina de control mientras aterrizaba. Contestaron que nadie se hubiera atrevido a hacer tal cosa porque todos saben el peligro que supone distraer la atención del piloto durante esa maniobra. Nadie —añadió— correría el riesgo de asesinarse a sí mismo y el resto de los pasajeros hubiera impedido que nadie subiera las escaleras en tal momento, puesto que sabían el peligro que corrían

ellos mismos.

«Prácticamente me empujaron a la cárcel cuando insistí que había tres personas en la cabina. Un piloto está maniatado a su silla durante el aterrizaje y es ciego para todo lo que no sea el aparato. No tiene tiempo de ir haciendo jueguecitos aquí y allá. Todo lo que hice fue gritarles que se marcharan de allá con todos los diablos. Cuando rozamos la escarpadura y nos hundimos en El Pantano, yo salí despedido por el capuchón de observación. Hallaron los restos del *Semíramis* algunos meses más tarde y sólo encontraron un esqueleto en la cabina. Esto me dejó por mentiroso. Además el esqueleto era el de una mujer. Entonces todos asintieron comprendiendo y diciendo: «¿Una mujer? Bueno, ya sabemos cómo las gasta Farradyne.» De manera —añadió con amargura el piloto— que me quitaron la licencia y me despidieron. Y no hay trabajo en ninguna parte para un hombre que todo lo que sabe hacer es navegar por el espacio. Ni siquiera me dejaron olfatear una nave espacial, quizá pensaban que no-dría robar una, olvidando que no hay sitio donde esconderla. Quizá pensaban que robaría Marte también. De manera que si quiero un trago me preguntan si es verdad que el jugo de la jungla hace ver alucinaciones, si enciendo un cigarrillo se interesan por saber si es marihuana, y si pido un trabajo quieren saber cuánto debo. Y aquí me tiene usted en este campo endemoniado haciendo de jardinero de setas. —La voz de Farradyne cobró un tono agudo y amargo—. El moho crece aquí por todas partes, hasta en el pelo y debajo de las uñas, hasta que uno olvida lo que es estar limpio y la esperanza y la ambición se pierden porque uno ha sido arrojado al extremo del Universo; pero aun así uno ansia que venga algún día en el cual poder demostrar al sistema solar entero que no es el desgraciado que ellos pintaron. Y en. ese momento, en lugar de ofrecerle a uno una oportunidad, un hombre viene hasta aquí a decir que necesita un desacreditado profesionalmente con una hoja de servicios manchada. Es un consuelo realmente pequeño, Clevis.

Farradyne estornudó sobre el vaso y luego lo arrojó por la ventana con un gesto irónico.

—Le diré bastantes cosas —dijo de pronto tranquilamente—; entre otras, necesito ganar bastante dinero para beber *White Star Trail* en vez de esta podredumbre.

—De acuerdo, pero, ¿acepta?

—Será duro —admitió Farradyne—. Fie estado a esta dieta de jabón y vitriolo durante demasiado tiempo. Pero deme usted un mes de preparación.

—No puedo ofrecerle mucho más tiempo —dijo Clevis—. Pero es posible que esto suponga una esperanza para usted. Ayúdenos a liquidar la banda de la «Flor del Infierno» y habrá usted avanzado mucho en el camino de borrar esa mancha de su expediente.

—Bien. ¿De qué se trata?

Clevis tomó una pequeña cartera de cuero de su maletín y se la tendió a Farradyne, que antes de abrirla, sabía que era una licencia de piloto espacial. La leyó con una sonrisa cínica. Luego preguntó:

—¿Dónde lo consiguió?

—Probablemente se trata de la única mixtificación oficial que existe. El Departamento Solar de Antinarcóticos —DSA— tiene que jugar muchas barajas. En primer lugar ese documento está hecho con el papel, la tinta y el tipo de letra preciso porque son auténticos —y Clevis sonrió—, y porque vienen de la misma oficina expendedora. El gran sello es el legítimo y las iniciales están puestas correctamente pero no por el hombre que se supone debe hacerlo. La licencia le permitirá a usted salir y entrar en todos los puertos espaciales y le dará todos los privilegios anexos a ella. Pero no está incluida en la lista del registro. Es una mixtificación formidable y usted no será molestado hasta tanto no tenga problemas. Las únicas personas que querrán comprobar la validez de tal licencia son justamente aquellas que tratamos de atrapar. Cuando descubran que su licencia está falsificada le ofrecerán trabajar para ellos.

—¿Y mientras tanto?

—Mientras tanto, usted tripulará una nave espacial conforme es habitual. Tenemos dos subcontratos para que empiece usted a funcionar. Le saldrán otros trabajos sin duda alguna. Pero siempre ha de recordar usted dos cosas.

—¿Dos?

—Sí, dos. La primera es que tiene usted que actuar con sentido común, no a lo loco. Recuerde qué v quién es usted. Y para que no le se olvide le i ei oí daré de nuevo que es usted un tipo de mala reputación. Tripulará usted una nave espacial que vale una fortuna y habrá mucha gente preguntándose y preguntando a otra mucha gente cómo diablos es usted quien maneja el aparato. Probablemente ninguno de ellos irán a preguntárselo a usted directamente, pero la posición de usted resultará la misma que la de un conocido gánster cuya única fuente de ingresos para mantener su cuenta de un millón de dólares, su yate y su tren de vida fabuloso es un puesto de perros calientes. El que posea todas esas cosas es sólo señal de que se administra bien.

—Comprendo —gruñó Farradyne.

Cíe vis añadió:

—No es cuestión de broma. Lo que va a continuación es importante Hará usted las cosas tal y como se le dicen y no de otra manera. En la primera ocasión en que tengamos noticia de que está usted haciendo el tonto le tendremos por las orejas a la mañana siguiente. Y si comete usted un error y lo cogen por ello usted aparecerá con una licencia falsa y una nave espacial que estará registrada en algún sitio absurdo y lejano. Y nadie le va a decir que le conoce a usted. Desde luego no la DSA. Y más aún: si en cualquier momento y por cualquier razón intentara usted comunicarse con alguno de nosotros le detendríamos por hacerse pasar por alguno de los nuestros. Usted es un desecho, Farradyne, un animal perdido con ambas patas en el fango y no nos será usted útil hasta que no esté usted bien hundido en él. Pero eso será más adelante. Ahora el segundo punto.

—¿Segundo? ¿No he contado ya diez o doce? —gruñó Farradyne.

—Era sólo el comienzo. El segundo punto es éste: Bajo ninguna circunstancia intente usted investigar aquel accidente suyo.

—Mire —dijo Farradyne con ardor—, he pasado cuatro años…

—En primer lugar nada de lo que usted haga convencerá a nadie de que usted fue un inocente testigo, de modo…

—Pero le digo a usted…

—El papel que va usted a desempeñar no le permitirá esclarecer aquel embrollo. Como tipo de pasado irregular, su comportamiento debe ser el de un hombre cogido en un mal paso y forzado a sufrir ante el público el tiempo necesario para ser perdonado antes de poder terminar con su situación de indeseable profesional. ¿Entiende usted bien?

Farradyne miró a Clevis. La ventana apareció ahora obscura. Desde la superficie de Venus no se veía estrella alguna. Solamente la Tierra, Júpiter, Sirius y Vega y otro par de astros brillantes en el firmamento. La llamada del negro espacio se dejó sentir en Farradyne. Se separó de la ventana y miró la cama deshecha, el muro sembrado de insectos, el desvencijado vestidor, el deteriorado suelo. Arrugó la nariz e intentó percibir el olor porque sabía que allí olería a sudor rancio, a ropa sucia, a cuerpo humano, pero su olfato estaba tan acostumbrado a esta atmósfera que no pudo distinguir tales olores.

Farradyne comprendió en esos escasos minutos, mientras Clevis le observaba tranquilamente, esperando su decisión, que había algunas cosas de aquel programa que se le ofrecía que ni siquiera un

desdichado, un real indeseable las aceptaría sin dudar. Farradyne se hubiera unido a los hombres de la «Flor del Infierno» sólo para salir de este abismo venusiano. Se volvió hacia Clevis.

—Vamos —dijo.

Clevis clavó una mirada aguda en el vestidor.

—No hay nada aquí, sólo recuerdos —dijo Farradyne—. Los dejo aquí. Buenos, malos o regulares, Clevis, soy su hombre sea lo que sea, lo que quiere que haga. Hace años que no deseaba un baño y una camisa limpia.

Al dirigirse Clevis hacia la puerta, Farradyne se dirigió al vestidor e hizo una muesca más en uno de sus laterales.

—Voy tras de usted —dijo.

II

Estaba más torpe de lo que él mismo había creído. Porque no habían sido cuatro años solamente de estar alejado de la cabina de control, la falta de ejercitación de los reflejos, de soportar velocidades supersónicas: habían sido cuatro años de abandono y entumecimiento totales. Sus músculos estaban rígidos, su piel desacondicionada, su vista no era ya tan rápida y todo él se hallaba bajo de tono. Estaba flaco y en malas condiciones físicas. Todas sus reacciones y reflejos resultaban lentos. Se alejaba del objetivo en algunas yardas, calculaba mal la velocidad y dirección, tal mal que Donaldson, que iba en el asiento del copiloto con sus manos colocadas sobre las palancas se agarrotaba convulsivamente o hacía fuerza con los pies contra el suelo, mordiéndose con fuerza los labios cuando Farradyne llevaba de aquí para allá la nave espacial. Practicaban en Mercurio, donde el tráfico era menor, en un Lancaster Ochenta y Uno y aunque era un modelo bueno por todos los conceptos Farradyne lo castigaba como si fuera un novato.

Le llevó un mes el estar de nuevo en condiciones. Un largo mes de severa disciplina, de vivir en la nave entrenándose y ejercitándose para recuperar el control de todos sus reflejos. Encontró que el cambio del jugo de la jungla por el *White Star Trail* no fue demasiado duro porque su mente estaba ocupada de continuo y no necesitaba vivir anestesiado. El *White Star Trail* era un don de los dioses para quien le gustara el sabor del buen whisky, pero no afectaba lo más mínimo las facultades del que lo tomaba. Era una bebida sintética que tenía el gusto del whisky escocés pero carecía de alcohol y Farradyne aprendió pronto que podía prescindir del acicate del licor en favor del agradable gusto del *White Star* porque nuevamente había nacido en él la ambición.

Eventualmente le dejaron solo. Donaldson se sentó en un sillón de abajo charlando con Clevis y pudo oírles discutir problemas que no se relacionaban con él. Los voces le llegaban de manera distinta por la

caja de la escalera. Eso le dio a Farradyne confianza en sí. Cogió el Lancaster Ochenta y Uno y ascendió, circunvaló Mercurio para hacer un aterrizaje y por un momento revivió aquel aciago día del pasado.

Había hecho la llamada al puerto espacial:

—*Semíramis* llamando a la torre Norte de Venus.

—Torre a *Semíramis*. Faro Nueve a once mil pies. Zona de aterrizaje, Doce. El tráfico es Uno Middleton, setenta y dos a treinta mil, tomado desde Faro dos y uno Lincoln cuatro-cuatro aterrizando en Faro Siete. Tenga cuidado con un Burbank Ocho-Experimental que está girando hacia setenta mil. Eso es todo.

—Confirmo, Torre.

Entonces oyó tras él la voz de una mujer. Sólo un murmullo, quizá una exclamación maravillada de una mujer que nunca había visto los indicadores, palancas, pulsadores y mecanismos de toda especie que rodean a un piloto espacial y que reclamaban toda su atención durante el aterrizaje. Según Farradyne había dos clases de gente. Una de ellas permanecía en el centro de tanta maravilla con las manos juntas temiendo estropear alguna cosa y la otra era aquella que no podía tener quietas las manos y sobaban palancas y botones aún a riesgo de quedar electrocutada.

Había treinta y tres personas a bordo, trece de ellas mujeres y Farradyne se preguntó cuál de ellas sería. No le importó.

—Vaya abajo, con cien pares de demonios —le espetó por encima del hombro.

El hombre que la había conducido hasta arriba hizo algún ruido. Farradyne fue más directo con el hombre. Una mujer podía haber llegado hasta allí por curiosidad pero un hombre tendría que saber que esta curiosidad podía ser mortal.

—Llévesela abajo, imbécil —gritó.

Un hombre viejo hizo un sonido que parecía una aquiescencia a lo que Farradyne había dicho. Hubo un intercambio de frases que duró hasta que uno de ellos tocó un tentador botón que sumió todo en la obscuridad. El *Semíramis* cayó como un disparo sobre el Puerto Espacial de Venus.

Farradyne fue sacado de su sueño por la voz del empleado del Puerto de Mercurio:

—«Lancaster desde la Torre. Está usted a medio grado de la pista de aterrizaje. Corrija.»

Farradyne respondió:

—«Instrucciones recibidas, Torre. Corregiré. Comprobaremos instrumentos tras haber aterrizado.»

—«Enterado, Lancaster Ochenta y Uno.»

Los recuerdos de Farradyne murieron aquí y su aterrizaje fue correcto y seguro. Casi tan bueno como los que solía hacer en los viejos tiempos.

Desechó todo esto de su mente y fue a abajo a ver a Donaldson y a Clevis. El primero le preguntó qué le había ocurrido.

—He pasado el día pensando en el *Semíramis*.

—Lo mejor es que deje de acordarse —dijo Clevis secamente.

—Ya lo he dejado.

—¿Ya? —Clevis miró a Donaldson. El piloto asintió—. Muy bien. Farradyne, ya está usted preparado. Esta es su nave. Va a ir usted a Ganímedes para trabajar allí. Tiene usted dinero más que suficiente para mucho tiempo en la caja fuerte, de manera que no tenga usted que recurrir a nosotros. Le pagarán a usted regularmente además por medio de Plutón. Vaya con calma y ayúdenos a salir de esto. Sólo recuerde que nada de locuras.

—No jugaré —prometió Farradyne.

Clevis se levantó.

—Espero que sea así. Y si no es por otra cosa recuerde que su... digamos... desgracia de hace cuatro años en Venus le ha colocado a usted en situación de convertirse en un benefactor de la humanidad. Espero que vea que está tan dispuesta a aplaudir a un héroe como a condenar a un desgraciado. No me obligue a tener que admitir que basé mi esperanza de terminar con la cuadrilla de la «Flor del Infierno» en un ser inservible. No me deje mal, Farradyne.

Clevis se marchó antes de que Farradyne pudiera encontrar palabras adecuadas. Donaldson se marchó con él, pero se detuvo en la puerta espacial para dar un consejo.

—Los pilotos son gente muy orgullosa, Farradyne. Buena suerte, amigo.

Una hora más tarde Farradyne estaba en el espacio entre Mercurio y Ganímedes. En su querido espacio, del que había estado privado durante cuatro largos y agotadores años. Respiró profundamente una vez que estuvo fuera de control y pudo poner en el Lancaster el piloto automático. Ya no existían los terribles olores y la miseria de la plantación de hongos y aquí estaban las claras y brillantes estrellas y un cielo de terciopelo» Aquí estaba la libertad del cuerpo cuando menos. Y posiblemente también la del alma. Era un duro camino el que tenía ante sí y aún más difícil resultaría demostrar su inocencia.

Pero por la primera vez desde que había sido arrojado como un indeseable sentía que tenía una oportunidad ante sí.

En Ganímedes estaba anocheciendo y en Júpiter había una media luz en el horizonte cuando aterrizaba en él. Pasó por la Oficina de Control e inscribió su Lancaster como nave de transporte. Ei empleado que tomó su licencia para hacer la inscripción alzó una ceja de modo sorprendido al leer el «Readmitido» que se leía en el sello que cruzaba el documento pero no hizo comentario alguno. Farradyne no era el único que tenía en su licencia un sello parecido y él lo sabía. Muchos pilotos habían sido suspendidos por hacer un mal aterrizaje con un oficial a bordo o hacer una llegada lateral en lugar de seguir verticalmente al faro.

Tomó la cartera de cuero y se la puso de nueva en el bolsillo. Miró la lista de recogida que no era demasiado larga. Farradyne sabía que tenía bastante posibilidad de empleo aquí y si era así, esto se añadiría al dinero que Clevis le hubiera dejado. El negocio espacial era bastante extraño y Farradyne se encontró capaz de aprovechar sus oportunidades porque no en vano había estado trabajando cuatro años entre aquellas abominables setas. Sus oportunidades eran excelentes: era raro el piloto dueño de su propia nave espacial. La mayoría las tenían alquiladas y resultaba bastante gravoso el ir haciendo los pagos mensuales. Algunos pilotos no llegaban nunca a comprar la nave pero lograban ir viviendo con lo que sacaban. Un piloto con una nave propia podía exprimirla de verdad y hasta establecer una línea propia. Este era el objetivo que tantos soñaban y que tan pocos lograban. Farradyne, al no tener hipoteca alguna podía navegar por todo el espacio y manejárselas muy bien cogiendo un trabajo aquí y otro allá.

Saludó con la mano al empleado del registro y salió a la obscuridad del puerto espacial.

Brillando al final del campo había tres globos' de neón que indicaban bares. Eran los tres iguales, de manera que Farradyne escogió el que quedaba más próximo. Entró en él con aire de un hombre que tiene derecho a aterrizar con su nave espacial en cualquier sitio. Hizo seña con un dedo al barman, pidió *White Star Trail* y dejó sobre la mesa un billete de diez dólares con un gesto que indicaba si habría bastantes para pagar un segundo vaso.

Apoyando el tacón en la barra inferior volvió la cabeza, apoyado como estaba de codos sobre el mostrador y dirigió una especuladora mirada ai establecimiento, como un hombre que tiene tiempo y dinero que perder, buscando algo interesante.

De modo apropiado el sitio se llamaba el «Bar del Hombre

Espacial», aunque el nombre indicaba falta de imaginación ya que había unos seiscientos «bares del hombre espacial», desde Mercurio hasta Plutón. Los clientes también eran los mismos. Al fondo del local había cuatro pilotos espaciales jugando al *blackjack* por centavos. Dos mujeres bebían cerveza y esperaban la llegada de alguien a quien ofrecer cosa más substancial. Dos jóvenes discutían sobre la situación política que no era del gusto de ninguno de los dos. Otro tipo que tendría que haberse ido a casa antes de empezarla penúltima botella se estaba ganando a pulso el ser enviado a ella en un cohete con la nariz rota por terminar con la paciencia de un hombre que se dedicaba a atenderlo. Otra mujer aún, estaba sentada en una especie de sofá a lo largo de una pared, vestida con algo que debía ser la copia de un modelo exclusivo. La tal copia estaba hecha para ser llevada una sola vez y ahora daba muestras de haber sido llevada muchas veces. La mujer tenía el mismo aire ajado y fatigado que el vestido. Era demasiado joven para tener ese aspecto pero lo cierto es que lo tenía y Farradyne se preguntó el por qué. Miró hacia otro lado desentendiéndose. Se detuvo en la vivaz muchacha castaña que se sentaba sobre la mesa de un joven piloto en quien fijaba sus ojos con vivo interés.

Farradyne se dio cuenta de que la muchacha o tenía ojos sino para el piloto y no hubiera podido separársela de él por ningún medio bueno o malo. Farradyne pensó que si a esta chica alguien le entregara un loto de amor —la flor del infierno— la muchacha respiraría hondamente, su mirada se tornaría soñolienta y luego dejaría con la palabra en la boca al que fuera para ir al encuentro de su piloto. A Farradyne le divirtió la idea: el tipo que hubiera comprado el loto hubiera vuelto corriendo a la tienda en que lo comprara a reclamar porque la flor del amor no había hecho efecto alguno.

Terminó su copa y volvió a la barra para servirse de nuevo. Al volverse para mirar a la carretera vio a un hombre que acababa de entrar y que permanecía de pie a este lado de la puerta haciendo guiños por las luces. Observaba a los clientes con mirada escrutadora como si buscara a alguien.

Terminó por dirigirse a todos en general.

—¿Quién es el propietario del Lancaster Ochenta y Uno que acaba de llegar?

—Yo —dijo Farradyne.

—¿Está usted libre?

—Hasta el tres de agosto.

—Ya veo. Es usted de la Tierra.

—Exacto. ¿Qué hay de malo en ser terrícola?

—Nada. Es sólo una observación. Me llamo Timothy Martin y pertenezco a la Comisión Marciana de Aguas y me gustaría contratarlo para un viaje a Urano.

—Mi nombre es Farradyne y es posible que lleguemos a un acuerdo. ¿En qué consiste el trabajo, Mr. Martin? —Farradyne miró escrutadoramente el cuarto de modo furtivo preguntándose si la mención de su nombre llamaría la atención de algunos de los pilotos allí presentes. No pareció así y Farradyne no supo si sentirse triste o contento por la facilidad de olvido del hombre.

—Sólo tres de los nuestros y algunos instrumentos— dijo Martin.

—Eso es hacer el viaje a Urano casi de vacío, ya sabe usted.

—Ya lo sé, pero es de la mayor importancia. Cuestión del Gobierno.

—Bueno. Como usted quiera. Les llevaré pero cobraré triple ya que probablemente su instrumental no es suficiente para hacer un pago en especie. ¿Está claro?

—Es un poco caro —objetó Martin—, pero la necesidad obliga. ¿Puede estar usted listo para una mañana de estas?

—Esté usted preparado con su instrumental y saldremos en seguida. —Se volvió hacia el barman v pidió otra copa indicando que sirvieran también a Martin. El marciano tomó verdadero bourbon, pero Farradyne se mantuvo fiel a su *White Star Trail*. Entrechocaron los vasos y bebieron. Farradyne estaba a punto de decir algo cuando sintió que le tocaban en el codo. Se volvió y vio a la muchacha del ajado vestido de cóctel. Sus fríos ojos eran pequeños y brillantes y su rostro tenía cierta dureza, a la que contribuía lo fino de sus labios.

—¿Es usted Charles Farradyne? —preguntó en voz baja. A pesar del tono de disgusto de la voz podía haber sido agradable si no hubiera sido seca.

Farradyne asintió.

—¿Farradyne… el del *Semíramis*?

—Sí. —Sintió una mezcla de gratitud y de resentimiento. Había sido al fin reconocido pero debía haber venido tal cosa de una fuente mejor.

Le dejó con la palabra en los labios y se volvió hacia Martin.

—¿Sabe usted a quien está contratando? —preguntó siempre en el mismo tono monocorde. A juzgar por su perfil no era sino una muchacha Unos veintitrés años como máximo. Farradyne no podía explicarse cómo una mujer tan joven podía haber reunido en tan corto tiempo la amarga experiencia de la que daba señales su rostro.

Martin carecía de palabras.

—¿Por qué?... hum... —comenzó a decir, titubeante.

—Este indeseable es Charles Farradyne, el loco que sepultó una nave espacial en El Pantano.

—¿Es eso verdad? —preguntó Martin a Farradyne.

—Tuve un accidente en aquel sitio —dijo Farradyne—, pero...

La mujer emitió una risita.

—Usted lo llama un accidente. Lo siente usted, ¿no es verdad? Ahora hace gala de remordimiento. Pero no tanto como para evitar matar a este hombre dentro de un rato del mismo modo que mató usted a mi hermano.

Farradyne gruñó:

—No la conozco a usted de Madre Machree —dijo—. Tuve una desgracia y lo siento tanto como usted.

—Por lo menos está usted vivo —dijo con sorna—; vivo y dispuesto a ir por el espacio matando a la gente. Pero mi hermano está muerto, y usted...

—¿Qué es lo que tendría que hacer, saltarme la tapa de los sesos? ¿Devolvería eso la vida a su hermano de usted? —preguntó Farradyne enfadado. Sintió de nuevo la angustia de lo emprendido. Recordó de modo vivo sus sufrimientos y la seguridad sentida en alguna ocasión de que el suicidio terminara con tales recuerdos. Pero todo esto había sido quemado en su interior, y le había quedado a él, en tan largo período como el ya transcurrido.

—Sí. Sáltese la tapa de los sesos. Así todos nos veremos libres de la amenaza de usted.

—¿También soy responsable por usted? —preguntó con amargura.

Timothy Martin dejó su vaso sobre la mesa.

—Creo que será mejor que busque otra nave —dijo a toda prisa.

Farradyne hizo una señal de asentimiento a espaldas de Martin. Miró a la muchacha. Experimentó otra vez la necesidad urgente de explicar su caso. Pero sabía que esto era lo peor que podía hacer. Martin le había negado el trabajo una vez que Farradyne había sido identificado. Este debería ser el comienzo del juego que quería Cíe vis. Farradyne podía haberse excusado ante la mujer, pero era esto justamente lo que no debía hacer. De manera que en vez de defenderse la miró fríamente.

Había algo que resultaba incongruente en ella. Parecía la fruta corriente de las líneas espaciales. Vestía y actuaba como tal. Su áspero lenguaje y su cínica amargura eran bastante normales pero su aceptable gramática y su dicción casi perfecta resultaban extrañas. La

clasificación como una bruja borracha que no era ni borracha ni bruja. No era tampoco una muchacha alegre. Pertenecía al «Bar del Hombre del Espacio», pero no era una de sus suculencias.

Entonces se dio cuenta de lo que ella tenía. Había estado demasiado alejado de ello y durante demasiado tiempo. Los helados y vacíos ojos, la actitud rota le dieron la clave y además el hecho de que ella se había animado al tener la oportunidad de iniciar una escena: drogas, la droga siempre actúa de la misma forma. La primera aspiración está lejos de ser peligrosa, pero la segunda ha de ser más profunda y así la tercera hasta que el cuerpo se convierte en una masa de carne. En ciertas drogas el efecto es mental, en otras es físico. El efecto del loto de amor es emocional. Esta mujer había estado en un tobogán emocional. Su capacidad de emoción había entorpecido hasta tal punto que solamente una escena de violencia real podía hacerla reaccionar. Alguien había dado a la muchacha una dosis fuertísima de flor del infierno.

—¿Quién es usted? —preguntó él.

—Norma Hannon. No creo que recuerde usted a Frank Hannon, ¿verdad?

—Nunca lo conocí.

—Pero usted lo mató.

Farradyne sintió cierta histeria, quería reír, pero sabía que una vez que empezara no podría detenerse. Luego dejó de sentir la necesidad y miró en torno suyo.

Todos los ojos de los circundantes estaban fijos en él, pero al fijar él la vista en ellos miraron hacia otra parte. Sabía que eran pilotos, una mezcla muy rara de inteligencia y tosquedad. Farradyne sabía que ellos creían que el mayor daño que podían hacer a un hombre era negarle la satisfacción física de una pelea. Podía levantarse e intentarlo. Al final tendría que abandonar el local. Sería una derrota.

Volvió a mirar a la chica. Seguía en pie frente a él con las manos en las caderas tambaleándose hacia atrás y hacia adelante y conteniendo a duras penas la rabia. Quería más, según él podía ver. Farradyne en cambio quería salir de allí. La muchacha había desempeñado su papel en lo que a él atañía y no podía hacer más. Llevársela consigo como posible eslabón con los operadores de la banda de la «Flor del Infierno» fue una idea que desechó. No hubiera servido sino de preocupación porque esto era lo que ella buscaba.

—¡Ya lo sé! —exclamó ella. Elevó la voz hasta un tono histérico, su rostro se aclaró y tomó la expresión de quien ha descubierto algo. Norma Han-non estaba en un estado de ánimo en el que matar a

alguien significaba para ella lo mismo que una amable despedida—. ¡Ya lo tengo!—repitió y su voz se dejó oír en todo el bar—. El único tipo que puede precipitar una nave espacial y matar treinta y tres personas y luego volver con otra nave es un vendedor de drogas. ¡Piojoso!—le gritó. Luego se volvió hacia los otros—. Señores, aquí tienen a Charles Farradyne, operador de «La Flor del Ipfiemo».

Los nervios de Farradyne saltaron. Conocía a los pilotos. Podían ignorar a un desgraciado, pero odiaban a muerte a un corredor de drogas. La expresión de sus rostros cambió y de una deliberada actitud de ignorancia pasaron a expresar el odio frío y calculado, no hacia Farradyne, sino , hacia lo que para ellos él representaba. Farradyne sabía que debía salir de aquí rápidamente o dejaría parte de su pellejo en el.lugar.

Algo le golpeó fuertemente en el hombro. Volvió la cabeza. El barman le había dado con la boca de un revólver de doble cañón.

—Salga de aquí, Farradyne. Y llévese con usted su asqueroso dinero.

Recogió el cambio que había depositado ante el vaso del piloto y le devolvió el billete de diez dólares poniéndolo en un plato que tiró desli-zándolo.

—Recójalo —dijo con frialdad el barman. Tomó el revólver y obligó al hombre a recoger su billete—. Y ahora... Largo de aquí. —Luego su voz se elevó dominando el murmullo de los hombres excitados—. ¡Siéntense todos, maldita sea! No quiero líos aquí. —Recorrió el local con la boca de su revólver.

Farradyne partió. Fue una retirada ignominiosa pero le salvó el pellejo. Ardía interiormente, pero éste era el juego que Clevis quería y éste era el precio de su libertad. De manera que se retiró aunque furioso por dentro. Dio salida a este sentimiento tomando su Lancaster y sabiendo que el barman podría mantener a los hombres a raya hasta que ocurriera alguna escapada.

Partió con la nave tan pronto como retiraron la rampa de aterrizaje y sólo en este momento se calmaron sus nervios. Consideró todo el asunto: parecía que comenzaba de mala forma. Si Clevis quería una trampa, ¿qué mejor trampa que hacer un ruido como el de un pequeño ratón que roe un enorme madero? La noticia correría de bar en bar y de puerto en puerto hasta que llegara a la persona necesaria.

El tiempo ahora no importaba. La noticia debía atenderse. De manera que en lugar de tripular el Lancaster en una dirección determinada Farradyne le dejó ir de una manera perezosa y la enorme nave siguió su camino en el espacio.

III

El enorme Júpiter y el pequeño Ganímedes brillaban abajo, al tiempo que Farradyne había terminado de manipular en el panel de control. Sentía hambre y se sentía cansado, de manera que se dispuso a comer y a descansar. Al volverse la vio.

Norma Hannon estaba sentada en la silla del computador situada delante de las de pasajeros. Sus manos reposaban pacíficamente sobre la falda y su cuerpo aparecía desmadejado. Había estado esperando a que él diera por terminada la parte más importante de su pilotaje antes de dar comienzo a cosa alguna. Farradyne gruñó inquieto puesto que no sabía cuál sería su actitud, excepción hecha de que le gustaría la violencia.

—¿Y bien? —interrogó.

—Cogí la rampa de aterrizaje en el momento en que la retiraba.

—¿Por qué?

—Me debe un par —dijo ella—. Usted es un corredor de loto y puede darme uno. Eso es todo.

—¿Por qué imagina eso?

—Usted mató a mi hermano —dijo. Su tono se tomaba más vigoroso a medida que su enfado afloraba—. De manera que me debe usted algo más que un par de capullos a causa de ello.

—¿Qué le hace pensar...?

—Otra cosa —le interrumpió—. Yo quiero ir con usted.

—Pero ya ve usted que aquí...

—No se moleste haciendo como que le importan las vidas de esa gente a la que vende eso que usted vende. Lleve la droga, recoja la pasta y escape antes de llegar a ver la ruina que va causando. —La rabia volvió y se removió en la silla como un animal hostigado.

—Pero no puedo.

—Bueno, cállese. Me satisfará usted de un modo o de otro —le dirigió una mirada crítica—. No puede usted ganar, Farradyne. Me dieron el loto de amor y todo lo que queda de mí es el pellejo. El

placer y la sorpresa son sentimientos demasiado débiles para sacarme de mi apatía. Sólo una rabia inmensa o un odio profundo son lo bastante fuertes para hacerme sentir que estoy viva. El odio hacia usted me ayuda. Pero si usted me besara no obtendría ningún placer. —Se detuvo especulativamente—. Farradyne, venga aquí.

—Pero, ¿por qué?

—Porque le odio. Es usted el hombre a quien más odio en todo el sistema solar. Puedo estar horas y horas diciéndome que usted mató a Frank. Y añado a este pensamiento que es usted un corredor de lotos y esta adición mía me satisface aún más. Y si ahora viene usted y me besa yo le dejaré hacer porque luego será un placer horrible pensar que he sido besada por un asqueroso reptil llamado Farradyne.

Farradyne retrocedió.

—¿Tiene miedo? —dijo ella excitada—. Ya sabe, como último recurso me queda el de matarle. Pero eso sería lo último. Porque en ese caso no podría seguirle odiando activamente. Así que entre el odio que siento hacia usted y el ansia de lograr un capullo de loto del hombre que odio, casi me estoy sintiendo viva de nuevo.

Farradyne sacudió la cabeza. La conversación era algo que estaba por encima o por debajo de él. Fuera lo que fuera lo que él hubiera dicho sería un error para Norman Hannon.

No sabía mucho acerca del loto de amor. Todo lo que sabía era a través de lo que había oído. Pero no había oído decir nada sobre charlas absurdas. Como cualquier otro hombre, Farradyne había odiado siempre el uso de medios químicos para rebajar las inhibiciones de una mujer. Quería ser amado por sí mismo y no porque una droga convirtiera a la muchacha en la mujer del primer hombre aparecido.

Farradyne, viendo el ejemplo que tenía delante, sintió que cogía cariño a la tarea que estaba desempeñando. Si Clevis era un hombre que ardía interiormente lleno de responsabilidad cívica ante tales cosas, Farradyne comenzaba a sentirse del mismo modo. Miró a Norma Hannon de modo más crítico. Había sido una hermosa muchacha y de ello no debía hacer mucho tiempo. Probablemente le habría gustado bailar y reír y habría penado en un feliz matrimonio y un hogar con niños. Alguien la había apartado por completo de aquel futuro y Farradyne sentía ganas de apretar el pescuezo del indeseable que fuera responsable de aquello. Se preguntó si la rabia de Norma sería ¡contagiosa.

Dijo suavemente.

—¿Quién lo hizo Norma?

Sus ojos cambiaron.

—Le amaba —dijo con una voz que era suave y pesada, con otra clase de angustia que la de la violencia de que había dado muestras minutos antes. Ahora se trataba de resentimiento contra el pasado—. Le amaba —repitió— amaba a aquel estúpido lo suficiente como para introducirle en mi dormitorio, si era eso lo que él quería. Pero no, el imbécil de él pensó que el único medio de que yo llegara a eso era darme la flor del infierno, de manera que dio cincuenta dólares por una. Podía haber alquilado un cuarto en un hotel sólo por diez dólares —añadió sordamente—, o haber comprado una licencia de matrimonio por cinco con lo que me habría tenido para siempre y para toda la vida.

—¿Por qué no la rechazó usted? —preguntó—. ¿O creía usted que era una gardenia?

Norma le miró con ojos en los que hubo un destello, pero en seguida la mirada murió.

—Es posible que fuera porque a la gente nos gusta jugar con el peligro. O porque los hombres y las mujeres no nos entendemos.

—Eso es el peligro del siglo.

No había rastro de broma en su rostro.

—Ya le dije que le amaba. De manera que creía que no era el tipo de hombre que me traería un loto de amor. O si lo hacía sería porque no entrañaba peligro alguno, porque un hombre digno de ser amado no se aprovechará de su novia cuando ella es incapaz de defenderse. De manera que lo tomé y cuando me desperté tras una verdadera orgía, en lugar de una mera excitación sentimental, no me quedaban sentimientos. Así he seguido desde entonces y he ido bastante lejos por ese camino.

Le miró.

—¿Ve ahora lo que han hecho usted y sus amigos ?

Farradyne se dio cuenta que de nuevo le ganaba la furia.

—Yo fui una mujer sana y fuerte y ahora soy un desecho. Para que sea capaz de sentir se me hace necesario la violencia. O respirar un loto. Quizá ahora ya necesite más de uno.

—Pero yo no tengo.

Ella se burló de él.

—Podría seguir adelante con sólo una miserable flor.

Norma saltó de la silla y cruzó el cuarto con el rostro descompuesto y las manos dirigidas hacia el rostro del hombre. Farradyne la empujó y vio con horror como se animaba la mirada de la muchacha al experimentar evidente placer. Fue una lucha desigual.

Farradyne quería evitar que ella le hiriera sin verse obligado a pegarle, pero ella se lanzaba hacia él con uñas y dientes.

Desistió de defenderse así y la golpeó en la mandíbula. Pero con la repugnancia de pegar a una mujer, no pegó suficientemente fuerte y ella volvió a arrojársele encima gozando de la violencia física, y buscando nueva excitación. Farradyne apretó los dientes y volvió a golpear.

Norma se desmayó tan de repente que le asustó. La pudo recoger antes de que cayera al suelo metálico y la llevó al salón inferior y allá la dejó en el asiento corrido de la pared. No sabía mucho de cuestiones médicas pero bastaba saber que no tenía la mandíbula partida. Una cosa era indudable: Norma estaba helada, mucho más de lo que nunca vio a persona alguna.

La llevó, pues, hasta uno de los diminutos saloncitos y allí permaneció preguntándose qué hacer. De haber sido Norma una mujer normal no hubiera hecho lo que siguió, pero tal y como era, Farradyne decidió que hiciera lo que hiciera ella lo encontraría mal y que más valía actuar así: el vestido de cóctel no resistiría sin romperse una noche de sueño. De manera que la despojó de él. Si se lo hubiera dejado puesto ella se hubiera quejado por haberle permitido que lo estropeara.

Quitó las hombreras del vestido y lo dejó deslizarse al suelo.

Luego se fue a su cuarto y cerró por dentro ya que no quería más peleas y confusión. Durmió inquieto aunque una puerta blindada le separaba del frenesí asesino o erótico de Norma, frenesí que había visto terminaba siempre de la misma manera.

El viaje de Ganímedes a Marte duraba sesenta horas. Cada hora se hacía más terrible que la anterior. Norma le atormentaba de todas las maneras posibles. Encontró mala la comida pero se negó a cocinar. Tampoco le pareció bien la marca de los cigarrillos de él. Hacía comentarios cáusticos cada vez que tocaba un instrumento, recordándole su competencia como piloto. Y se burlaba de él por negarse a darle un loto.

Cuando Farradyne aterrizó con su Lancaster en la Ciudad del Sol de Marte, había llegado a un punto en el que la voz de ella se había convertido a sus oídos en un ruido sin sentido alguno.

Aterrizó tras la habitual discusión con la Torre por la cuestión de espacio. Ya Farradyne se preguntó si la noticia sobre su personalidad habría llegado hasta aquí. Pero el operador de la Torre le prestó la misma atención que si hubiera entrado y salido cientos de veces de aquel puerto.

Oprimió el botón que abría la puerta espacial y salió a la rampa de aterrizaje.

—Hemos llegado —dijo él.

—¿Hemos llegado a dónde?

—Al final de la línea.

—Yo me quedo.

—Usted no se queda.

—Me quedo, Farradyne. Me gusta esto. Siga usted haciendo lo suyo, su sórdido negocio y así veré que puede reservarme un par de ellos para mí. Estaré aquí cuando usted vuelva.

Farradyne tragó saliva. Se había instalado allí por las buenas y por las buenas había hecho el viaje. Si quería podía alzar la voz y decir… ¡cielos!, entonces sería peor. Una palabra suya y Farradyne tendría que ponerse a explicar a toda clase de tipos porque llevaba por los espacios siderales contra su propia voluntad a una mujer. Una mujer podía crear un verdadero infierno alrededor simplemente dando un alarido de sorpresa, ensayando una mirada de dignidad ofendida a continuación y señalando con un dedo acusador al hombre en cuestión. Los hombres que han tenido que soportar esta maniobra aconsejarían a un congénere seguir el método contrario.

De modo que gruñendo desesperanzado Farradyne la dejó en el Lancaster y fue a la sección de Operaciones a verificar el registro. Fue recibido sin aspavientos lo mismo que en Ganímedes. Luego se encaminó hacia la Ciudad del Sol para estirar las piernas. Fue a ver un espectáculo cualquiera, tomó una o dos copas, anduvo mirando en una librería buscando algo que le pudiera informar sobre el loto de amor y por último se compró alguna ropa, pues su vestuario era muy reducido. Durante cuatro horas llegó a olvidarse de Norma.

De repente la recordó y con el aire de un hombre que se dirige al dentista para sacarse una muela, Farradyne se encaminó a la nave espacial.

El silencio que halló en ella le reconfortó. Aunque hubiera estado dormida el ruido hecho por él la habría obligado a levantarse para venir a atormentarle de nuevo. Inspeccionó la nave cuidadosamente y respiró al ver que Norma no estaba a bordo.

Era algo magnífico.

Corrió a la cabina de control, pulsó con todas sus fuerzas el botón que cerraba la puerta espacial y conectó la radio.

—Lancaster Ochenta y Uno llamando a la Torre.

—Adelante, Lancaster.

—Pido instrucciones. Carrera, Tierra.

—¿Lancaster, está su pasajero a bordo?

—¿Pasajero?

—Compruebe cuarto ocho, Lancaster, Su pasajero nos informó de que iba a la ciudad y que no saliera usted sin ella.

—Enterado. Compruebo.

Farradyne hizo una fea mueca al micrófono. Abandonar de intento un pasajero le traería más complicaciones que explicar la razón de la presencia de su invitada. Norma había asegurado bien la permanencia del Lancaster mientras duraba su ausencia.

Esperó cincuenta segundos.

—Torre, de Lancaster Ochenta y Uno. Esperaré. Mi pasajero no está a bordo.

—Mantenga los conmutadores de seguridad, encienda los de posición, contacte los de despegue. Abra su puerta a un visitante.

—¿Visitante, Torre?

—Un ciudadano pide una conferencia con usted. Es cuestión de un trabajo de transporte. ¿Está usted libre?

—Estoy libre para la Tierra, Torre.

—Prepárese a recibir un visitante, Lancaster. Buena suerte en el trabajo.

—Recibido.

Farradyne se dirigió al piso inferior y abrió el botón de la rampa de aterrizaje. Llegó a tierra en el mismo momento en que llegaba al pie de la nave un *jeep* del puerto conduciendo a un visitante.

—¿Es usted Charles Farradyne? Soy Edwin Brenner. Se me ha informado de que va usted libre en dirección a la Tierra. ¿Es cierto?

—Sí.

Brenner hizo un gesto de aprobación. Miró en tomo de sí. El *jeep* hacía mucho ruido de manera que el conductor no podía oír nada de lo que iba a decir. El conductor ni siquiera se interesaba por ellos. Había algo a los lejos que reclamaba su atención y satisfecho Brenner se inclinó hacia adelante y dijo en voz baja.

—Déjeme ver su mercancía.

—¿Quién, yo?

—Usted. Pertenezco al mercado. Si están en buenas condiciones podemos hacer buen negocio.

Farradyne vio que era el momento de hacerse el ingenuo.

—No sé de lo que está usted hablando.

—¿No? No puedo pensar que diga la verdad.

Farradyne hizo una mueca.

—¿De manera que soy un mentiroso?

—Yo no diría eso.

—Mire, Brenner, yo no le conozco a usted. Alguien le ha dicho que yo soy un corredor de algo y usted quiere hacer negocio. En primer lugar no soy corredor, y en segundo lugar usted no lograría ponerse en contacto con ninguno de ellos con esa manera que tiene usted de actuar.

—Ya veo que es usted cauteloso —dijo—. No le culpo. No hubiera venido a preguntarle de modo tan abierto si no estuviera sin absolutamente nada de mercancía. —Metió la mano en un bolsillo y sacó un sobre—. Aquí hay una o dos credenciales —dijo— para que cuando vuelva usted por aquí podamos hacer negocio. De la manera habitual, ya sabe usted. Ni preguntas ni testigos. ¿De acuerdo?

—Volveré señor… Brenner.

—¿Entendió usted?

—Yo… —la voz de Farradyne se extinguió al distinguir el objeto que había estado llamando la atención del conductor del *jeep*. Era Norma Hannon que se hallaba en las cercanías del Lancaster con el sol tras ella.

Había estado de compras. Su viejo vestido de cóctel había sido substituido por otro blanco de seda que favorecía mucho su figura. Era otra mujer. Ni siquiera Farradyne, que la había estado viendo muchos días seguidos, podía convencerse de que aquella belleza era Norma.

El piloto guardó silencio. Pero cuando Brenner la vio dando la vuelta al impulsor de la nave con el sol brillando tras ella, hizo un absurdo sonido con la garganta.

—Hola —dijo animadamente, como si ella y Farradyne tuvieran estrecha relación, pero en un tono que quería indicar que ella era una pasajera de pago y él el piloto—. Me van a mandar unos paquetes de un momento a otro. Esperaremos, ¿verdad?

Farradyne asintió sin decir una palabra.

Norma hizo un frío saludo con la cabeza a Brenner y dijo:

—Voy adentro —como si no quisiera interrumpir el negocio que pudieran estar tratando ambos hombres. Subió por la rampa mostrando sus bellas piernas a cada paso.

El ruido del motor le recordó de nuevo a Farradyne que allí estaba Brenner y miró de nuevo hacia él, o mejor hacia donde pocos minutos antes había estado Brenner. El *jeep* ya rodaba entre una nube de polvo llevándose al visitante.

Farradyne quedó pensativo. No era esta la clase de hombre que él estaba buscando. No quería un comprador de lotos, sino un vendedor, un tipo de la escala superior. Podía haber un camino que partiera de

Brenner pero dudaba de ello.

Dirigió una mirada fuera y volvió al Lancaster. Norma se levantó del diván colocado al fondo del salón y dio vueltas como una maniquí para mostrar el vestido. Se detuvo de repente y la falda con ella, ciñéndole un momento los muslos y volviendo a caer.

—¿Le gusta?

—Muy bonito. ¿Pero dónde consiguió el dinero?

—Pensé que usted me debía algo, de manera que lo saqué de la caja de la cabina de control. Usted dejó la llave puesta.

Clevis había dejado a Farradyne dinero suficiente, pero no para ir comprando vestidos de seda por las tiendas de modas de Marte.

—¿Qué idea del demonio…? —gruñó.

—Usted es un hombre sin corazón. No le importa nada haber matado con su caballito del espacio a mi hermano, ni que junto con los de su calaña haya hecho que un tipejo me drogara hasta sacarme de mí. Tengo entendido que hasta los semi-decentes gánsteres envían flores al entierro de un rival, pero usted no quiere dar ni siquiera un loto. De manera que si no me lo da por las buenas lo sacaré por las malas.

—Pero…

—Usted entiende —dijo quitando de una cadera una arruga inexistente—. Pero soy honrada. Aquí está la vuelta de su dinero. —Del pecho sacó un pequeño montoncito de billetes y se los tendió. Él los tomó sin saber qué decir.

Estaban aún calientes y trascendían a colonia y a carne de mujer y hubieran impresionado a Farradyne a no ser por el brillo de los ojos de la muchacha. Hubo una pequeña conmoción en la puerta espacial. Entonces vio Farradyne que penetraban tres hombres cargados de paquetes llenos de lazos y cintas. Reprimió un gruñido y fue a refugiarse a la cabina de control. Norma se había salido con la suya indudablemente.

IV

Farradyne se sentó ante su cuadro de mandos y trató de pensar en una lógica salida de este engorroso asunto. Tenía que haber algún medio para salir de todo ello. La única alternativa era seguir llevando a Norma de acá para allá y siendo el blanco de su ira y de su vicio y sin hacer nada a causa de ello. Todo había comenzado bastante malamente, pero ahora las cosas se habían estropeado hasta tal punto que resultaban absolutamente desesperanzadoras.

La rabia y la ira de Norma había sido bastante dura de soportar. Sus insinuaciones sentimentales habían sido menos difíciles porque en primer lugar ella no aparecía de un modo atractivo y en segundo porque no dejaba olvidar su real actitud. Pero él se daba cuenta de que era una muchacha muy bella y que el hecho de tener embotado su equilibrio emocional la hacía aún más interesante. La chica era capaz además de analizar una situación sin ser envuelta ella misma en el análisis. Y sabía lo bastante como para alejarse del tema del odio y lograr lo que se proponía.

Apostaba pues sus ahorros a que el contenido de las cajas que acababan de traer consistía en los más bellos vestidos que hubiera podido encontrar. Incluyendo la básica idea de aquello que podía resultar más excitante al astronauta. Pulgadas y pulgadas de piel al descubierto o desnudeces de cualquier clase que le volvieran frenético. Lo sabía y apostaba que ella lo sabía también. O vendría vestida con algún trapo que la cubriera desde la punta de los pies hasta el cuello pero de tal modo que fuera preciso pensar a toda costa en lo que había debajo. Probablemente era el efecto de simple tela bien cortada o de algunas semi-transparencias. Pero si completaba el programa con una voz dulce como se sentía inclinada a hacer desde que tenía un nuevo vestido, entonces Norma Hannon resultaría irresistible. Y si llegaba a darse cuenta de que Farradyne se sentía protector con respecto a ella y furioso contra el hombre que la había drogado, entonces estaba perdido. Antes de que esto ocurriera tenía que dejarla en alguna parte.

¿Tendría padres? ¿Amigos?

Golpeó el cuadro de mandos con sus puños. Odiaba el simple pensamiento de ello pero se vería obligado a dejarla en uno de los muchos sanatorios abiertos para curar a los drogados con loto de amor. Apenas servían para mejorar a las víctimas pero evitaban que éstas amargaran a otras gentes. Y tenía que quitársela de encima.

En primer lugar tenía que haber padres.

El dedo de Farradyne oprimió el botón de la radio.

—¿Torre? Conécteme con el teléfono de la ciudad.

—Enterado, Lancaster. Espere un momento.

Algunos segundos más tarde preguntaba por la Agencia de Detectives Bennington, una organización que abarcaba todo el sistema solar y que hacía la bastante propaganda como para recordarla. Primero habló con una recepcionista y luego con un hombre de voz tranquila llamado Lawson.

Farradyne entró en materia.

—Quiero toda clase de información que pueda reunir sobre la familia de un hombre llamado Frank Hannon que se mató en la catástrofe del *Semíramis* en El Pantano, en Venus, hace cuatro años.

—Es usted Charles Farradyne, ¿el mismo Farradyne?

—Es posible... ¿importa mucho?

—Podría ser, pero sería confidencial. Pregunto porque preferimos conocer los motivos de los clientes. Me gusta asegurarme de que nuestra investigación se hace por una razón legal.

—Muy bien. Sé que Frank Hannon murió en el accidente. Tengo razones para pensar que tenía una hermana que desapareció después. Si ello es cierto quiero saberlo pero no tengo tiempo de averiguarlo del modo habitual. La cosa es que no pido más información de la que podría lograr por mí mismo si tuviera tiempo para ello y pudiera escarbar en los periódicos de hace cuatro años. ¿Es esto razonable?

—Parece que sí. Miraré nuestra lista de personas desaparecidas. Le sugiero que, o bien llame de nuevo dentro de un par de horas o mejor que venga en persona a mi oficina. No cobramos por la investigación inicial pero si esto llevara a algo más concreto... bueno, podemos discutir la cuestión cuando usted vuelva a llamar. ¿De acuerdo?

—Muy bien. Estaré en su despacho a las cuatro.

Farradyne colgó y consideró la cuestión. Si Norma Hannon tenía unos padres que la echaban de menos podría enviarla con ellos y ése sería el fin de la cuestión. Encendió un cigarrillo y fumó durante unos instantes, luego se levantó del asiento de control, quitó todos los contactos y salió hacia la puerta espacial.

Encontró a Norma en el salón. Se había cambiado el vestido blanco de amplia falda por una lujosa bata de casa que moldeaba su cuerpo a la perfección y bajo el cual aparecían sus pies desnudos de pintadas uñas que enseñaba ostentosamente, con las piernas cruzadas, moviéndolos hacia arriba y hacia abajo.

—Creí que íbamos a salir ya —su voz era suave, personal, amigable. Había prescindido del tono rabioso y estaba empleando la actitud sentimental.

Farradyne sacudió la cabeza. El tener un plan de acción le hacía sentirse mejor.

—Tengo una llamada de la Torre —dijo—. Más negocio. Volveré dentro de un par de horas.

Norma levantó la mano hacia el cigarrillo de él y él se lo tendió. La chica dio una chupada larga y se lo devolvió. Farradyne lo rechazó. No había habido tiempo suficiente para que él lograra borrar a la muchacha violenta que había sido ella. Pero en otras veinte horas de enfrentarse con este nuevo comportamiento comenzaría a considerar este intercambio de cigarrillos como un amigable gesto de compañerismo.

Norma sonrió cuando él la rechazó con la mano.

—Estaré aquí cuando vuelva —dijo inclinándose sobre los cojines y ofreciéndole una tentadora sonrisa. Parecía enteramente una mujer que se dispusiera a esperar el retomo de su hombre.

Farradyne abandonó el salón conteniendo la respiración. Si la solución que había pensado no resultaba, estaba perdido.

Comenzó a caminar. No le gustaba hacerlo pero lo prefería a permanecer en el Lancaster con Norma al lado en las dos horas siguientes. Trató de pensar, pero no llegó a conclusión alguna porque tenía toda su esperanza puesta en la organización Bennington y lo que pudieran averiguar.

Entró al fin en el despacho de Peter Lawson, que resultó ser un hombre maduro de brillantes ojos y un cuerpo extraordinariamente ágil para su edad.

—Y ahora, antes de que vayamos más lejos —dijo Lawson—, me gustaría oír sus razones para interesarse por este caso.

Farradyne asintió.

—Como ya le dije, Frank Hannon se mató en el accidente espacial causado por mí. De esto hace cuatro años. Hace poco conocí a Norma Hannon en un bar de Ganímedes y cayó sobre mí con un odio impresionante. ¿Conoce usted los efectos leí loto de amor?

—Sí, por desgracia.

—Bien, pues se me ocurrió que una de las maneras de solucionar lo de miss Hannon sería devolverla a alguno de sus parientes o amigos. ¿Está claro?

—Muy lógico. ¿Y miss Hannon se halla donde pueda usted encontrarla?

Farradyne sonrió con una sonrisa irónica en su rostro.

Está sentada en mi salón esperando mi vuelta para así torturarme algo más.

—¿Y por qué no entregarla a la policía? —preguntó Lawson dirigiendo una escrutadora mirada al astronauta.

—Mire —contestó Farradyne—, no me gusta la compañía de miss Hannon, pero no me siento con fuerzas para verla encarcelada. No es realmente una viciosa. Es simplemente una víctima del loto. Posiblemente algo afectada por lo de su hermano.

—Muy bien. Los hechos son estos: Frank Han-non era un abogado con una experiencia limitada pero lucrativa. Norma desempeñaba a su lado el papel de una especie de socio menor con gran habilidad para la investigación. Según lo que sabemos. Frank Hannon había ido a Venus a plantear ante la Corte Suprema algún caso cuya naturaleza no es cuestión de discusión pública incluso en esta fecha tan posterior. Ni siquiera yo sé de qué se trataba.

«Entonces Frank resultó muerto y Norma luego dejó de estudiar leyes. La muerte de su hermano la dejó destrozada. Antes ella solía salir con un muchacho. Nada serio. Luego parece que se empeñó en casarse y en tener hijos como substitutivos quizá, o para llenar el hueco producido por la muerte de su hermano. Un hombre llamado Anthony Walton se convirtió en su acompañante número uno y se les comenzó a ver continuamente juntos y hasta parecían muy enamorados uno de otro. Desapareció tras una cena con Walton, y Walton ahora se halla sirviendo durante un trimestre en la colonia Titán por habérsele hallado en posesión de lotos.

Farradyne hizo una señal de haber comprendido.

—Ese es el tipo.

—Todo el mundo está de acuerdo con ello.

—No sé tanto como debería, saber sobre la afición al loto —continuó Farradyne—. Parece que es algo que va muy de prisa. En un momento determinado tenemos una mujer joven con ideales, ambiciones y sueños y al momento siguiente...

—Sí. Es algo bastante rápido —dijo Lawson—. El loto de amor o flor del infierno es un vicio rápido. He estudiado casos tempranos. Todos parecen comportarse de la misma manera pero de todas

maneras el loto no afecta a todo el mundo de la misma forma. Hay muchos que no llegan a ser fanáticos de ella. Sin embargo, no es sólo un afrodisiaco, sino que aguza la sensibilidad hasta tal punto que una copa de cualquier cosa sabe mucho mejor, un juego se vuelve algo de una emoción sin límites. El simple contacto de la mano del hombre amado resulta soberbio, etc. Y aquí viene el punto que determina realmente que la persona se convierta o no en un fanático de la droga y que no pueda sentir todos estos estímulos sin olfatear antes una maldita flor de esas: si una mujer, por ejemplo, durante la experiencia sólo recibe estímulos medianos de comida, bebida, música y caricias, entonces pueden pasar años sin que la persona se convierta en un drogada por necesidad. Pero si tiene la mala suerte de que en la primera experiencia se le obligue a entrar en un mundo de real pasión entonces está perdida para siempre. La mujer queda quemada.

—Comprendo. ¿Y no hay cura?

—Algunos doctores creen que un largo período de paz y tranquilidad, en ciertas condiciones, puede obrar el milagro. Pero yo soy de la opinión de que no existe un lugar así en el que curar a una persona. Son gentes determinadas a odiar sea como sea y si se las coloca en un sitio en el que no vean a nadie odiarán a quienes las encarcelaron. Todo lo que se haga por ellas resulta erróneo.

—Eso es lo que he descubierto. Pero, ¿qué es lo que puedo hacer con miss Hannon?

—En el tiempo en que ella desapareció su familia ofrecía cinco mil dólares por encontrarla.

—Me sentiría feliz de exportarla gratis. ¿No se la puedo dejar a usted y usted podría encargarse de hacérsela llegar?

—Se nos escaparía rápidamente —dijo Lawson—; dudo de que Hannon quiera ir a su casa. En mi opinión, su respuesta al erotismo de Walton debió de ser muy alta, de manera que su normalidad ha quedado destruida. Y tras esto, el miedo y la vergüenza la obligan a esconderse (se trata de una mujer orgullosa y bien educada) allí donde nadie la reconozca y pueda obtener el loto. Ese lugar no sería el hogar de sus padres. De modo' que no querrá ir a casa y el único camino sería recurrir a las autoridades. Y dudo de que cualquiera de nosotros quiera adoptar ese camino...

—Está usted en lo cierto, pero...

Lawson sonrió.

—Le oí decir que la entregaría libre de portes a los suyos.

—¿Y bien?

—Le ayudaremos. Tendremos un operador que recogerá a miss

Hannon en el Puerto espacial de Denver. Todo lo que usted tiene que hacer es seguir viviendo con ese tormento al lado cincuenta horas más. Por darnos esta información y por llevar a miss Hannon hasta Denver partiremos el premio.

—Dejaré a miss Hannon en Denver pensando en que por doscientos cincuenta dólares puedo llenarme los oídos de algodón.

—Muy bien, señor Farradyne. Lo arreglaré todo para que nuestro señor Kingman se encuentre con usted en Denver.

Lawson le tendió a Farradyne unas cuantas páginas del expediente del caso y le despidió. Farradyne respiró hondo y decidió que lo que deseaba era beber una copa para celebrar su buena suerte. Podía esperar cuando menos deshacerse de Norma Hannon. Recorrió la calle y miró en torno. Encontró un pequeño bar no lejos de la Agencia Bennington y entró en él a descansar y a pensar.

En una pequeña mesa en la que había una lamparita abrió los papeles que le había entregado Lawson para leerlos más a fondo. La camarera era una muchacha de grandes opulencias que invitaba a mirar pero él se limitó a pedir *White Star Trail* y volvió a su lectura.

—¿Astronauta? —preguntó ella.

Farradyne asintió de un modo irritante. La chica terminó marchándose tras el inútil intento de conquistar a un piloto del espacio.

Así que cuando algunos minutos más tarde alguien tomó asiento en la silla de enfrente, Farradyne, sin levantar la cabeza, dijo que por favor que se marchara porque no tomaría nada más, gracias. Pero en lugar de encontrarse con un simpático rostro al alzar la mirada se encontró con un hombre de mandíbula cuadrada e imponente chaqueta de hombreras que pretendía ocultar la pistolera de sobaco.

¿Farradyne?

¿Y bien? —dijo Farradyne. Trató de pensar, pero todo lo que pudo admitir es que alguien estaba tratando ahora de hacer un juego a base de revólveres.

—He oído decir que usted vende lotos.

—¿Quién dice esto?

—La gente.

—La gente dice muchas cosas. ¿Qué gente?

—Bien. ¿Es usted?

—¿Quién, yo?

—Es posible —espetó el recién llegado.

Farradyne se iba enfadando.

—¿Qué quiere usted de mí? —dijo en tono más suave—. Me ha

asaltado usted, se ha sentado en mi mesa, me impide la salida y luego, sin presentarse, me empieza a hacer preguntas que podría estarme haciendo veinte años seguidos sin el menor resultado.

—Llámeme Mike. Michel Cahill es mi nombre.

—¿Alguna otra identificación?

—Con eso es bastante.

—Probablemente. Pero los números de las cartas de llamada suelen ser algunos más.

Mike se echó a reír.

—No está mal, Farradyne. Sólo que, según sé, su número de usted no está entre los presentes.

—Apuesto a que usted podría cambiar un número a toda prisa.

—Podría ser —asintió Cahill. Volvió la cabeza y llamó a la camarera—. Eh, Snookey, que sean dos en vez de uno.

—Yo voy a beber *White Star*.

—Mejor para mí. Es más fácil llevar esto a buen término con la cabeza despejada.

—Sin duda —dijo Farradyne—. De manera que ahora que vamos a beber juntos, enfrentémoslo. Usted tiene algo más en la cabeza que pasar el rato con un nervioso astronauta que pretendía permanecer solo.

—Exacto. O como dicen los controles de ustedes: enterado. ¿Cómo marcha el negocio de flor del infierno?

—Eso es fácil de contestar. No tengo ninguno y no estoy en el negocio. ¿Está claro?

—La gente dice que usted anda en ello.

Farradyne hizo un mal gesto.

—No hace tanto que se me acusó de ello abiertamente. La historia comenzó cuando alguien sugirió que la única manera de salir del infierno en el que uno había caído para llegar otra vez a la cumbre de la dignidad era mezclarse con los operadores del loto. Para una imaginación limitada esto quiere decir que uno es corredor de lotos.

Mike Cahill guardó silencio mientras la camarera sirvió las copas. Cuando se hubo marchado Cahill levantó su vaso hacia Farradyne.

—¿Lo es usted o no lo es ?

—No lo soy —contestó Farradyne bebiendo a. la vez que Cahill.

—¡Oh, ¿es posible?

—Posible, es posible.

—Deje de hacer ruido como un loro. Según tengo entendido, aquella chica del bar de Ganímedes debe saber algo. Ha estado usted cuatro años nada menos derrumbado como un trasto viejo y de

repente aparece usted con un Lancaster último modelo. Ya que sabemos de sobra que no es usted; corredor de loto, ¿dónde logró la ganga?

—Habilidad y buena administración.

—Ya. ¿Cómo lo logró?

—Ya se lo dije.

—¿A lo mejor algún tío rico?

—No tengo ninguno. Sólo soy un astronauta capacitado.

—La etiqueta es amarga, Farradyne.

—Entonces, ¿cómo tengo esto? —dijo Farradyne tendiendo su licencia a Cahill.

—Parece bien y absolutamente legal, pero es tan falso como un diamante de diez centavos y usted lo sabe como yo. Así que, ¿cómo logró esto y el Lancaster que le acompaña?

Farradyne bebió.

—Mire, Cahill, ocurre que esto no le importa a usted. No pienso hablar.

—Habría alguna diferencia si lo hiciera.

—Vamos a dejarlo. Será mejor para usted. Ahora podría ocurrir que usted fuera un agente del DSA o podría ser que no. Pero en cuanto comenzara a dejar entrever algo, usted pensaría que no tengo la boca lo bastante segura como para encargarme el trabajo que usted me tiene reservado en su cerebro. De manera que dejemos las cosas como están. Tengo una licencia que me sirve para entrar y salir en todos los puertos del espacio.

—¿Y ésa es su historia?

—Esa es. Punto final—. Farradyne terminó de beber y ofreció entonces un cigarrillo a Cahill que éste aceptó.

—Tenemos una primavera muy húmeda —observó Cahill.

—Estaba más húmeda en Venus —comentó Farradyne.

—En la Tierra el tiempo es muy bueno —dijo Cahill—; las cosechas son excelentes según tengo entendido. Sobre todo las verduras.

Farradyne asintió.

—Por más que acondicionemos los demás planetas al modo de la Tierra no hay nada como ella.

—¿Ha disfrutado usted alguna vez de un buen baño de sol sin nada más que hacer que tostarse?

—No, desde hace mucho tiempo.

—Es divertido cómo las personas pierden sus hábitos de niños. Y más divertido y curioso aún cómo quieren hacer siempre lo mismo y nunca lo hacen igual.

—Ya.

—Farradyne, no tiene usted compromiso en esta vuelta a la Tierra, ¿verdad?

—Tengo mucho sitio. Sólo tengo una pasajera que va a Denver.

—¿Le importaría si compro un cuarto?

—En absoluto.

—Quiero ir a la Tierra a coger flores. Si usted accede a lo mismo, a lo mejor cogemos algunas juntos.

—Es posible —dijo Farradyne apurando el vaso y comenzando a levantarse. Cahill se levantó también y salió delante de él. Farradyne llamó a un taxi.

—Puerto espacial —dijo al taxista—. ¿Viene usted? —preguntó a Cahill.

—Sí. No tengo nada que hacer esta semana… Iré con usted…

V

Farradyne despegó y puso el Lancaster en órbita terrestre. Tan pronto como tuvo tiempo de pensar en otra cosa que no fuera manejar el aparato, comenzó a hacerse preguntas sobre Norma y Mike Cahill. La chica no había salido a su encuentro cuando ellos llegaron, pero indudablemente a estas alturas ya se habría dejado ver. Le preocupaba un poco, porque estaba seguro de que Cahill era un operador de flor del infierno y no quería que el hombre se asustase al ver que tenía relaciones con una drogada aunque fuera por corto tiempo.

De manera que tan pronto como pudo dejar la cabina bajó al salón.

Ya habían trabado conocimiento. Norma, por vez primera desde que comenzara su viaje presidía la mesa del comedor. Vestía un traje de noche de color verde mar con aberturas laterales que llegaban hasta debajo de la rodilla. Al caminar podían verse sus largas piernas desnudas forzando los ojos de los circundantes a seguirlas. Ofrecía a Cahill el beneficio de su belleza y Cahill parecía dispuesto a aceptarlo. Farradyne se dijo que Norma quería ponerle celoso. Ni él mismo conocía su propia reacción. Estaba harto de Norma pero se sentía responsable por ella. Era posible que lograra ponerle celoso pero, en todo caso, no se trataría de los celos que resultaban de la pasión, sino de un amplio deseo de protección.

Cuando la linda figura de Norma se deslizó fuera del salón, Cahill señaló el sitio por el que ella había desaparecido.

—Esa dama es una de ellas.

—Lo sé. Pero no es mi mujer.

—Es posible que no lo sea. Pero parece todo lo contrario a cierta distancia. ¿Qué está usted haciendo aquí con ella?

—Voy a entregarla a sus padres en Denver.

—¿Eso es todo?

Farradyne hizo un gesto de asentimiento.

—Se me echó encima en Ganímedes. Es la dama que comenzó a pregonar que yo era un corredor de loto.

—Es posible que acierte.

—No, no acierta.

Cahill sonrió.

—Es mucho lo que sabemos.

—¿De verdad?

—Sí. Pero es posible que ella acierte más pronto o más tarde, pero conténgala.

—Lo haré. Se ha portado como el diablo con zapatos de tacón.

—Parece como si esto le divirtiera.

—Me odia.

Cahill estuvo de acuerdo.

—Probablemente. Ellos suelen terminar siendo un caso de odio y violencia. Pero…

Norma volvió con una bandeja y dejó la comida sobre la mesa. Comieron en silencio con Norma haciendo aún a Cahill el objetivo de sus hechizos. Cahill, que indudablemente sabía bien lo que era una muchacha drogada, disfrutaba algo de sus insinuaciones aunque las aceptaba con una media sonrisa de seguridad. Una vez que hubieron cenado Norma comenzó a quitar la mesa. Esto dejó anonadado a Farradyne porque no contaba con ello y lo único que parecía convenir al caso era la posibilidad de que Norma actuara en forma blanda para terminar con el temor que sentían hacia ella. Pero estaba llevando la cosa demasiado lejos. Ella no era tan incapaz de calcular. Sabía que con este gesto se alejaba del primitivo desdén para significar cualquier clase de cooperación.

Cuando de nuevo hubo salido, Farradyne se volvió hacia Cahill y preguntó:

—¿Cómo puede uno distinguir un loto de amor de una gardenia?

—Requiere experiencia, Farradyne. Ya aprenderá usted.

—Lo que choca —dijo Farradyne— es que los hombres del DSA han estado tratando de averiguarlo durante cuarenta años y aún no saben de dónde proviene.

—Ni lo sabrán nunca —dijo Cahill—. Y posiblemente usted tampoco.

—Pero yo…

—Es mejor que no. Mejor gozar de la vida al margen de ello. Es más saludable. Recuérdelo.

—¿A dónde vamos después de Denver?

—No estoy seguro de que vayamos a un punto fijo. Usted tiene algunos huecos que llenar. No estoy demasiado seguro de usted, Farradyne.

Cahill encendió un cigarrillo y se recostó dejando escapar el humo tranquilamente.

—No me importa hablarle así porque sería su palabra contra la mía en caso en que fuera usted uno de los hombres del DSA. Parte de la historia parece ser verdad. El resto me resulta difícil de creer.

—¿Por ejemplo?

—Bueno, supongamos que es usted un hombre del DSA. El género humano es terrible, pero de todas maneras no creo que nadie se decida a matar a treinta y tres personas para lograr una mala reputación. Y para conseguir que le quiten la licencia. En cuanto a vivir cuatro años en la obscuridad hasta que el escándalo se haya pasado es cosa que puedo entender. Lo del sitio no lo entiendo, en cambio, muy bien, pues si usted ha pasado cuatro años en los campos de hongos de Venus, ¿cómo diablos ha podido ponerse en circulación inmediatamente después con un Lancaster Ochenta y Uno y absolutamente nuevo?

—Es posible que me hiciera rico.

Cahill rió con todo descaro.

—¿Encontró usted una mina de platino?

—Es posible que trabara conocimiento con una determinada persona.

—¿Correo negro?

—Esa es una expresión poco amable, Cahill.

—Claro que sí. ¿Qué hizo?

—Vamos a llamarlo sugerencias.

Cahill rió de nuevo.

—Bueno. Sálgase usted con la suya, Farradyne. Dígame: ¿Tenemos que estar con hora fija en Denver o podemos salir inmediatamente hacia Mercurio?

—¿Hacia Cinnabar o hacia la Ciudad del Infierno?

—Cinnabar, si le da a usted igual.

—Mercurio, Schmercury. No creí que hubiera allí nada interesante salvo una central calorífica.

—No es mucho —admitió Cahill—, pero es bastante. Los...

Su voz se extinguió al oírse los tacones de Norma en la entrada del salón.

—Creo que me fumaré un cigarrillo y beberé una copa en compañía de ustedes antes de irme a la cama —anunció en un tono de voz que Farradyne no le había oído antes.

Haciéndose la sorda llenó tres vasos largos de *White Star* y tendió dos de ellos a sus compañeros. Dejó sus dedos un momento sobre el de

Farradyne y algo más sobre el de Cahill. Luego se recostó cuan larga era en una silla justo delante de ellos luciendo curvas y piernas con aquella extraña mirada de franco desinterés hacia todo.

Farradyne encontró esto algo difícil de explicar ante sí mismo. La tarde había consistido en una serie de paradojas. El cambio de Norma desde aquella bruja neurasténica de días antes a esta lánguida dama no era algo que él encajara. Se había dado cuenta más de una vez de la habilidad de ella para razonar fríamente, pues, como todo en ella, sentimientos y sensaciones, estaba destrozado, se colocaba al margen de todo y su discurso mental resultaba de una lógica escalofriante. Pero el planteamiento que Farradyne hacía del problema era incompleto. Norma había dicho que cono-i ía las emociones aunque sólo fuera por su nombre y definición y porque en un tiempo ella las había experimentado. Ahora sólo sabía cómo aculaban en los demás. Farradyne creía a duras penas que estuviera tan entrenada en este conocimiento y que pudiera actuar como si sintiera de un modo cuando su interior decía todo lo contrario.

Ni siquiera se esforzaba. Cuando su cigarrillo y su copa se acabaron Norma se levantó y marchó al piso inferior.

—Yo también —dijo Cahill.

Farradyne le condujo a un saloncito y le dejó allí.

—Hasta mañana —dijo.

Cahill le dio las buenas noches y Farradyne se retiró a su cuarto a pensar.

No había ido mal la cosa. Desde luego no sabía hasta dónde habían llegado los otros operadores de Clevis pero había estado en la pista menos de cien horas y ya había dado con uno de los cabos. Indudablemente el cebo era el asunto del *Semíramis*. Ningún hombre del DSA iría tan lejos para lograr hacerse una mala reputación.

Farradyne se preparaba para ir tan lejos como las circunstancias exigieran. Si se veía obligado a correr lotos ahora, lo haría. Ya le llegaría el momento de pedir excusas a sus congéneres. El caso es que el DSA había estado tratando de evitar esta plaga que minaba la raza y no había podido lograrlo en cincuenta años. El ayudaría.

Se sintió mejor pensando que se vería libre de Norma a la mañana siguiente y que el futuro de sus relaciones con Cahill aparecía muy interesante. Soñó cosas agradables sobre la libertad y el éxito.

Se despertó de repente y permaneció echado y ciego durante unos instantes. Luego se levantó y corrió hacia el corredor. La luz le cegó pero no lo bastante como para dejar de ver a Cahill.

Cahill venía por el corredor arrastrándose y sangrando de algún

lugar bajo su brazo izquierdo. La sangre le corría por la pierna izquierda y dejaba grandes manchas en el suelo por el que avanzaba con dedos engarfiados.

A través de sus ojos, casi nublados, alcanzó a ver a Farradyne. Trató de avanzar y de ponerse en pie y se desmayó. No pudo sino agarrarse a los pies del astronauta como un niño cansado. Su voz sonaba como la de un fonógrafo a punto de apagarse. Y de repente el ronco estertor de la muerte.

Caminando tras él venía Norma Hannon. Sus ojos brillaban de satisfacción y su cuerpo aparecía vivo e insinuante. En su mano derecha llevaba una pequeña pistola automática. Sus labios se curvaron al llegar hasta Cahill y golpearlo con el pie desnudo.

—El —y comenzó a llorar en un tono estridente. Luego se esfumó la histeria y miró de nuevo a Cahill.

Farradyne sintió un sudor frío. Cahill probablemente no habría podido hacer sino mirar demasiado el provocador escote de Norma.

Se recostó contra el muro y lo vio todo como en cámara lenta. En circunstancias normales ningún jurado de todo el sistema solar hubiera hecho intento de perseguir a la mujer. En circunstancias normales también Farradyne se hubiera limitado a arrojar el cuerpo del hombre al espacio y hacerlo constar luego en el primer puerto. Pero la cuestión es que Farradyne no podía ponerse en peligro de demasiadas averiguaciones. Y Norma Hannon era una drogada, una viciosa del loto, y tampoco podía soportar muchas investigaciones.

Lo peor de todo era el haber perdido a Cahill.

—¿Por qué? —preguntó el hombre amargamente.

—El… —los ojos de ella se abrieron de nuevo y al revivir la escena sintió un nuevo escalofrío de placer.

—¡Vamos, se divirtió! —chilló Farradyne.

—Esperaba que hubiera sido usted —dijo ella—. No le hubiera matado —su voz era pacífica. Podía haber pronunciado en este tono el verbo besar en vez del verbo matar—. Él no me gustaba…

—Y yo sí le gusto.

—A usted le reservo para odiarlo mañana.

—¿Y por qué no le reservó también a él?

—¿Qué significaba él para usted?

—Era mi fuente.

—¿Fuente? —Norma pareció descompuesta. Una ráfaga de entendimiento cruzó su rostro—. Flor del Infierno —dijo con un suspiro que distorsionó su rostro. Pasó por encima del cuerpo de Cahill, le dio la automática a Farradyne y fue a sentarse en el salón.

Farradyne hubiera deseado hacerle daño, llegar hasta ella y hacerle sentir algo más que miedo.

—Fuente —le repitió siguiendo tras ella—. Loto de amor. Le hubiera dado a usted uno.

Hizo un sonido que podía ser una amarga carcajada.

—Nada bueno, Farradyne. ¿Qué hay de bueno en un loto de amor?

—No lo sé —dijo sencillamente—. Nunca probé uno.

La risa de la muchacha tema algo de insana. Luego se le acercó como una sirena.

—¿Qué clase de operador es usted? ¡Usted! Con su licencia falsa y su aparato robado, ¡bah!

Se levantó tan de repente como se había sentado. Al ir por el pasillo se detuvo para separar con un pie la pierna de Cahill. Farradyne permaneció donde estaba hasta que la oyó cerrar la puerta. Habría que trasladar a Cahill, pensó.

Se encontró contemplando al muerto con un extraño sentido de despego, como si estuviera observando un juego. Revivió la escena aunque trataba de desecharla de su mente. Pero desecharla no suponía provecho alguno, de manera que repasó todo lo ocurrido, cosa por cosa desde que oyera el disparo hasta el último vagido de Cahill moribundo. Este último recuerdo era algo que le enfermaba.

Había sido un grito totalmente discordante.

Analizó todo, hasta aquellas cosas que carecían de real importancia. El grito había sido discordante, pensó otra vez.

Por una extraña asociación de ideas, Farradyne se vio de nuevo en el *Semíramis* y aquellas tres voces tras él. Luego, sólo encontraron un esqueleto. Entonces la mente volvió hacia Brenner en Marte, que había emitido un gruñido aprobador al ver aproximarse a Norma bordeando el impulsor con el sol resplandeciendo tras ella. No tenía prueba. El gruñido de Brenner había sido discordante. Porque un sonido discordante viene de varias notas que suenan a la vez. ¿Tres voces? ¿Quizá más?

Posiblemente. Al principio no estuvo seguro. La voz de Brenner había sido breve, trató de convencerse. Pero el grito de Cahill moribundo era de lo más politonal. Y ambos eran operadores de loto.

Es posible que esto quisiera decir algo o era posible que no quisiera decir nada. Farradyne echó la cabeza hacia atrás trató de emitir un sonido y decir una palabra al mismo tiempo. Quizá podría conseguirse hacer ambas cosas a la vez tras mucha práctica, y era posible que se tratara de una contraseña.

Más que ninguna otra cosa, lo que Farradyne necesitaba era una

corroboración.

Se encontraba muy débil pero aun así pasó sobre el cuerpo de Cahill y llamó a la puerta de Norma.

La chica abrió tras unos segundos y preguntó:

—¿Qué quiere usted ahora?

—Norma, usted dijo que yo le debía algo, pero ahora es usted quien me debe algo a mí.

Emitió una risita burlona.

—¿Por haber matado a ese pajarraco de ahí fuera?

—Es posible.

—Adelante, Farradyne.

Miró el hombre los helados ojos de ella esperando ver en ellos algo de interés por algo.

—Norma, usted tiene una mente lógica. Dígame, ¿observó algo raro en el gemido último de Cahill?

—No.

—¿Nada curioso?

—No he visto morir a muchos hombres. ¿Qué es lo que resultó extraño?

Sus ojos se descongelaron un poco, pero el piloto no sabía si era mera curiosidad lo que se mostraba en ellos o renovado placer ante el recuerdo de la escena.

—Me pareció un gemido bastante discordante.

—Fue discordante.

—No es eso lo que yo quiero decir. Me pareció como si en él emitiera tres o cuatro notas distintas a la vez.

Ella se mofó de él.

—Déjeme que le pegue un tiro. Entonces podrá analizar toda la escala cromática que le voy a cantar.

—Hablo en serio.

—Deje de hablar de ese tipo. Es la misma historia que contó usted sobre aquellos tres hombres que entraron en su cabina, ¿recuerda?

—También Brenner hizo un sonido parecido.

—Un sonido como el que haría un cerdo —dijo ella burlonamente —. Déjese de tonterías, Farradyne. No convence usted a nadie sino a sí mismo y su sorpresa viene de la sorpresa de ver una mujer de aspecto aceptable junto a un hombre cuya garganta experimenta la asfixia de la muerte. Déjelo de una vez.

Le cerró bruscamente la puerta del cuarto en las narices.

Farradyne contempló con pena el cuerpo de Cahill. No es que la muerte del hombre le afectara especialmente, pero había perdido el

hilo que le ponía en contacto con la banda de la flor del infierno. Un hombre como él y un operador de loto no eran gente que los medios oficiales podían olvidar. Empezarían a hacer una serie interminable de preguntas. Y podía ser que la desaparición de Cahill fuera la causa desencadenante de tales preguntas.

Le hubiera gustado guardar el cuerpo. Pero no tenía sentido alguno el guardarlo para que el doctor reconociera aquella laringe. Y él tampoco podía reconocerla. Podía curar cortaduras y quemaduras, pero en lo que se refería a laringes estaba dispuesto a reconocer que sus conocimientos se quedaban en aquello de que una cuerda vocal es una cuerda como otra cualquiera que vibra cuando el aire pasa por la garganta.

Por lo tanto, haciendo de tripas corazón, arrojó el cuerpo por la escotilla con un animado:

—¡Nos veremos en el infierno, Cahill!

VI

El Lancaster aterrizó en Denver. Antes de que Farradyne desplegara la rampa de aterrizaje un coche del puerto espacial recorrió el campo para venir a detenerse casi junto a la nave.

—¿Farradyne? —preguntó el hombre.

—¿Es usted el empleado de la Agencia de Detectives Bennington?

—Sidney Kingman —dijo el otro mostrando a Farradyne su tarjeta de identidad—. ¿Dónde está la chica?

—Dentro.

Kingman le dio a Farradyne un sobre. El piloto se lo guardó y condujo a Kingman hasta el salón. Norma estaba en él sentada en un diván y fumando.

—Miss Hannon, míster Kingman.

—¿Otro de sus amigos? —dijo con sorna.

—No. Uno de los suyos.

—No tengo amigos.

—Sí los tiene, miss Hannon. He venido para llevarla a usted a casa.

Norma se irguió.

—¡Usted, estúpido! ¿Por qué ha hecho esto?

—Usted no me hubiera dejado en paz. De manera que la traje a su casa en donde se harán cargo de usted y me la quitarán de encima.

—Se acordará usted de ello.

—No, si puedo evitarlo.

—¿Por qué estropea todo lo que toca? —gritó ella.

—¿A quién he hecho daño ahora?

—A mí. —Por vez primera Farradyne vio lágrimas de genuino dolor. Estaba enfadado pero también sentía remordimientos—. ¿Por qué ha de causar dolor a los míos? ¿Por qué no pueden seguir pensando que estoy muerta? Yo estoy algo peor que muerta.

Luego su rostro se congeló de nuevo y miró a Kingman.

—Muy bien —dijo con voz dura—. Vamos y hagamos daño a mi familia. Acabemos de una vez, pareja de desgraciados.

Caminó hacia la puerta espacial haciendo seña a Kingman de que la siguiera. Su rostro tenía una expresión fría y distante al abandonar el Lancaster. En el coche de Kingman salió del puerto espacial sin dirigir ni una sola mirada a Farradyne.

Y eso fue todo. Farradyne retiró la rampa de aterrizaje, cerró la escotilla y, poco después, dirigió el Lancaster hacia el cielo rumbo a Mercurio.

VII

Cinnabar estaba dentro de la zona de luz y su sol estaba siempre en el mismo punto del cielo. Era una ciudad bien construida, de manera que las calles tuvieran iluminación directa o refleja. Cinnabar era además una de las ciudades de espectáculos del sistema; pero Farradyne no creyó que en ella pudiera ver nada a su gusto. O por lo menos nada de lo que él quería ver. Podía aprender más sobre la flor del infierno en la Tierra simplemente porque Nueva York tenía una Biblioteca Pública más amplia.

Intentó hacer todo lo posible para volver a dar con el perdido hilo de la banda, pero todo lo que hizo: beber, ir de acá para allá en la ciudad, no dio resultado alguno. Lo único posible fue el que le contratara un grupo de maestros que habían visto Mercurio y querían hacer un viaje barato a Plutón.

Farradyne aceptó el trabajo para unas tres semanas más tarde. Esto le dio un pago para Plutón y cuando llegara allí sería tiempo de comenzar el subcontrato que Clevis había previsto para él como fuente combinada de ingresos y toma de contacto. Una vez al mes Farradyne tenía que transportar un cargamento de torio refinado de Plutón a la Tierra, trabajo de índole privada por el que le pagaban bien. Por lo tanto podía llevar a los dichosos maestros a Plutón, y coger su torio, lo que convertiría sus idas y venidas en algo normal a los ojos de los oficiales espaciales.

Farradyne veía acercarse cada vez más las fechas y nada pasaba. Comenzaba a preguntarse cómo una persona que quisiera loto podría lograr tal cosa. Parecía que no se vendía en parte alguna. Pensó que quizá su método de ataque era equivocado, pero no sabía cómo corregirlo.

Respiró con dificultad ante tales pensamientos y su gesto debió ser percibido porque una mano le dio en el codo y una voz preguntó:

—¿Se siente tan mal?

Se volvió lentamente mientras su cerebro trabajaba a toda prisa

con el fin de encontrar respuesta que le llevara en la dirección debida.

—Esta… —comenzó a decir, y entonces se dio cuenta de que la voz que él creía correspondería a un hombre alto y fuerte era la de una mujer de pelo negro que estaba junto a él en la barra.

—Sólo estaba preguntándome qué puede hacer un forastero para divertirse en Mercurio.

—¿Astronauta?

—Sí.

—Me lo imaginé —rió con su tono de contralto—. Pero los astronautas no son los únicos en beber ese whisky aguado.

—Ya lo sé. Pero esta vez es uno de ellos.

Ella sonrió de nuevo.

—¿Tan poco hospitalaria resulta Cinnabar?

—A los forasteros nos da esta impresión.

—A mí me parece bastante normal. Hace que resulte más divertido el resto del sistema solar.

—¿Ha nacido usted en Mercurio?

—No —dijo ella, sacudiendo la cabeza—. Nací en Venus. Pasé cuatro años en la Tierra antes de que mi familia viniera a Mercurio. Pero mi último viaje espacial lo hice cuando tenía nueve años. Dígame, ¿cómo es Nueva York?

—Edificios, gentes y locos corriendo de un lado a otro. Ningún cambio en los últimos cien años salvo edificios más altos, más gente y mayor velocidad. Pero allí se puede encontrar lo que uno busque si tiene dinero para ello.

Ella sonrió tranquila.

—Le mostraré que Cinnabar no es un sitio inhóspito. Puede llevarme a cenar si lo desea.

—Lo deseo —rió—. Y ya que no hay nadie que nos presente, le diré mi nombre: Charles Farradyne.

—¿Cómo está usted? —dijo solemnemente poniendo una mano diminuta en la suya—. Me llamo Carolyn Niles. —Se separó de la barra y le hizo una especie de pequeña reverencia. Entonces pudo ver que era casi tan alta como él pero con una figura mucho mejor.

—¿Cómo nos encontraremos? —preguntó.

—No nos encontraremos —contestó Carolyn—, lo haremos de un modo más interesante. Le llevaré a casa donde conocerá usted a mi familia y tomaremos un cóctel con ellos. Le presentaré como un viejo amigo de Michel, que es una especie de gran camarada de escuela de mi hermano. Tras de los cocteles yo subiré a mi habitación y me cambiaré mientras usted se queda conversando educadamente con mis

padres, ninguno de los cuales suele comerse jóvenes crudos aunque algunos puedan quedar aterrados ante la colección de armas de fuego terrestres que posee mi padre. Luego podemos ir hacia su nave espacial donde usted a su vez se vestirá y yo podré fisgar los alrededor res. Hace tiempo que no he estado en una nave espacial.

—Hecho —dijo Farradyne.

Algo le rozó en el codo y tuvo que inclinarse mucho antes de alcanzar a ver un muchacho de unos diez años que llevaba una caja de flores envuelta en papel verde. El joven comerciante tenía vista para los negocios. Miró a Farradyne y sonrió a Carolyn.

—¿Flores? —preguntó—. Un dólar.

Farradyne casi se asustó al ver que aquí se podían comprar lotos por un dólar. Pero, no. Se trataba desde luego de gardenias. Compró una para ocultar su confusión y se la dio a Carolyn. La muchacha sujetó la gardenia en su obscuro cabello, dio las gracias sonriendo y le guio hasta un coche tan plano y tan largo casi como la propia pista en la que estaba aparcado. Carolyn le dio las llaves y Farradyne condujo el coche hasta fuera de la ciudad.

La muchacha le presentó a la familia y fue bien recibido. Su padre era un hombre alto y distinguido, con las sienes plateadas que quedaba totalmente extasiado cuando la muchacha sonreía, cosa que hacía con frecuencia. La madre de Carolyn era alta y morena con algunas canas, quizá. El hermano no estaba presente, lo que facilitaba las cosas para Farradyne, que no hubiera podido dar muchas explicaciones sobre su desconocido amigo Michel.

Míster Niles hizo unos martinis y le preguntó por el negocio espacial. Farradyne le explicó en qué consistía. Mrs. Niles le hizo observar que no sería tan mal negocio cuando le permitía tener un aparato propio.

Mrs. Niles comentó:

—Supongo que para operar se necesita dinero.

—Mucho, Mrs. Niles. Un astronauta comienza a pensar en enormes cantidades para poder llevar su negocio mientras que para vivir él se conforma con cifras ridículas. Para vivir de modo razonable, las cantidades que cruzan por las manos del piloto son asombrosas. Cobran mucho, pero los impuestos también son altos.

—¿Viene usted a Mercurio con frecuencia, Mr. Farradyne?

Farradyne sonrió.

—Quizá vendré más en el futuro.

—Bueno, ahora se torna adulador —rió Carolyn.

—Mejor que sea así Charles —dijo su padre—; .le recibiremos

gustosamente siempre que usted quiera venir.

—Gracias —dijo sonriendo Farradyne—, pero pensé que a lo mejor se hacían una mala opinión de un hombre capaz de traer a su casa a su hija llevando prendido en el vestido una gardenia.

—¿Gardenia? Oh, ya. Usted quiere decir que podría ser...—Míster Niles se echó a reír—. Creo que Carolyn tiene suficiente juicio para saber escoger sus acompañantes. Charles.

—Desde luego —añadió Mrs. Niles—. Y Robert y Michel no serían capaces de trabar amistad con malos sujetos.

—De pasada —dijo Mr. Niles—, ¿cómo se encuentra Michel?

—Bastante bien la última vez que le vi —dijo Farradyne, seguro de que ésta era una contestación que no le podía comprometer.

—¿Está usted seguro?

—Claro que sí.

—Me alegro de saberlo —dijo Mrs. Niles—, Sabía que estaba con usted pero no sabíamos hasta cuando estaría.

Farradyne se agitó imperceptiblemente y esperó que ellos no lo hubieran notado.

—Ah. ¿Lo sabían? Entonces deben habérselo dicho.

—Oh, ya lo hizo. Dígame, Charles, ¿qué ha sido de Michel?

—¿Le ha ocurrido algo?

Mr. Niles miró fijamente a Farradyne.

—Mike salió de Marte con usted. No ha llegado a Denver, señor Farradyne. De modo que, ¿qué ha sido de él?

Farradyne sintió el corazón en la boca.

Carolyn corroboró.

—Sí, Charles, ¿qué ha ocurrido con Michel Cahill?

Farradyne se sintió frenéticamente nervioso. Buscaba desesperadamente una contestación, pero no la encontraba pues no estaba preparado para esto. Y se dio cuenta de que su silencio era más condenador que cualquier historia que pudiera contar.

Entonces se le ocurrió que no necesitaba contestar nada y que lo que tenía que hacer era estar preparado para el próximo ataque. Pues pensando en el absurdo incidente llegaba a dos alternativas: o bien Cahill jugaba con dos barajas, o bien era un amigo de los Niles y si era así...

Farradyne rió de su propia simpleza.

—¿Qué es lo que le resulta gracioso? —le preguntó Niles.

—Se me acaba de ocurrir la brillante idea de que ustedes o bien son culpables o bien son inocentes.

—Muy inteligente. Pero, ¿qué le ocurrió a Cahill?

Sólo por un momento pensó el astronauta que Niles era inocente. Cahill no había establecido contacto con nadie desde que tomara contacto con él. Luego Niles debía estar sobre aviso de los planes de Cahill. Aquí era donde Cahill le hubiera traído. Le había llevado a él sólo algo más de tiempo pero había llegado.

Se echó hacia atrás tratando de calmarse. Bebía un sorbo de Martini para ver si aún le temblaba la mano pero no era así.

Dijo:

—Si saben tantos detalles sobre Cahill también los sabrán sobre mí. Habrán ustedes oído decir que fui reconocido en un bar de Ganímedes por una mujer llamada Norma Hannon que es una drogada de loto. Me odiaba porque me llamo Charles Farradyne y su hermano resultó muerto en el accidente que tuve en El Pantano. Quería quedarse conmigo porque le resultaba excitante la situación. De manera que logré dar con sus padres y me disponía a llevarla a su casa cuando encontré a Cahill que quiso venir conmigo tras un corto diálogo. Luego durante la noche Cahill intentó propasarse con Norma y ésta le mató. Y yo arrojé su cuerpo por la escotilla.

—Cahill era un condenado tonto —dijo Niles—. Era un idiota y lo ha pagado. Algunos hombres encuentran que es preferible el dinero, el poder o las máquinas de tren. Las mujeres son puro veneno.

—Me parece que yo he ido detrás de una como un corderito. Pero he sido traído aquí para algo, de manera que vayamos al grano.

—Bueno, es usted un hombre expeditivo. ¿Qué es lo que le hace pensar que tal propósito no era averiguar el paradero de Cahill?

—Porque si hubiera sido así, hubiera ido usted a preguntar a la policía o lo habría dado por la radio. Y si Cahill me admitió en la cuestión de correr lotos era por algo. Recurro a su lógica, Niles.

—Por favor. Llámeme míster Niles. Soy bastante mayor que usted.

—Muy bien, míster Niles. He aprendido ya algo: puedo distinguir un operador de lotos perfectamente.

—¿Cómo? —Todos ellos se inclinaron ansiosos, hacia adelante.

—Porque son ellos, los verdaderos operadores,, quienes encuentran extrañas mis pretendidas maquinaciones. Saben los hechos.

—Muy inteligente. Mucho más que hace un rato.

—Puedo preguntar: ¿por qué ha tardado un mes en hacerme venir? —Miró a Carolyn con una desconcertante sonrisa—. Apostaría que durante todo este tiempo no se ha separado usted de mí más de cien pasos.

—Está usted ciego, Farradyne —dijo tranquilamente.

Míster Niles sonrió.

—Hay muchas cosas en su pasado, Farradyne, que resultan incomprensibles. No podríamos estar nunca seguros de que no es usted un hombre del DSA. Desde luego resulta duro de creer que un empleado del Gobierno sea capaz de matar a treinta y tres personas en una nave espacial, para hacerse mala reputación cuando también su vida estaba en peligro. Pero aun así puede haber ocurrido. De manera que hemos procurado averiguar la verdad de lo Ocurrido y en ese sentido las cosas están claras. Lo malo es la cuestión de Cahill. Es posible que su decisión de convertirse en un operador de flor del infierno le ayude a medrar en la vida o es posible que le ayude a retroceder. De manera que esperamos. No a Cahill. Cahill le hubiera traído a usted aquí. Hubiera venido con o sin usted. A menos que estuviese muerto. Ya sabe usted la respuesta a esa suposición. Norma Hannon no ha dicho nada según nuestras noticias. Claro que nadie presta atención a las palabras de una drogada y ella lo sabe. De manera que es usted quien sabe más de Cahill.

—Pero no más de lo que le contado. Cahill vino a mi encuentro y me hizo una especie de oferta.

—Parece ser cierto eso. Pero hay muchas lagunas en su historia.

Farradyne estuvo de acuerdo.

—Dejémoslo así: hay medios de conseguir dinero y lo que uno desea. Yo encontré un camino. Pero tengo entendido que al penetrar en un mundo determinado es mejor guardar silencio. La charla no sirve para nada. ¿Me sigue usted?

—Sí, pero…

—No me importa afrontar lo que sea. No en compañía, míster Niles —. ¡Farradyne acentuó el míster con sarcasmo! Niles le miró inquisidoramente.

—Es usted algo discutidor y un tanto demasiado seguro de sí mismo. Pero sabe usted tener la boca cerrada y es capaz de salir de un apuro. Me parece que podemos llegar a entendernos.

—Lo que yo necesito es dinero.

—Claro que sí. Todo el mundo necesita dinero. ¿Qué medios visibles de mantenimiento tiene usted?

—Tengo un subcontrato. Una vez al mes he de llevar una cierta cantidad de torio refinado de Plutón a la Tierra.

—Es algo pero no mucho.

—Ya saldrá más trabajo, sin duda.

Niles se recostó y juntó las manos en actitud beatífica.

—Una de las cosas más difíciles de nuestro trabajo es justificar ante los demás un alto tren de vida. Las ganancias que se obtienen en

él son muchas y las horas de trabajo pocas. Está claro que un hombre que no tiene fortuna propia o que se ha establecido en un lucrativo asteroide para vivir como un reyezuelo ha de trabajar también con furia de tal. El día que un hombre pueda hacerse construir una casa de cinco mil dólares ganando justamente cinco mil dólares sin que los vecinos frunzan el ceño habremos adelantado mucho. Hay que fingir que se gana o se trabaja.

—Entiendo.

—Para un trabajo como este preferimos un astronauta absolutamente familiarizado con el espacio. Alguien con polvo en los zapatos, polvo espacial por todas partes. Un hombre de tal facha siempre parece estar ocupado. Usted da esa impresión y espero que la siga dando. A menos que se vuelva usted loco por las mujeres.

—Soy un hombre bastante normal. Le recuerdo que fue Cahill quien hizo aquella intentona que le costó la vida.

—¿Hasta qué punto es usted normal? —preguntó Niles—. Tenemos tanta antipatía a los misóginos como a los sátiros.

Farradyne sonrió sereno.

—Bueno. Podría ser. Tengo suficiente juicio como para mantenerme alejado de Norma Hannon pero también tengo la sangre lo suficiente caliente como para haberme dejado traer por Carolyn hasta aquí. ¿Le parece bien?

Niles quedó pensativo un momento.

—Es posible. Ya lo averiguaremos. Farradyne, está usted metido en una posición en la que no podría hacer daño a nadie salvo a sí mismo. Y una vez que estemos completamente seguros de usted mejor aún, porque entonces podríamos, si quisiéramos, hacerle todo el daño que nos apeteciera. Ya veremos. ¿Cuándo ha de ir usted a Plutón?

—Tengo que llevar mañana allí a unos cuantos maestros.

—Bien. Le da a usted una buena excusa y no mucho trabajo. Al llegar a la Tierra no comprometa el aparato porque ya está usted comprometido. Carolyn estará allí en viaje de negocios y habrá contratado su nave para volver a Mercurio. Durante el viaje le daremos más detalles. Pero escuche: usted será sólo un mediador. Verá sólo a los clientes habituales que le designemos. Le será dicho quién es de fiar y quién no lo es. Tomará usted el dinero que le entreguen y de él se queda con su parte. Y ahora como usted y mi hija planearon en un sitio público el irse a cenar juntos y varias personas les oyeron, lo mejor es que vayan efectivamente a cenar, bailar y a hacerse el amor, como es natural. Desde este momento usted es Charles otra vez y yo soy Míster Niles y no habrá ningún equívoco entre nosotros ¿De

acuerdo?

—Sí.

—Bien. Tome otro Martini mientras Carolyn se viste para la cena.

Niles escanció la bebida. Carolyn desapareció. Mrs. Niles se inclinó hacia adelante y preguntó:

—Charles, ¿por qué quiso usted ser astronauta?

Su tono y su actitud eran iguales a las de cualquier madre que hiciera la misma pregunta. De momento olvidó la posición que ella ocupaba en el absurdo esquema existente, precisamente porque ella cumplía a la perfección con el papel que se le había designado. Casi mecánicamente Farradyne comenzó a explicarle el porqué. Lo hacía sin pensar porque en muchas ocasiones había tenido que decir las mismas cosas al mismo tipo de persona. Esto le daba margen para considerar la situación.

Míster y mistress Niles representaban con éxito un buen hombre de negocios y su flamante esposa. Un aura de responsabilidad les rodeaba. La actitud de la señora Niles era lo que más le sorprendía. Farradyne tenía a las mujeres divididas en dos bandos: unas las comparaba con el patrón materno y aparecían llenas de reposo y bondad; las otras eran mujeres de vida alegre que parecían lo que eran. Pero no podía admitir que Mrs. Niles actuara de modo tan seguro y gracioso. Debía aparecer como lo que era: un reptil.

En cuanto a Carolyn también se sentía sorprendido por el juego seguido por ella. No había nada en su aspecto exterior que hiciera sospecharlo. Lo mismo que sus padres daba la impresión de éxito y de que el negocio de su familia era honorable y benéfico. Farradyne ansiaba ya el momento en que podría hacerlos descender de su pedestal y quitarles la máscara.

El piloto se convirtió en esos momentos en un hombre más maduro. Comprendió la actitud de Clevis. Antes se había preguntado por qué un hombre podía trabajar en algo como aquello en pleno anonimato cuando podía haberse dedicado a algo mejor y que le hubiera dado satisfacción y riquezas. Ahora Farradyne comprendía la satisfacción que se podía obtener de seguir las huellas de un hombre como Clevis. Niles había dicho que hay hombres que buscan dinero, otros poder y otros modelos de locomotoras. Pues bien, otros por lo visto sentían satisfacción al cuidar la fibra moral de la raza y esto les da la misma satisfacción que al hombre que busca dinero al ganar un billón de dólares.

El dinero nunca había sido la ambición de Farradyne. Le bastaba con aquello que le permitía divertirse tranquilamente, y esto no solía

ser mucho. Ahora le venía una nueva ambición: la de ejercer un trabajo anónimo para terminar con la clase de gente representada por los Niles.

Contó con toda tranquilidad cómo había aterrizado. Su sonrisa era hipócrita, es verdad, pero sentía que su hipocresía era (permítase) buena frente a la hipocresía demostrada por Niles. Se preguntaba cómo una mujer que aparentaba ser tan honorable como la señora Niles permitía a su hija tomar parte en parecido juego. En cuanto a él, podía seguirles la broma porque tendría poco contacto con ellos.

Pero se preguntaba si podría seguir el mismo juego que Carolyn esperaba. No sabía exactamente lo que sería ello pero presentía lo peor tratándose de alguien capaz de dedicarse al negocio de drogas. Farradyne pensó que podía fingir hasta cierto punto, pero cuando el fingir consistía en hacer el amor a una muchacha cuyo pasado resulta desagradable la pantomima termina por hacerse evidente. Farradyne temía descubrirse con el menor gesto.

Pero cuando Carolyn bajó con un espléndido traje de noche blanco, se le ocurrió que le iba a resultar difícil recordar que era una vulgar comerciante de lotos.

—Tiene usted que vestirse también, Charles —dijo con voz dulcísima.

Farradyne asintió levantándose. Se preguntó cómo una mujer joven con tantas posibilidades ante sí podía estar mezclada en aquello. Pero se dijo que probablemente la muchacha había pasado toda su vida respirando aquel ambiente.

La muchacha le dio un amigable golpecito en el codo. No estaría mal intimar con ella. Pero le vino a las mientes el recuerdo de la muerta mirada de aquella muchacha llamada Norma Hannon.

VIII

En el salón del Lancaster, Farradyne sonrió.

—Habíamos dicho que usted curiosearía por la nave mientras me vestía, pero me parece que usted, sabe demasiado de aparatos espaciales.

—Lo admito —respondió la muchacha— y lo siento. No podía decir que conocía estos chismes tan bien.

—Supongo que no. En fin, acomódese donde quiera mientras me visto.

Se sentó con desenvoltura.

—¿Un trago y un cigarrillo? —le pidió.

—Lo del cigarrillo es cosa fácil, pero lo de la bebida es peor. No tengo sino *White Star* a bordo.

—Muy bien. Sírvamelo con agua.

Se acomodó sobre los cojines. Farradyne sirvió la bebida. Ella tomó un sorbo y dio su aprobación.

—Charles, vístase de prisa. Me siento más hambrienta que curiosa de visitar una nave espacial.

—Con mucho gusto —dijo dando media vuelta y saliendo.

—¿Charles? —habló ella levantándose y poniendo sus manos sobre los hombros de él. El permaneció impasible—. Charles —y su voz era dulce—, ¿se siente usted desgraciado porque no soy la clase de muchacha que usted esperaba fuera?

Farradyne sentía necesidad de hacerle daño..

—¿Con cuántos hombres ha desempeñado usted este papel?

Una triste sonrisa iluminó el rostro de ella.

—Debería abofetearle por eso. Porque cuando le responda usted no va a creerlo.

Se armó él de precauciones. Recordó que era un operador de loto y no un joven que acaba de descubrir que su novia le engaña. Trató de penetrar en el cerebro de la chica y pensó que probablemente ella soñaba en montar sobre un sórdido negocio un hogar como el de sus

padres, aparentemente respetable, con marido e hijos felices. Y a lo mejor el ser designado por la muchacha para desempeñar tal papel era él: flores para su mujercita, juguetes para los niños y los bolsillos abarrotados de flores del infierno.

Decidió seguir la corriente. Se tranquilizó y cogió a la muchacha por la cintura.

—Admito que he sido algo tonto pero es porque soy nuevo en un juego muy duro.

Ella se inclinó sobre él.

—Hasta los juegos duros tienen sus reglas.

—Pues jugaré de acuerdo con ellas tan pronto como las aprenda.

Ella le miró.

—Usted las conoce ya. Todas las personas las aprenden en casa, en la escuela, en la iglesia. Son leyes sensibles y alejan a la gente de los problemas. Si usted sigue esas reglas la gente no se meterá con usted. Eso es lo que mi padre trataba de decir cuando sugirió que usted era capaz de arreglárselas solo. Juegue pues de acuerdo con estas reglas. Es muy importante sobre todo cuando tenemos que procurar evitar la atención de la gente.

Se recostó contra él blandamente.

—Me hizo usted una pregunta, Charles. Y la respuesta a ella es un número: tres. El primero de ellos prefirió a una rubia y ahora viven felices en Calisto. El segundo no me gustó porque era de esos hombres que trabajan dieciocho horas diarias. A algunas mujeres les gusta esto, a mí no. El tercero era Michael B. Mike no duró mucho. Sólo lo suficiente para demostrarme que era un cazador de mujeres. El cuarto podría ser usted y posiblemente no habrá quinto.

—Tres hombres en su vida —murmuró él.

Sonrió ella mirándole a los ojos.

—Tres hombres en mi vida, pero eso no quiere decir sino relaciones superficiales. —Carolyn enarcó una ceja—. Y la única manera de que el cuarto logre algo más que eso es darme la seguridad de que no habrá un quinto. Ya lo sabe usted. Si quiere puede seguir el juego.

Los brazos de él no se aflojaron antes bien la atrajeron hacia él. La besó suavemente y por un momento permanecieron en silencio. Entonces ella se echó hacia atrás y sonrió.

—Necesitas afeitarte. Así que déjame hasta que puedas besarme sin rasparme la piel.

Y para probarle que sólo era un modo de decir, le besó de nuevo. Luego puso su frente contra su mejilla.

Farradyne fue hasta su cuarto y se duchó. Luego se afeitó y vistió cuidadosamente con pantalones y camisa blanca y la última reminiscencia de un período victoriano: un lazo negro. Volvió al salón donde encontró a Carolyn esperando paciente por él. Le miró e hizo un gesto aprobador. Luego se acercó poniendo su mejilla en la suya pero se escapó de sus brazos cuando él quiso besarla de nuevo.

La muchacha colocó su mano bajo su brazo y le urgió:

—La cena. Necesidad humana.

Farradyne rió.

—¡La cena! —repitió.

Ella se colgó de su brazo y él la ayudó a descender por la rampa de aterrizaje dirigiéndose al lugar que ella le indicó. La comida fue buena. Carolyn bailaba bien, con gran sentido del ritmo y su cuerpo se contoneaba gracioso. Farradyne decidió interiormente que si bien este trabajo no daba ocasión de fama y fortuna en cambio tenía algunas facetas agradables… El hombro de ella rozaba el suyo cuando la llevaba a casa horas más tarde.

La ayudó a descender del coche y caminó con ella hacia la puerta. Abrió con la llave que ella le tendía y una vez dentro volvió a besarla. Esta vez ella puso una nueva pasión en el abrazo. El la separó momentos más tarde colocando su cuerpo contra el suyo en una postura más cómoda.

—Es tarde —murmuró ella.

Farradyne se echó a reír.

—¿Con un sol tan brillante?

—Está siempre así, tonto. Estamos en Mercurio.

Farradyne la estrechó y volvió a besarla. La miró mientras ella tenía la cabeza inclinada hacia atrás.

—Me parece que en la obscuridad debes de ser un verdadero demonio.

Carolyn rió y sacudió la cabeza.

—Como todas las mujeres de Mercurio tengo mucho miedo a la oscuridad. Pero se hace tarde, Charles. Tienes que irte: son las cinco y has de partir a las nueve. Charles, por favor no vayas a estrellarte por falta de sueño.

—Muy bien —dijo él con sentimiento—. De acuerdo.

Ella le mantuvo aún apretado contra su cuerpo.

—Ha sido una velada muy agradable. Dame un beso de despedida y recuerda que nos volveremos a ver dentro de poco en la Tierra.

—En la Tierra existe la noche —dijo él. La estrechó contra él otra vez.

Ella murmuró:

—No tendré miedo, Charles.

La promesa de su último abrazo le acompañó. Sólo pudo dormir tres horas antes de partir, pero los recuerdos de Carolyn lo llenaban todo. Eran sueños agradables y desagradables según pensara o no en el pasado de Carolyn, pero, fuera como fuese, Carolyn era atractiva. Era un duro juego el que estaba desarrollando y mucha gente corría riesgo de resultar dañada. Y otra mucha gente (gente inocente) lo resultaría aún si él no se mantenía firme. De manera que cuando Farradyne decidía interiormente que en el presente bien podía permitirse sus momentos de placer aunque el día de mañana le pasara las cuentas con creces, era tiempo ya de presentarse al registro de salida de aparatos.

Tenía trabajo. Maestros que iban a Plutón y torio con dirección a la Tierra. Allí vería a Carolyn Niles.

Farradyne acudió al registro soñando con una cita para la que faltaban diez días.

IX

Llegaron a bordo media hora más tarde y Farradyne vio en seguida que este viaje estaba libre de complicaciones y peligros. Eran gentes asombradas, y curiosas. Conocían bien el sitio que ocupaban en la vida y cómo desenvolverse sin fricciones innecesarias.

Su director era el profesor Martin, un ágil caballero de unos sesenta años que les condujo a todos rampa arriba y comenzó a presentarlos uno por uno. Para Farradyne se convirtieron en un mar de caras y un sonido de nombres desconectados, excepción hecha de los más personales. Había por ejemplo una miss Otiss que reía como una colegiala aunque hacía por lo menos treinta y dos años que había dejado de serlo; un Mr. Hughes, sonriente y moreno, que trataba de dar la impresión de que estaba muy acostumbrado a los vuelos espaciales; una extraña dama que respondía por el nombre de Mrs. Higginbotham; una Mrs. Logan que era demasiado bella para estar incluida en el esquema que Farradyne se tenía hecho de los maestros de escuela. Miss Tilden, que decía conocer todo lo conocible sobre el espacio y una amiga suya que podría ser su madre. Miss Carewere, que era quien realmente conocía mucho sobre esta cuestión. Y por fin, Mr. Forbes, que parecía muy impresionado por todo lo que veía.

Desde luego no había nada que recordara a la flor del infierno en este grupo. Esto hizo que Farradyne se sintiera mejor y en seguida comenzó a sonreír ante su ingenuidad y su caluroso interés por todo. Comprendió que este viaje sería algo diferente para ellos o al menos lo podría ser si él ponía interés en ello. Estaba claro que sus anteriores viajes los habían hecho con pilotos que se mantuvieron con la acostumbrada frialdad y rigidez, de manera que Farradyne se dispuso a comportarse de modo más simpático. Era posible que necesitara algún día testigos de descargo y si se portaba amablemente con esta gente estarían dispuestos a declarar que parecía un hombre de bien.

Comenzaron a actuar en la cabina después de que el piloto les dio una explicación inevitable sobre los rudimentos del despegue. Y resultaron de gran ayuda. Miss Carewere que era una profesora de

economía doméstica tomó a su cargo la cocina y resultó muy eficiente. Míster Forbes que enseñaba algo de técnica manual anduvo arreglando y pintando las puertas, cosa que Farradyne iba siempre olvidando porque tenía normalmente cosas más urgentes que hacer. Alguien, Farradyne no sabía quién, hacía las camas, limpiaba el salón y los cuartos de los par ajeros hasta que cuartos y salones brillaron. Quienquiera que fuera no preguntó sobre las manchas de sangre que había por allí puesto que no se hicieron preguntas sobre la evidencia de la muerte de alguien.

A cambio, Farradyne les llevó a la cabina de control y les mostró cómo se dirigía el aparato. Míster Hughes, profesor de matemáticas se interesó altamente por el computador, y miss Tilden escuchó con placer las aventuras de Farradyne en el espacio ya que era una profesora de historia moderna.

La bella Mrs. Logan enseñaba ciencias, de manera que Farradyne le enseñó el funcionamiento de la pila atómica.

Ella se vio satisfecha y Farradyne la volvió a conducir al salón. Por primera vez en muchos años el piloto comenzó a sentirse en paz con el Universo. Su cerebro, que había estado tan sólo ocupado con un principal problema comenzó a ocuparse en otras cosas.

El vuelo espacial se parecía en mucho al manejo de los barcos en el siglo xix. Cuando el artefacto reclamaba atención era únicamente durante las maniobras de despegue, aterrizaje o cambios de dirección. El resto del tiempo el piloto podía sentarse tranquilamente en su sillón y esperar algún destello que le despertara o le sacara de la profunda observación de la cúpula estelar en la que estaba incluido como un asteroide más.

Algunos pilotos por lo tanto habían desarrollado gran habilidad construyendo pequeños modelo? de naves espaciales dentro de botellas. Otros hacían reparaciones.

Farradyne pertenecía al último grupo. Y en cuanto se sentía tranquilo comenzaba a actuar en el taller de la parte inferior. Era un pequeño cuarto bajo el piso de pasajeros apenas capaz para la maquinaria que en él había. Pero a Farradyne, como a la mayoría de los pilotos le gustaba hacer cosas, reparar y experimentar. Todos los pilotos soñaban con inventar algo que les hiciera, de golpe, ricos y famosos y algunos lo habían logrado. Tenían tiempo de sobra para ello, buen material científico y mucha destreza.

De manera que Farradyne comenzó a trabajar en su taller.

El cuarto estaba silencioso. El movimiento de pasajeros cesó cuando éstos se hubieron acostado. Sólo se oía el sonido metálico de

algún motor en el que se producía algún cambio automático, un *clic-clac* de palancas tan lejano que otro que no hubiera sido un piloto espacial no hubiera podido distinguirlo. Farradyne oía todo esto sin oírlo. Le resultaban gratos todos estos ruidos.

Pero otro sonido le perturbó. Fue el chillido de sus oídos. Este chillido solía venir de beber demasiado alcohol, haber tomado drogas, un golpe en la cabeza, o un cambio de presión atmosférica. Farradyne ni había bebido ni había tomado drogas pero había pasado el suficiente número de años en un ambiente donde el conocer la posible provisión de aire era como cosa importante. Hizo automáticamente el gesto del hombre que sospecha de la calidad del aire que respira… Sintió un ligero dolor en los ojos y una extraña tirantez en la nariz. Estornudó y pudo ver que sangraba.

Farradyne corrió. No dejó nada en pie en el taller. La puerta entre el Lancaster y la sección de pasajeros estaba cerrada. Gruñó asombrado. Cualquier perturbación de la presión de aire debía haber sido avisada por una alarma capaz de resucitar a un muerto.

Inspeccionó el pasillo de los cuartos de pasajeros y todo lo que pudo constatar parecía en orden. En unos cuartos había gran silencio en otros aún se oía ruido. Y toda una gradación de ronquidos entre ambos extremos del pasillo. El salón estaba silencioso pero no completamente a obscuras. No había nada que no estuviera en orden.

Lo único raro era que la alarma no hubiese funcionado.

La causa la halló en seguida: el sistema de timbres del Lancaster había sido destrozado como quien levanta la tapa de una lata de conservas.

Si Farradyne hubiera estado durmiendo no hubiera podido constatar lo ocurrido. El cuadro de mandos le dio la clave de lo que pasaba: la parte de baja presión de la nave estaba en la cámara baja y la razón era que una de las escotillas se encontraba abierta. La presión en la masa reactiva era baja y ahora también resultaba estar en la parte superior. Otra de las escotillas superiores estaba abierta.

Farradyne entró en acción. A saltos se dirigió a los lugares afectados. Quiso hacer varias cosas a la vez aun dándose cuenta de que hubiera actuado más de prisa haciendo una sola. Se tambaleó, cayó contra una pared y el casco no le hirió pero le golpeó violentamente en la nariz. Luego entró como una flecha en el taller donde cogió la primera herramienta que vio: un martillo. Lo cogió en su mano enguantada y siguió corriendo.

La escotilla de la parte superior estaba abierta y Farradyne la cerró. Le tomó segundos solamente igualar la presión. Localizó la

causa del enrarecimiento del aire. Con una cintilla de algodón o lana se había buscado el producir un escape de aire de la pila que horas antes le había estado enseñando a Mrs. Logan. Y al detenerse mejor a ver lo que era ello vio que no era lana o algodón sino un trozo de la misma cerilla que Mrs. Logan había utilizado antes al estar allí.

Lo tiró y fijó su atención en el importante problema que tenía delante. Corrió a lo largo del corredor y allí vio que una figura con traje espacial estaba levantando uno de los rodillos de control para arrojarlo al vacío.

Farradyne entendió lo que se proponía con sólo una mirada. Era lo que él hubiera hecho en caso de querer sabotear una nave. Posiblemente dos o tres rodillos habían sido ya arrojados al vacío. Los restos funcionaban automáticamente y debían haber sido dejados en su sitio para compensar. Farradyne no había podido sentir cambio alguno en la presión de aceleración, pero una vez que los rodillos en función habían sido arrojados, al quitar el siguiente hubiera significado precipitar el aparato al abismo sideral. Farradyne estaba seguro de que además la válvula de seguridad que proveía de agua a la pila estaría o totalmente abierta o estropeada para que así no pudiera controlarse en modo alguno la llegada de líquido.

De esta manera hubiera llegado la catástrofe: Y los pasajeros hubieran sido víctimas de otro caso de «pérdida en el espacio».

El saboteador estaba bien preparado para un trabajo eficiente y de modo capaz de mantener . un hombre vivo por largo tiempo en el espacio. Tenía una radio, un carísimo motor químico que le permitía maniobrar aunque no hubiera podido hacer aterrizajes planetarios. Sin duda alguna el hombre tenía amigos que le esperaban cerca de allí para recogerlo en el espacio.

Farradyne vio al hombre en medio de una nube de rojiza rabia que le nublaba sus ojos. Tuvo conciencia de lo que el otro hacía en una sola ojeada e inmediatamente sus pies actuaron. El otro cayó con un gemido que le hirió los oídos.

X

El hombre giró y disparó su puño enguantado contra el casco de vidrio que cubría el rostro de Farradyne. Brilló un cuchillo que fue a dar contra el casco levantando astillas de cristales que dieron en las mejillas de nuestro astronauta.

Luego el piloto atacó a su vez y el cuchillo saltó por los aires rozando antes uno de los brazos de Farradyne. El hombre se tambaleó y cayó y el piloto se lanzó sobre él para sacar ventaja de la buena oportunidad. La palanca de control radiactivo saltó hecha pedazos, uno de los cuales rebotó en el casco de Farradyne. El caído hombre intentó golpear con los tacones de sus pesadas botas la cabeza del astronauta que había caído también. El casco de seguridad se rompió del todo y por un agujero comenzó a escaparse un hilo de oxígeno.

El cuchillo brilló de nuevo. En el pequeño espacio, cuando uno de los hombres caía el otro se levantaba. El asesino se lanzaba una y otra vez contra el piloto en una de cuyas ocasiones le golpeó violentamente en la espalda pero el cuchillo resbaló. Farradyne se volvió despidiéndole de nuevo violentamente. Esta fue la ocasión en que se hizo con el adversario caído y con un fuerte golpe. Vio la sangre que manaba de la nariz de… Hughes, el profesor de matemáticas. Hughes, el profesor que presumía de saberlo todo en el espacio.

Farradyne se preguntó si el profesor habría emitido algún sonido en forma politonal. Le trasladó de allí y cerró la escotilla. Le tomó el pulso y vio que era débil, pero que el corazón le latía. Fuera como fuera, de momento Hughes no le molestaría. Hughes se quejaba dolorosamente. Los sonidos que hacía no eran sino los de un hombre herido.

Farradyne transportó al herido inconsciente hasta su cuarto y le dejó sobre la cama. Luego fue abajo, colocó el rodillo en su sitio y se preguntó si los rodillos que ya faltaban le supondrían mucha dificultad para el aterrizaje.

Volvió a la cabina de control y reparó el sistema de alarma, luego

tomó al cuarto de Hughes. El hombre estaba casi en coma.

Hughes se alzó imperceptiblemente y miró a Farradyne con mirada borrosa, murmurando ininteligiblemente.

—Óigame, pájaro —dijo Farradyne—, le hubiera dejado morir si no se me hubiera ocurrido que podría darme alguna información ¿Qué es lo que pasa Hughes? ¿O tendremos un accidente?

Hughes murmuró algo que pareció un desafío.

Hughes se alzó más y miró a Farradyne de modo más directo.

—Buen chico —dijo—, usted no puede...

Farradyne sonrió cínicamente.

—Sí puedo y tengo —luego se inclinó y puso su cara junto a la de Hughes.

—Hughes, cántame un trío —dijo.

El control de Hughes era bueno. Sus ojos se agradaron sólo un poco y su respiración sólo se interrumpió un segundo. Nadie que no hubiera estado sobre aviso hubiera podido apreciar estos signos de alarma. Pero sus ojos se apagaron en seguida y Hughes dijo con voz débil:

—No cantaré nada.

—¿Cuál es su tono, Hughes?

—No sé de qué habla usted.

—¡Al diablo con usted! Le haré cantar de todas maneras. Escuche, si no se decide a hablar, le iré rompiendo los dedos de las manos uno por uno y luego comenzaré por los de los pies. Y si no le arrojaré hierro líquido en el cuerpo. Entre el momento en que caiga y el momento en que usted empiece a sentir cómo quema aquello habrá espacio suficiente para contarme unas cuantas cosas.

Hughes miró directamente a Farradyne.

—Sería mejor que me hubiera matado. No puede tenerme así.

—Le haré una apuesta: si usted no habla haré lo que digo.

Farradyne se dirigió a su pequeño equipo quirúrgico y vino con una aguja hipodérmica en la mano y la determinación en los ojos. Hizo una verdadera exhibición de lo que preparaba, hirviendo despacio la aguja delante del hombre y terminando lentamente los preparativos.

—Marcoleptina —dijo—. Un buen veneno. Lo que haría un hombre que quisiera ayudar a un compañero que se sintiera muy enfermo. Le dejaré a usted tranquilo mientras discutimos la situación sin que sus gritos asusten a los pasajeros. Deme su brazo. No le haré mucho daño.

Hughes intentó hablar pero Farradyne no le prestó atención alguna. Cogió el brazo del otro por la muñeca e introdujo la aguja en

el brazo, descargándola lentamente, mientras con el otro brazo sujetaba al herido.

—Me pregunto por qué no se habrá convertido en costumbre utilizar una cosa tan útil como esta.

Con voz muy débil Hughes habló.

—No puede usted hacer nada, yo… y su voz se extinguió. Su respiración se hizo regular y su cuerpo quedó absolutamente fláccido. Farradyne esperó hasta que el hombre quedó completamente dormido por la droga y entonces dejó de contemplarlo con aire crítico y comenzó a hacer preparativos.

Ante el resto de los pasajeros Hughes tenía que figurar como un hombre enfermo. Por tanto no debían quedar marcas de ningún acto de violencia. Cogió una toalla y la empapó en agua caliente. Con ella fue haciendo sobre la cara del profesor un masaje con la punta de los dedos. Pero a la vez que desaparecía la sangre y las señales de golpes iba saliendo también una pasta obscura que teñía la toalla. Y así vio desaparecer al retirar de ésta la cara del profesor de matemáticas y aparecer en su lugar la de Brenner.

—¡Brenner —dijo asombrado.

Pero la droga había surtido efecto y Brenner estaba completamente dormido. Farradyne abandonó su entusiasmo porque las preguntas que hubiera podido formular hubieran caído en oídos sordos. Había aún mucho tiempo para hacer preguntas al operador de flor del infierno. Dejó a Brenner y se retiró a su cuarto donde (ante su sorpresa) se durmió inmediatamente en lugar de permanecer despierto y preocupado por tantas cosas ocurridas.

A la mañana siguiente se presentó a desayunar llevando bajo el brazo su libro de Medicología. Hizo un anuncio público.

—Tenemos un enfermo a bordo. Hughes.

El profesor Martin preguntó:

—¿Que le ocurrió míster Farradyne?

—Debía ser la media noche y yo me encontraba abajo trabajando. Oí un ruido extraño en la sección de pasajeros, subí y encontré a míster Hughes tosiendo y estornudando. Evidentemente se encontraba mal. Le reconocí lo mejor que pude y fui a mi Medicología para comparar los síntomas. Leí esto:

«Coriosis, una de las nuevas infecciones que comúnmente se conocen bajo la denominación de «resfriado». El tratamiento insiste en aislar al enfermo en cuarentena y frecuentes inyecciones de la Fórmula Mac Donaldson, 2- Ph-D3 Ra 7. El paciente debe tener calor a todas horas y guardar cama.

»De manera que me dirigí a su cabina y le dejé en su lecho. Ahora les leeré algo más de esta enfermedad.

«Medidas anti contagiosas; como la causa de la infección es un virus muy contagioso, debe permanecer alejado del enfermo unos veinte pies. Todas las cosas que él toque han de ser esterilizadas, o quemadas. Sugerimos que sólo una persona sea la que atienda al enfermo y que ella prevenga la infección con inyecciones regulares de Fórmula Mac Donaldson. No se deben hacer visitas a la habitación del enfermo y si es necesario se penetrará en la habitación y se permanecerá a varios pies de distancia. El período de incubación es corto. La coriosis dura unos catorce días. A veces es posible un reinfección.

—Hay más explicaciones pero creo que esto bastará —concluyó Farradyne.

El rostro del profesor Martin estaba grave.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó con ansia..

—Nada —dijo Farradyne con firmeza.

—Pero no podrá visitar Plutón.

—Exacto. Plutón es muy frío aún con la aplicación del acondicionamiento planeado por la Tierra.

—Pero…

Farradyne sonrió.

—Tengo que llevar algo de Plutón a la Tierra. Llevaré a míster Hughes a su casa.

—Eso sería muy amable por su parte.

—Es lo que cualquier persona haría. ¿Qué es lo que saben ustedes de míster Hughes?

Miss Til contestó:

—Me temo que no mucho.

Míster Hughes enseña Historia Antigua en Des Moines, en Iowa. Se nos sumó en Mercurio, ya lo sabe usted.

—No —respondió Farradyne— no lo sabía. Creí que viajaban ustedes todos juntos.

—Según parece, míster Hughes viajaba sólo hasta que oyó hablar de nuestro grupo —explicó el profesor Martin—. Dijo que estaba buscando la manera de hacer un viaje a Plutón con tarifa reducida y cuando supo que nosotros nos dirigíamos allí llenó el boletín de viaje. Se puso en contacto conmigo y me pidió unirse a nosotros.

Farradyne asintió.

—Hay mucho tiempo por delante. No hay que preocuparse. Me pondré en contacto más tarde con el Consejo de Educación de Des

Moines. Cuando ya hayamos aterrizado y tomado tierra. Y estamos lo suficientemente cerca de la Tierra como para poder utilizar la radio. Así nos saldrá más barato.

La cosa fue dejada así. No pensaba hacer lo que había dicho. Porque o bien era realmente un maestro llamado así que tenía el aspecto de Brenner o Brenner se había disfrazado como Hughes y realmente enseñaba en Des Moines, donde no se dedicaba a la venta de lotos.

Había cosas más importantes que debían también ser tomadas en consideración. ¿Habría algún otro operador de flor del infierno a bordo? Farradyne observó a todos pero no pudo distinguir nada extraño. Pero decidió no correr otro riesgo semejante, porque si el segundo lograba escapar sería después de sabotear el aparato, de manera que se construyó una pequeña alarma fotoeléctrica y la puso atravesada en la escalera que llevaba de la sección de pasajeros a la parte inferior de la nave.

Algunos amigos de Hughes quisieron ir con él para visitar a su amigo. Permanecieron en la puerta mientras el piloto administraba al «enfermo» una nueva inyección de marcoleptina en cuya ampolla se leía «Fórmula Mac Donaldson». Farradyne era un buen hombre capaz de sacrificarse cuanto podía por curar a un hombre enfermo.

El resto del viaje no ofreció novedad alguna. Periódicamente se le hacían preguntas sobre la salud de Hughes, y replicaba amablemente, incluso en cierta ocasión con una amarga risa:

—Hughes se encontrará bien probablemente cuando volvamos a la Tierra y entonces me odiará por haberle devuelto a casa. Pero no podemos dejarle en Plutón con esa coriosis.

Como ninguno de ellos deseaba tener al lado a alguien que tosiera y estornudara continuamente estuvieron de acuerdo con el piloto.

E inevitablemente el viaje a Plutón llegó al final. Plutón fulguraba en el cielo cuando Farradyne se dirigió al piso inferior para ver cómo se encontraba Hughes-Brenner, una hora antes de aterrizar.

XI

Farradyne halló a Brenner despierto.

—¿Cómo se encuentra usted?

Me siento drogado —admitió Brenner débilmente.

—Bien. Usted ha estado muy enfermo, Brenner. ¿O debo llamarle Hughes?

—¿Y qué importa eso?

—Me gusta saber estas cosas —dijo Farradyne—. Parece que voy recogiendo de una manera o de otra mucha información, mucha de ella inútil, lo reconozco, pero me gusta saber estas cosas. Por ejemplo, Brenner, ¿puede usted repetir este triple sonido con la lengua?

—¿Qué triple sonido?

—Vamos, Brenner. Ya sabe usted a lo que me refiero.

—¿Sí?

—Sí, y yo lo quiero saber. —Preparó la jeringuilla y se aproximó a Brenner—. Vamos Brenner, esto es por última vez. Sé muy bien cómo hacer cantar a un hombre... aunque sea un trío.

—Es usted el demonio —espetó Brenner.

—Y usted un ángel del cielo, que enviaba por los aires los rodillos de control con el fin de enviamos al otro mundo. Brenner, me debe usted muchas cosas y voy a cobrarme por ellas. Va usted a desear haber muerto. Y probablemente morirá usted después de que sus amigos sepan que ha cantado usted.

Brenner miró a Farradyne fríamente.

—No ha ganado usted su apuesta, pero aunque la gane queda el problema del pago.

—Hablará usted. —Cogió el brazo de Brenner y lo aprisionó de manera que el hombre no hubiera podido moverse sin haberse dislocado el hombro.

—Para estar bien seguro le doy a usted una dosis algo mayor. La Medicología dice que es una práctica aceptable cuando el paciente está en peligro de sufrir una crisis nerviosa.

Esperó hasta que los ojos de Brenner se cerraron y su respiración se hizo regular. Dejó luego a Brenner y subió para establecer contacto con el Puerto Espacial de Plutón.

El aterrizaje fue inmejorable, pero Farradyne no pudo evitar el nerviosismo que le producía pensar que pudiera ocurrir lo que en el caso del *Semíramis*… Sólo descansó cuando tras tender la rampa fue a despedir a los profesores.

Fue emotiva la despedida del grupo, con cierto sentimiento y un sin fin de gracias por su amabilidad, habilidad, etcétera. Le estrecharon la mano y a Miss Carewe le permitió que le besara la mejilla llamándole «hijo». Miss Hilden emitió su risita y permitió también que le diera un casto beso en la frente.

Luego el profesor Martin hizo «ejem» y dijo:

—Joven hemos decidido darle algo que demuestre gratitud. Desgraciadamente, ello no puede ser caro ni exótico, aunque un regalo apropiado tendría que reunir ambas cualidades. De manera que como no podemos llegar a ello, hemos decidido ofrecerle algo que carece de todo valor salvo el sentimental.

Buscó en su bolsillo y sacó una placa metálica, arrancada de algún sitio.

—En esta placa hemos grabado nuestros nombres. Esperemos que le guste.

Farradyne cogió la placa. En ella se leía: «A Charles Farradyne Piloto Primera Clase, en memoria de un estupendo viaje», y estaba firmado por todos ellos.

—Gracias —dijo con brevedad. Sus ojos se encendieron. Se sentía avergonzado. Había estado jugando y manteniendo una complicada intriga casi bajo sus narices y respondían con un gesto de tanta sinceridad. Piloto Primera Clase, con una licencia falsa y un expediente manchado—. Gracias —dijo de nuevo.

—Está firmado por todos menos por míster Hughes —dijo el profesor Martin—, pero puede usted pedirle que lo firme antes de separarse de él. Le gustará, lo sé.

Se produjo un sonido en la puerta.

—Lo firmaré ahora —dijo Hughes apareciendo en la puerta.

Todos se volvieron. Los ojos de Hughes habían recobrado su fulgor y la sonrisa había vuelto a su pálido rostro. Bajó la rampa con una maleta en la mano.

—Pero usted… —dijo el profesor Martin.

Hughes rió y su voz era clara.

—Le he estado diciendo a míster Farradyne que me cuidaba

demasiado bien. —Y golpeó al piloto amistosamente en el hombro—. Coriosis, míster Farradyne, no es una enfermedad tan violenta como usted cree. Nuestros antepasados la llamaban resfriado y la mayoría de ellos pasaban varias semanas del año luchando con ella de una forma o de otra o de varias a la vez. El sueño y el aislamiento me han curado. Me siento perfectamente.

—¿Está usted seguro? —le preguntó Farradyne.

—Haré que algún médico de Plutón me vea la garganta. Y volveré si dice que no está bien Estoy algo pálido lo sé, pero no recobraré el color hasta que no me del sol. Pero le repito que estoy curado de mi leve coriosis.

En ese momento llegaba el autobús del puerto y Hughes, deteniéndose antes para grabar su nombre en la placa dio las gracias a Farradyne por sus cuidados, subió al autobús, saludó con la mano y desapareció con él.

Farradyne, asombrado, sólo pudo tragar saliva como si fuera un chiquillo.

De manera que Hughes Brenner desapareció ele nuevo, bajo la protección de un nada sospechoso grupo de seres humanos.

Farradyne se sintió como un pequeñuelo de siete años que había pensado que era revoltoso.

Hughes o Brenner, o como fuera que se llamara, estaba claro que era un hombre extraordinario. Había sido capaz de salir por su propio pie de la nave espacial con ojos brillantes y expresión feliz, cuando lo lógico hubiera sido que hubiera estado tendido sin sentido en su lecho con el cerebro hinchado de marcoleptina. Y marcoleptina era una de las drogas más paralizadoras que existían. Hughes había lánguido que la droga hacía su efecto porque sabía que Farradyne no intentaría ni haría preguntas hasta que no estuvieran solos. Luego se había largado en el momento de las despedidas sin que el piloto pudiera hacer la más leve protesta.

Hughes Brenner era un tipo muy notable.

Farradyne contempló el camión que traía en ese momento el cargamento de torio refinado. Se dijo que había sido muy ingenuo.

Pero toda historia era un conjunto de cosas absurdas que se convenían mal unas con otras. ¿Qué era lo que sabía? Algo sobre una ocupación común a todos los personajes: la flor del infierno. Un hombre que había muerto emitiendo un sonido discordante. Un hombre que había hecho una exclamación de sorpresa de forma polifónica y otro que tomaba dosis asombrosas de marcoleptina sin ser afectado por ellas. Y una familia de apariencia honorable y una

muchacha que trabajaba con los operadores del loto y que era evidente que jamás había aspirado la tal planta.

Un puñado de gente extraña…

Farradyne salió hacia Newark con su cargamento, todavía pensando en aquellas cosas. Dos cosas eran ciertas: Farradyne mismo tenía miedo de tomar una dosis de marcoleptina porque sabía demasiado bien que no era inmune. Farradyne tampoco podía emitir sonidos politonales.

Se sentó solitario, tranquilo en el salón y pensativo y finalmente se dio cuenta de que estaba aislado de todos los seres que habitaban el sistema solar. Podía cantar o dormir y nadie lo hubiera sabido.

Ensayó un sonido. Sonó como el de una rana terrestre. Imitó el ladrido de un *cocker spaniel* y consiguió un buen dolor de garganta al intentar conseguir una octava más baja del registro normal de su voz. Trató luego de hablar en falsete. Solo y perdido en sus pensamientos Farradyne penetró más y más profundamente en sus sueños, despierto.

Se imaginó el extraño cuadro de él besando a Carolyn Miles y Carolyn respondiendo con un gemido tritonal.

—Te amo—dijo forzando sus cuerdas vocales y sonó como la voz de un muchacho aún inestable, y llena de gallos. Las palabras pasaron de la tesitura de soprano a la de barítono y tenor.

Siguió adelante con sus sueños. Había sido capaz de hacer una frase tritonal. Farradyne lo intentó de nuevo.

—Te amo —dijo en voz alta.

No estaba pensando en la significación de las palabras, sino que le resultaban apropiadas para su sueño. Si hubiera estado soñando despierto con una cena hubiera dicho: «Por favor, páseme el puro de patatas».

Lo intentó de nuevo. Quería decir: Yo, do, te, mi, en y amo con un sol. Hubiera sido así un acorde en do mayor. También hubiera podido servir para el ensayo la frase: «Yo te odio».

Brenner-Hughes debió de decir: «Qué hermosa es», cuando ella apareció con el sol a su espalda dando la vuelta a la cola de la nave.

Llevando hasta lo último este pensamiento pensó que el saboteador del *Semíramis* podía haber dicho: «¡Esto dará cuenta de usted, Farradyne!», y Mike Cahill habría gritado: «Muerto estoy», o alguna otra cosa absolutamente impublicable.

Farradyne dio un brinco repentino. Podía muy bien ser la contraseña que distinguiera a los agentes de la flor del infierno. ¿Se trataba de una lengua basada en esta especie de polifonía?

Si no había nada más, el hecho de que la cuadrilla de corredores

de drogas estaban tratando de terminar con él sería suficiente motivo para avisar a Clevis.

Fue hacia abajo y comenzó a lavar los extremos de los barriles de torios. Era una señal convenida con Clevis. Y pasó el resto de su viaje a la Tierra ensayando más y más hasta que llegó a conseguir una extraña emisión de voz tritonal. Mientras tanto se preguntaba si Carolyn le esperaría en la Tierra.

XII

Farradyne se preguntó cuándo comenzaría el jaleo una vez los barriles de torio hubieran sido descargados y colocados en una zona de luz ultravioleta. Estuvo contemplando el descargo de los barriles y esperó y observó hasta la caída de la tarde en Nueva Jersey pero nadie vino a preguntarle nada.

Partió hacia las nueve y llegó a Los Angeles cuando acababa de obscurecer.

Habló con la torre de control al descender.

—¿Registro normal? —preguntó el empleado.

—No. Tengo un cliente.

—¿Entonces por qué registra aquí?

Farradyne fue rápido.

—Escuche, pasa lo siguiente: se me dijo que viniera aquí pero no se me pagó nada por adelantado. Si el pasajero que espero para Mercurio no aparece me gustaría tomar algún encargo en esa dirección pues he de estar allí en dos días.

—Muy razonable. Haré lo siguiente: si su pasajero no se presenta antes de mañana por la mañana por la mañana le registraré a usted como llegado esta misma noche.

—Gracias —dijo Farradyne. Tomó su licencia de nuevo, metió mano en uno de sus bolsillos—. longo una fotografía que puede interesarle, es el rol rato de uno de nuestros primeros presidentes,

—Colecciono —dijo el empleado.

—Bien, entonces se lo regalo por el favor que me hace. Yo sólo lo guardaba por curiosidad.

El empleado se guardó el billete que el otro le tendía y Farradyne fue a la casilla de correos.

—¿Algo para Charles Farradyne?

—¿Espera algo?

—Por lo menos una cosa. Un pago de la Atómica del Este. ¿No ha venido?

El empleado de correos desapareció y volvió con un sobre.

—No hay nada de la Atómica del Este pero hay una carta para Charles Farradyne, piloto de la nave registro 683, un Lancaster Ochenta y Uno.

—Es para mí. Pero esté con cuidado cuando llegue el pago que le he dicho, ¿quiere? Tuve que salir de Newark antes de que estuviera listo y el empleado dijo que había advertido a la Compañía que yo estaría en Los Angeles.

—Enterado.

La carta era de Carolyn. Una breve nota diciéndole que estaría preparada para el viaje la mañana del día cinco. Esto convenía a Farradyne. Temía que hubiera estado esperando y que ella hubiera marchado antes de que Clevis pudiera darse cuenta de los extremos lavados de los barriles de torio.

En la postdata decía que probablemente estaría en el hotel y libre de ocupaciones hacia las nueve cualquier noche y hacía allí alguna referencia a su miedo en la oscuridad. Se inclinó a creerla. Carolyn Niles vivía en Mercurio, un planeta en el que siempre era de día.

Miró el reloj y vio que tenía un par de horas libres. Comenzó a recorrer las calles de Los Angeles preguntándose cómo se las arreglaría la gente para comprar la flor del infierno. Ya se le había ocurrido el pensamiento, pero en Mercurio, donde las cosas son más difíciles de encontrar. Había en América dos sitios en los que durante siglos se había podido encontrar lo que uno deseara si tenía dinero para pagarlo. Uno de ellos era esta ciudad, el otro estaba a tres mil millas de distancia y era Nueva York. Todo lo que le quedaba por hacer era averiguar dónde buscarlo.

Farradyne tenía que admitir que tenía una dificultad. Pasó algún tiempo de acá para allá. Fue a una floristería y compró una flor. Podía pagar una flor por cinco dólares pero no cincuenta. En un sitio determinado ensayó su emisión tritonal. La florista le miró con curiosidad y le preguntó si se sentía mal de la garganta.

Hasta que quince minutos antes de dirigirse al hotel de Carolyn un hombre se deslizó a su costado y dijo:

—Diga, Jack, ¿busca algo?

—¿Quién yo?

—Puedo encontrarle algo, Jack. ¿Tiene cinco?

Farradyne sabía que éste no era el precio, de manera que miró a su reloj y dijo:

—Tengo quince:

—No tardaremos tanto. Vaya a la tienda de *Essex Lounge*.

Farradyne parpadeó. El *Longe* sólo tenía seis años y se alzaba en el centro de la ciudad, y era considerado como uno de los más bellos establecimientos de la Tierra. Vender flor del infierno en el Essex era algo como poner tenderetes en las escaleras del Capitolio terrestre.

—¿Sí? —preguntó sordamente.

—Sí. Sí. Dígales que Lovejoy le envió a recoger sus flores. Le costará, Jack, cincuenta. ¿Pagará?

—Cuando las tenga las pagaré.

—Hasta luego, Jack.

El tipo se separó de él dejando un aroma a ropa vieja y a gardenia.

Farradyne fue al Essex y penetró en la floristería. Una muchacha muy bella salió a su encuentro. Farradyne le sonrió.

—Soy un amigo de míster Lovejoy, me dijo que comprara aquí un prendido.

—Desde luego. —La muchacha desapareció y volvió con una caja de plástico transparente conteniendo una gardenia o un loto de amor —. Serán cinco dólares —dijo mirando fijamente a Farradyne.

Farradyne sacó un billete de cincuenta de su cartera y se lo entregó. Ella registró cinco en la caja y Farradyne salió, preguntándose si alguien habría apreciado que míster Lovejoy tenía una serie de hábitos muy peculiares.

Pocos minutos más tarde, en el hotel de Carolyn el empleado de la recepción le informó de que miss Niles le esperaba arriba.

Carolyn le prodigó una cálida acogida, le tomó de la mano y le condujo a su cuarto. Una vez que la puerta estuvo cerrada se echó en sus brazos y le besó no muy fervientemente pero con afecto. Luego separándose le él, aceptó la flor.

—Muy bonita —dijo.

La abrió y aspiró su fragancia sosteniéndola separada de sí todo lo largo de su brazo, para admirar su belleza. Luego la aspiró de nuevo profundamente dejando que la fragancia penetrara en sus pulmones.

El cerebro de Farradyne latió aceleradamente. Se sentía miserable cuando ella le sonreía por encima de la flor mientras aspiraba una y otra vez la flor de cincuenta dólares.

—Es posible —dijo— que no debiera hacer esto.

Quizá ella era inmune o quizá no, también podía ser que la flor no fuera la flor del infierno. Pero ella tendría que saberlo. Esperaba él que la sonrisa de la muchacha fuera honrada.

Respiró de nuevo y prendió la flor en su cabello. Fue hacia él de nuevo.

—No tengo miedo de ti —dijo dulcemente.

—¿No?

Ella rió y fue a preparar unas bebidas en un pequeño bar lateral y sirvió unos vasos del licor favorito de Farradyne. El asintió y ella mezcló.

—No me hagas enfadar, Charles —dijo.

—¿De qué modo? —preguntó él, comprendiendo que esto no tenía nada que ver con flores de loto.

Ella le dio su bebida.

Bebió la muchacha y coqueteó con el piloto un momento mirándole por encima del vaso.

—Charles, sé que soy bella y que mi familia es rica. Y creo además que tengo un cerebro capaz de comprender la belleza del Universo.

—Las tres cosas son verdad.

—Lo que quiero decir es esto: el hombre que quiero para mí querría que no me deseara ni por mi belleza ni por mi dinero, cosas que desaparecen o con la edad o con un revés de fortuna. Quisiera que me amase por lo que soy o significo.

Farradyne la miró pensando en qué es lo que podría haber sido anteriormente esta muchacha. Parecía una consumada actriz. Sentía que quería tomarle su pequeña rostro entre las manos. Pero no tenía tiempo. Tenía que responder en seguida o dar la impresión de un hombre que quiere dar una respuesta concienzuda. Atravesó el cuarto, cogió a la muchacha por los hombros y la sacudió suavemente. Luego la besó de nuevo.

—Vamos a dejar las cosas como están. Pronto o tarde me separaré de ti y entonces sabrás qué es lo que busco. Cualquier cosa que te dijera ahora no serviría.

Ella dijo soñadoramente aún entre sus brazos:

—Eres un muchacho agradable. Dejemos pues las cosas como están. A lo mejor tú eres el hombre definitivo.

Farradyne retrocedió mentalmente y tuvo cuidado de que esta repulsión instintiva no se hubiera notado. Era muy fácil olvidar lo que aquella chica representaba. Bien. Estaba decidido a comportarse como un nuevo Mata-Hari en varón.

Se tranquilizó y se dijo que de todos modos si esto era parte del juego que tenía que jugar para borrar de la humanidad la peste de aquella droga, la cosa no estaba mal. Su trabajo hubiera sido más difícil si Carolyn hubiera sido un espantajo.

—Charles —dijo—, llévame a algún sitio obscuro.

El rió.

—¿A dónde?

Ella se recostó.

—Quiero ir a algún sitio obscuro y bailar entre el humo y los nativos.

Su velada fue la repetición de la de Mercurio, excepción hecha de que en la Tierra reinaba la oscuridad en la calle. Bailaron y cenaron. En un taxi la condujo a su casa.

La subió hasta su cuarto. Ella sonrió blandamente y puso su cabeza sobre su pecho.

—Es maravilloso, Charles —dijo—. Y espero que lo sea siempre.

Carolyn se desprendió de él.

—Es increíblemente tarde. Mañana tengo que estar a las siete en tu nave y quiero acostarme antes de que amanezca. Ahora, adiós…

—Pero…

—Tranquilízate. Mañana estaremos todo el día juntos. Esta noche necesito dormir.

Él la miró divertido.

—Crees que no te ayudo —ella rió—. Por favor, Charles, pon esa gardenia en el refrigerador y guárdamela.

Farradyne asintió. Contempló a Carolyn mientras colocaba la flor en su caja de plástico y ataba de nuevo la cinta. Se la tendió riendo.

—Vete —le dijo—. Vete y sueña con el día de mañana.

En la calle detuvo a un taxi y se riñó a sí mismo por haber comprado una simple gardenia por cincuenta dólares. Estuvo a punto de arrojarla por la ventanilla pero no lo hizo porque Carolyn preguntaría mañana por ella.

Farradyne llegó a su nave sintiéndose como un hombre que ha puesto todo su dinero en la última baza y ha perdido. Estaba confuso. Un momento parecía que lograba aclararlo todo y al siguiente todo era confusión.

Farradyne penetró en el salón de su Lancaster y el último soplo de optimismo se borró de su mente.

—¿Qué le ocurre Farradyne? ¿No se alegra de Yerme?

Sus ojos se agrandaron a medida que ella se acercaba a él.

—¡Farradyne, qué bien! ¿Me ha traído usted un loto de amor?

Le dejó que lo tomara y observó cómo sus dedos abrían rápidamente el paquete.

Norma levantó la flor, y hundió la nariz en el centro del capullo, respirando profundamente, con un repentino sollozo. Sus ojos se cerraron y luego los abrió profundamente seria mirando a Farradyne por entre sus semicerrados párpados. La tensión abandonó su cuerpo y se recostó contra los cojines. Entonces pudo ver su rostro más

claramente: todo su ser revivía, su rostro recobraba un saludable color, sus ojos ganaban en expresión y alegría ,era de nuevo joven y bella. Era una nueva persona.

Lentamente Norma llevó de nuevo la flor hasta su cara y aspiró.

—Gracias, Farradyne —dijo suavemente.

Farradyne había abierto la boca y su mente se negaba a pensar. Pero aquella flor era una flor del infierno por lo visto.

Pero si era una flor del infierno él no estaba preparado para este efecto. Él había pensado en una explosión de violencia y pasión, no este tranquilo retorno a la alegría.

Se preguntaba si Norma respondería normalmente a un gesto de afección y dio un paso hacia ella.

—Norma —dijo.

Ella sonrió pero meneó la cabeza. Levantó los brazos para colocarse la flor en los cabellos.

—No —le dijo ella y Farradyne se detuvo—. Es usted bastante idiota, Charles. He dejado de odiarle por el momento, pero esto no quiere decir que quiera disfrutar de sus caricias.

—Yo...

—Ella le sonrió.

—Usted era Charles, usted era...

El loto de amor era idéntico al de la gardenia y Norma alzó la cabeza para aspirar el perfume que llenaba el cuarto.

Este sería pues su futuro, pensó Farradyne. Una mujer a la que de tiempo en tiempo gracias a la droga se la ve recobrar su antigua alegría y belleza. Una sonrisa cruzó su rostro al ver que Norma se había dormido o caído en éxtasis. Se preguntó qué debía hacer. Luchaba por protegerla conservándola en aquel estado de relajación pero sabía que de hacerlo nunca llegaría a tiempo de recoger a Carolyn Niles. Y de las dos la última era la más importante.

XIII

Estaba aún de pie cuando un sonido en la puerta le hizo volver la cabeza. Clevis estaba allí. Le hizo seña de que pasara.

Clevis cruzó la puerta interior y echó una ojeada a Norma. Se detuvo silencioso y contempló a la mujer de pies a cabeza. Sus ojos eran severos y su rostro aún más cuando se separó de Norma y se enfrentó con el piloto.

—Farradyne, ¿es éste el contacto que usted ha establecido? —dijo con sarcasmo.

Farradyne negó con la cabeza.

—Ella es la que me puso en camino de hacerlo. —Estaba a punto de explicárselo pero Clevis le interrumpió.

—Sí, parece que le ha iniciado. Esto que hay aquí es una verdadera flor del infierno.

—Oh, por Dios santo, escuche. —Su voz recorrió salón y pasillo. Norma se despertó. Miró con aire feliz a Farradyne y luego se fijó en Clevis.

—¿Compañía? Hola, Howard —dijo amigablemente.

—¿Cómo está usted? —dijo Clevis fríamente.

—No mal, gracias. He hecho me siento en el séptimo cielo gracias a míster Farradyne.

—¡Usted es...!

—Tengo que admitirlo. Una vergüenza, pero así es.

—Hay una recompensa por usted miss Hannon.

Los ojos de Norma resplandecieron algo.

—Lo sé... Trató de obtenerla. Pero no pude soportar el ver a dos excelentes viejos que se deshacían viendo en lo que se ha convertido su hija. Es una infernal manera de acabar una existencia: un hijo muerto y una hija drogada.

Farradyne miró a Norma y a Clevis y se sentía desorientado.

Clevis hizo un gesto de comprensión. Norma volvió a su postura.

—Si quieren hablar de negocios háganlo en otro sitio. ¿O puedo

utilizar la misma habitación de la otra vez?

Farradyne asintió furioso y sin hablar, llevó a Clevis a la cabina de control. Aquí explicó todo en voz baja: Cómo Norma había anunciado su conexión con la gente de la flor del infierno, cómo había muerto Cahill y cómo conoció a Carolyn Niles, el subsecuente sabotaje de Brenner-Hughes y todo lo demás. Al final dijo:

—No sé si es o no buena información. Pero aquí estoy. Tengo además dos preguntas que hacer.

—¿Sí?

—Carolyn llevó esa flor del infierno durante seis o siete horas sin reflejar absolutamente nada. Norma Hannon me probó que no era una gardenia. ¿Dice la medicina algo sobre inmunidades a esta droga?

—Algunas. No muchas. Algunos médicos han llegado a afirmar que la flor del infierno no es más peligrosa que el tabaco.

Farradyne tragó saliva.

—Pues no lo parece mirando a Norma Hannon.

Clevis contempló a Farradyne.

—Está usted algo preocupado por Norma, ¿verdad?

—Es una pobre chica a la que drogaron y me hace hervir la sangre el verla. Siento ganas de matar a los que hicieron eso. Hubiera podido enamorarme de ella, pero es una verdadera ruina. Hay otra cosa.

—Dígala —dijo Clevis.

—Muy bien, usted lo verá. —Produjo entonces el sonido tritonal breve y musical—. Esto es lo que he contado tantas veces. Pensé que eran (res voces cuando la catástrofe del *Semíramis*.

—Eso es lo que usted dijo en su tribunal .

—Ese es el ruido que Cahill hizo al morir, la exclamación que también oí a Brenner-Hughes. Clevis, ¿podrían ser los rudimentos de una nueva lengua?

—¿Con qué objeto?

—No lo sé. Posiblemente una palabra de varias sílabas como «manifiesto» se diga en una sola emisión de voz con varias articulaciones dichas en distintos tonos.

—Me parece muy difícil lo que usted dice. Pregunta demasiado Farradyne. Además ,yo tengo muy mal oído. Si alguien me preguntara: «¿Quiere usted hacer algo?», en esta maldita lengua, diría que sí porque habría entendido: «¿Le gustan los rábanos?».

Farradyne miró a Clevis un momento:

—Suponga usted por un momento que esa extraña prueba que tengo…

—Basada en un gruñido, un grito y una exclamación.

—...es verdad. Entonces, ¿no preferiría esta gente dejar entrar en su organización a quien tenga buen oído?

Clevis miró a su vez al piloto.

—Hemos pasado años investigando cosas menos racionales que esa. Quizá tengamos que examinar de cerca este hecho.

—Bien, déjeme decir algo más. Durante los próximos días voy a hacer que Carolyn Niles grite o hable o lo que sea en ese modo tritonal. Y tendré un punto de referencia.

—¿Por qué?

—Es agente de la maldita droga. Tendrá por tanto un grito tritonal. Y es inmune a la droga que la banda maneja. Hay algo más que dinero en esto.

—Muy bien. Esto es lo que usted hará, pero ahora, ¿qué va usted a hacer con Norma?

—Se la llevará usted.

—¿Qué le hace a usted suponer que voy a ir por ahí con una drogada?

—Porque una de las cartas que juego es enfrentarme con Carolyn Niles cara a cara y no necesito drogadas alrededor mío. Es evidente que usted conoce a Norma y de donde proviene. Llévela a un sanatorio. Quítesela de encima a los demás, especialmente a mí.

—Creo que eso he de pensarlo. No me gusta la idea de dejarla en un sanatorio.

—¿Qué es lo que pueden hacer los demás? —preguntó Farradyne.

—No mucho. Pero creo que la debo cosa mejor que ese trato. Sería algo así como la cárcel.

—Lo sé. ¿Pero qué puede hacer usted por alguien que padece una enfermedad que nadie sabe curar?

—Separarles. Bueno, vamos a ver cómo podemos sacar a Norma de la nave.

Bajaron y encontraron a Norma echada en el diván. Estaba dormida. Su respiración era regular v normal. La flor del infierno aún se dejaba sentí r en la pesada atmósfera del cuarto. Y Norma sonreía.

Farradyne retiró la flor de su cabello.

—Necesito esto —dijo.

Clevis asintió.

—Me la llevaré —dijo. El hombre del DSA levantó a Norma, ella protestó dormida pero puso sus brazos alrededor del cuello de Clevis y su cabeza contra su pecho y se dejó conducir fuera del salón.

Observándoles desde la puerta Farradyne se dijo que parecían una feliz pareja abandonando una sala de fiestas después de excesivo

número de cocteles. Sonrió cínicamente y se retiró a la cama.

Carolyn llegó a bordo aquella tarde y lo primero que hizo fue preguntar por su «gardenia». Se la puso en el cabello y se alzó ante él comprometedora. El piloto la besó y la pidió que se sentara:

—¿Estás cansado de mí, Charles?

—Ni siquiera he tenido tiempo de acostumbrarme a ti. No puedo estar cansado. Estoy preocupado por el viaje de mañana.

—¿Por qué no esperar hasta entonces?

La miró apreciativamente y ella se ruborizó ligeramente.

—Carolyn, ¿has oído hablar alguna vez de *noblesse oblige*?

—¿Qué es lo que eso tiene que ver conmigo… y contigo?

—Tiene que ver. Eres una chica endiabladamente atractiva y no deberías usar tu atractivo a menos que te gustara el hombre que tienes delante. ¿Me sigues?

—Sí. Y me gustas, Charles. Ningún hombre me habló nunca como tú.

—Bien. Pues ten cuidado o te probaré que soy igual al resto, y ahora otro tema, ¿hablaremos del tiempo, ajedrez o astronomía?

—Astronomía. No vemos estrellas en Mercurio.

—Bueno, arriba tenemos telescopio. Ven.

Farradyne se sintió interiormente divertido. A Carolyn le gustaba jugar con fuego. O quería demostrarse a sí misma su propia superioridad. No podía saber la visita de Norma y por tanto no sabía que Farradyne sabía que la gardenia era una verdadera flor del infierno. Todo lo que él había hecho había sido poner en guardia a la mujer. Ella tenía que saber que la flor era un loto. De manera que el juego que hacía ella sabía que era tal.

Ambos sabían ahora que ella era inmune.

En la obscuridad de la cabina de control, Farradyne se adelantó y le quitó la flor del cabello. La dejó caer por uno de los escapes de la incandescencia.

Ella se volvió con el rostro algo demacrado a aquella luz.

—¿Por qué hiciste eso?

Farradyne dijo tranquilamente:

—Porque cuando te dé la próxima prendida será una gardenia de verdad aunque tenga que lograr el pedigrí del tipo que me la venda.

Su sonrisa fue algo triste.

—¿Qué hubieras hecho si hubiera operado?

Farradyne rió.

—Sabía que no pasaría nada.

—Pero…

El siguió.

—Como miles de otras gentes siempre me he preguntado cómo se puede distinguir una flor del infierno de una gardenia. Honradamente creí que tú la mirarías y me harías saber la diferencia. Y entonces pensaba pedirte que lo probaras. Incluso pensaba indignarme cuando me lo dijeras excusándome asegurándote que yo no habría tenido tan baja intención. Te hubiera dicho que Cahill me las vendió y yo las compré de buena fe creyendo que eran gardenias. Pronto o tarde hubieras terminado diciéndome la diferencia. Pero —siguió— ocurrió que tú te la pusiste en el pelo y sé que puedes distinguirlas perfectamente. Esto me hizo pensar y pensé que hay casos de mujeres que son inmunes. De manera que me encontré impotente para darte una explicación y dejé que las cosas siguieran adelante. Pero quiero ser honrado contigo.

Esperó creyendo que había hecho un buen trabajo.

Carolyn puso una blanda mano contra su rostro y luego miró hacia abajo.

—Claro que sabía que lo era. Y también sé que soy inmune, de modo que la cogí y me la puse en el pelo. Quería ver cómo reaccionabas. Quería saber por qué lo habías hecho. Si lo habías hecho por la razón habitual pensaba ponerte frenético hasta que te descontrolaras por completo y luego me hubiera reído de ti y te hubiera echado.

Se inclinó hacia él pero él la tomó por los hombros y la hizo volverse hacia el telescopio. Ella puso la cabeza en su hombro y rozó su mejilla contra él.

—Bueno, me parece que lo haces bastante bien sin necesidad de flores.

Ella se echó en sus brazos.

—Juguemos de acuerdo con lo establecido. Dediquémonos a la astronomía. Piensa en mi pobre presión arterial. Es posible que así viva más tiempo.

A medianoche Farradyne la llevó hasta su cuarto y sólo después de estar él en el suyo recordó que ella no le había dicho cómo podía distinguirse una gardenia de una flor del infierno. Se preguntó si ella creía que no había notado la desviación y posiblemente otro hombre que no hubiera sido él no lo hubiera notado.

Estaba la cuestión de su propio sentido moral. En cuanto a él tenía poco de tal sentido. Más extraña resultaba la moral de la familia Niles. Parecía ser muy alta para todo excepto para lo que se refería a las víctimas de su negocio.

Se fue a la cama murmurando un verso aprendido en un poema de la escuela.

Su honor tenía sus raíces en el deshonor.

La salida debía hacerla a las seis en punto y a duras penas llegó a tiempo. Afortunadamente sólo aterrizaba en aquel momento un Albermale Setenta y Uno y pudo elevar el Lancaster con los ojos semicerrados. La Torre le dijo algo sobre la gente que hace sus despegues dormida y recién levantada de la cama. Cerró el contacto y Farradyne siguió por el espacio.

Una vez terminada su tarea de despegue, Farradyne tenía dos caminos: en su papel de enamora do podía llamar a su puerta por la razón de que quería estar cerca de ella, o podía dejarla dormir porque no quería perturbar su sueño. Escuchó en su puerta pero no pudo oír nada. Fue a la cocina y se cocinó un plato de jamón y huevos y una taza de café, y dando gracias por la soledad y la libertad, desayunó tranquilamente. Luego recaló en el salón y quedó pensando en el futuro.

Carolyn hizo su aparición a las diez y le reprochó el no haberla despertado. Le dio la respuesta esperada y la ofreció el desayuno: estaba solícito y galante. Pensó que tras de cuatro horas de calma lo podría representar con más tranquilidad.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella.

—A un medio millón de millas de la Tierra, te lo puedo decir exactamente si es que lo quieres saber.

Ella le sonrió.

—Es importante. ¿Qué distancia es esa de medio millón de millas más o menos?

Farradyne se echó hacia atrás en su sillón, hizo sus cálculos, cerró los ojos e hizo mentalmente las fórmulas familiares. En medio minuto dio la respuesta.

—Cuatro horas y la gravedad considerada harén seiscientas sesenta mil millas. Hay algún error en el cálculo causado por el hecho de que nuestra a aparente gravedad en el despegue no era más de 1,3 y que la fuerza de atracción de la Tierra estaba sustituida por la aceleración a medida que la gravedad disminuía. Pero esa cifra debe ser bastante aproximada.

—No podía pensar que pudieras calcular tan precisamente.

—No fue adivinar. Era un cálculo en el que tengo práctica. Y puedo aproximarme más a la cifra exacta pensando algo más. Un zapatero ten día que saber las tallas de los zapatos que ve en la calle. ¿Sabes el cuento del carpintero chino?

—No.

—El carpintero chino es un oriental que llega a un sitio y echa una ojeada a los agujeros que hay que reparar y luego va a su taller y corta exactamente los trozos que necesita y que encajan en los agujeros sin necesidad de retoque ni de cepillado alguno.

Carolyn rió.

—Bueno, pero tenemos dos cosas que considerar: la una es el desayuno y la otra es que estamos en camino y el piloto no sabe a dónde se dirige.

—Puedes tender la línea entre la Tierra y Polaris a una distancia de trescientos millones de millas.

—Sí. Pero, ¿a qué velocidad?

—Cero con respecto a la Tierra a trescientos millones.

—Vamos, y empecemos a hacer el cómputo. Te haré algo en la cocina cuando obtenga la primera aproximación y pongamos la nave en la primera línea de corrección de dirección.

La llevó hasta el corredor de direcciones en la cabina. Añadió las cifras en las que figuraba la hora de cita y esperó a que la máquina calculadora terminara las operaciones. Sacó la cinta taladrada de papel de la máquina y la metió en el autopiloto; luego dijo:

—Bien, vamos a bajo y comeremos algo.

—¿Has estado esperando por mí?

El asintió esperando que así parecería más enamorado.

—No deberías haberlo hecho.

—Pero al llegar abajo ella vio los platos sucios y dijo divertida.

—Eres un condenado mentiroso, Charles —y se echó de nuevo en sus brazos.

El le devolvió el beso pensando que éstas eran las damas que se ganaban el corazón del hombre.

XIV

Carolyn miraba atentamente por el telescopio. El radar de control de largo alcance emitía una débil señal, de algo que aún estaba muy lejos. Se iba acercando lentamente. Para alcanzarla aún quedaban trescientos millones de millas sobre la Tierra hacia el Norte astronómico.

Farradyne conocía bien los instrumentos y por tanto podía pensar en otras cosas. Carolyn estaba muy ocupada con el telescopio. Entonces fue sacando con cuidado una lámpara fluorescente de su sitio hasta dejarla caer casi absolutamente en el aire. Dio un par de pasos hacia Carolyn antes de que el tubo cayera en tierra produciendo una gran explosión.

Fue tan fuerte que casi le sorprendió a él que había preparado el número.

Carolyn reaccionó como era de pensar. Todos sus músculos se tensaron y se quedó rígida como si estuviera hecha de piedra. Luego la descarga de adrenalina pasó a su sangre y comenzó a calmarse a medida que fue viendo que no había peligro. Farradyne pudo seguir el proceso de relajación de su cuerpo pulgada a pulgada.

La tensión la abandonó y fue respirando con alivio. Entonces emitió una exclamación de descanso.

Farradyne tenía toda su atención puesta en ello: la voz de Carolyn había producido una exclamación en tres tonos simultáneos y distintos.

Cuando el ruido y el olor desaparecieron por completo, aun respirando con fatiga y con la mano puesta sobre el corazón preguntó:

—¿Qué diablos…?

—Se cayó una lámpara —dijo el piloto—. Fue culpa mía. Es una de las cosas que tenía que haber mirado antes de salir pero no me dio tiempo esta mañana. Estate quita y yo limpiaré esto.

—¿Te importa que me siente? Hace tiempo que no me había asustado tanto. Creí que había explotado la nave.

—Acomódate en el asiento del piloto. Pero ten cuidado. Un tubo fluorescente roto es doblemente peligroso. El gas que contiene es muy venenoso y el cristal corta como una hoja de afeitar.

Asintió y sorteó los cristales. Le miró y dijo:

—No pareces muy asustado.

—Tuve unas millonésimas de segundo para calmarme. Vi cómo caía. Tú te llevaste un buen susto.

—Sí. Creo que sí —admitió débilmente.

Farradyne rió. Estaba obligado a reír pero esperaba que sonara de modo convincente.

—Alguien me dijo que cuando uno se asusta o se excita vuelve instintivamente a su lengua nativa.

Los ojos de la muchacha demostraron asombro y comenzó a abrir la boca, pero Farradyne prosiguió como si él no hubiera estado aguardando síntomas de alarma.

—Pero no creo que tu lengua nativa fueran canciones: irlandés del Norte.

Sus ojos se cerraron un poco y recobró su tono normal de voz.

—Pareció que decías: «Voy a volar en pedazos», pero no conozco el folklore irlandés muy bien.

—Te estás burlando de mí.

—No, no. Todo el mundo puede permitirse tener miedo cuando hay algo que le sucede impensadamente.

—Muy bien —dijo ella y todo el buen humor había huido de su voz—. De manera que te estás burlando de mí. Estás jugando un juego muy serio conmigo, ¿no es verdad?

Farradyne pensó muy de prisa pero sólo pudo decir:

—¿Qué es lo que te hace pensar…?

—Dejemos a un lado nuestras máscaras, Charles.

—¿Máscaras? Mira, Carolyn lo mejor es que limpie esto un poco.

—Hazlo. Pero mientras limpias hablaremos seriamente.

—¿Acerca de qué? —Cogió una escoba de un armario y un cogedor que estaba sobre un montón de papel y comenzó a recoger los pedazos.

—¿Qué sabes sobre nuestra lengua?

—Terriblemente poco. Francamente tuve una ligera sospecha cuando te oí decir que había una lengua en medio de todo esto.

—¿De manera que te lo descubrí yo?

—Sí.

—Eres muy listo, Charles. Pero ninguno de nosotros pensó que eras tan listo.

—Gracias, *milady*.

—¡Deja de hablar así! ¿Qué quieres de mí?

—¿Qué quiero de quién quiera que sea? —murmuró en una voz que estaba cargada de rabia—. He estado cuatro largos y horribles años separado de todo por causa de un sonido tritonal que estuvo a punto de hacerme suicidar tras haber matado a treinta y tres personas. Treinta y tres inocentes víctimas. Me echaron la culpa a mí. He visto los resultados de la actividad de la flor del infierno en la persona de una brillante y graciosa mujer… que dejó de serlo. He visto morir a un hombre a mis pies. Y encima de todo he visto a una familia honorable colocarse a la cabeza de la sociedad por un medio que causa la mina y la muerte a millones de seres. —Su voz se llenó de una fría y tranquila determinación—. ¿Qué es lo que quiero de ti? Tu bella piel tendida seductoramente en una chimenea. Eso es todo.

Ella se separó bruscamente de él. Miró de modo fiero la escalera y luego a él al darse cuenta de que no había sitio en el que esconderse.

Él se rió de su miedo.

—No te voy a hacer daño alguno ahora.

Carolyn comenzó a recobrar la confianza en sí mismo. Quizá porque se daba cuenta de que él no intentaría nada violento.

—¿Por qué descargar tu ira conmigo? Yo no he hecho nada, pero…

—¿Tú? —preguntó él—. ¿Tú? ¿Cómo diablos quieres que sepa el juego que te traes entre manos? Todos estáis cortados por el mismo rasero. Sé que no soy culpable por lo del *Semíramis*, ¿pero quién me ayudará a probarlo? ¿Quién es el tipo que quiso quitarme los rodillos de seguridad del Lancaster? ¿Qué estaba haciendo tu antiguo novio en mi nave espacial? ¡No me pidas que no me tome a pecho estas cosas

—No deberías. Son cosas de la guerra.

Farradyne se echó a reír tan fuertemente que su risa produjo una serie de ecos extraños muy largos.

—¡Cosas de la guerra! —Se detuvo repentinamente y la miró—. ¿Guerra? ¿Entre qué, quién y dónde? ¿Quién y qué eres tú y tu gente? —Se sentó y puso una mano en su cabeza. Carolyn comenzó a hablar.

—Charles…

Pero él miró hacia otro lado y dijo:

—Calla la boca y déjame pensar.

—Pero yo.

—Calla la boca o te haré callar.

Farradyne estaba dispuesto a hacer lo que decía y Carolyn debió de comprenderlo así.

Tenía que estudiar el incidente del *Semíramis* desde un punto de

vista diferente. Es decir, tenía que pensar porqué había sido hecho en lugar de pensar porqué había ocurrido precisamente a él, Charles Farradyne. Tenía en primer lugar a la familia Niles, que probablemente iban los domingos a la iglesia, pertenecían a la Cámara de Comercio, a la Asociación de Damas y a la Beneficencia Pública, y que consideraban un negocio honesto el vender drogas. Y a su hija Carolyn, que soñaba con un hogar, marido y un puñado de hijos a los que educar con el producto del lucrativo negocio que también manejaba su abuelo lo mismo que ella había sido educada con este dinero. Había algo importante en aquella lengua tritonal que era más que una simple idea surgida en un momento de excitación. Las mujeres que eran inmunes a la droga más devastadora del sistema solar utilizaban esta inmunidad para tratar con tal droga llevando la ruina a otras mujeres. Era algo más que simples celos femeninos. Era una forma de guerra, y esta idea implicaba una organización amplia y bien dispuesta, capaz de grandes maniobras, y con hombres brillantes en ella que habían dedicado sus vidas a ello.

Bien, ¿qué podía hacer?

Había más: Brenner-Hughes, quien trató de quitar los rodillos de control de la pila de reacción de la nave era inmune a la marcoleptina. Esta era una de las piezas absurdas del rompecabezas que ahora inesperadamente encajaba en todo el asunto.

Farradyne se colocó en la posición de un profesor Martin por ejemplo si hubiera ocurrido una catástrofe en la nave y él hubiera sido uno de los supervivientes y se hubiera preguntado por qué habían querido matarle a él, Martín, como Farradyne a su vez se preguntó cuando el *Semíramis* por qué habían querido terminar con Charles Farradyne. En el primer caso el sabotaje se dirigía contra Farradyne y en el caso del *Semíramis* contra alguien que viajaba en el aparato. Existía un grupo de personas actuando fríamente que minaban las raíces de la raza humana.

Levantó la cabeza y miró a Carolyn Niles.

Ella le enfrentó abiertamente y preguntó:

—¿Ha hecho su composición de lugar?

—Creo que sí —respondió él fríamente—. Hay un par de huecos que espero me ayude usted a llenar.

—¿Qué le lleva a pensar que haré tal cosa?

—Lo hará —dijo amenazadoramente—. Por ejemplo, ¿qué es usted?

Su risa fue muy cínica.

—¡Bravo! Es usted un *homo superioris*, Charles.

—Muy bien. No lo diga. Ya lo averiguaré.

—No lo ha hecho aún.

—Tampoco tenemos siempre lámparas eléctricas.

Carolyn hizo un gesto de superioridad.

—Tampoco usted descubrió eso. Hicimos que lo descubriera deliberadamente.

—¿Sí? —dijo sarcásticamente.

—Sabíamos que alguien muy alto le había proporcionado una nave espacial y una licencia falsa y le había dado orden de introducirse entre nosotros, ya que esperaba que su pasado borrascoso le sirviera de pase entre la banda. Le utilizó de modo eficiente y nosotros también. Una caña de pescar de dos extremos: el pez y el pescador. Y ambos no se encuentran hasta que el primero tira del hilo. Cogimos a Howard Clevis en el extremo equivocado de la línea, por decirlo así. Nosotros también.

—¿Ustedes cogieron a Clevis?

—En cuanto supimos quién era el contacto que usted había establecido, le empujamos. De manera que si está usted esperando un avión militar que llegue para interceptar el *rendezvous* en el barco que nos espera, olvídelo. Los militares están aún en las rampas de aterrizaje en el Puerto Espacial.

Farradyne giró y fue a consultar el radar. El punto brillante se acercaba cada vez más pero no se veía nada más en el telescopio. Era una enorme nave interestelar, según lo reflejado por el radar.

Farradyne se alejó del telescopio.

—¡Muchacha! Buen papel ha estado desempeñando! ¿De manera que yo iba a ser su amor, su marido? Juntos, mano sobre mano, vamos a celebrar la primera unión interestelar? —La voz de Farradyne se hizo dura—. Muy bien, si es la guerra lo que su gente quiere, tendrán guerra.

Fue hacia el control y al desplazarse él, Carolyn se dirigió con precaución hacia el micrófono y lo acercó a su boca. Era evidente que había tenido abierta la radio todo aquel tiempo sin que el piloto lo hubiera advertido.

Carolyn entonó un ritmo de canción de moda en el micrófono. Le recordó a Farradyne un trío exótico, una celebración ritual de algún sacrificio.

Le quitó el micrófono de las manos, y lo arrojó contra el muro opuesto. Los cables quedaron colgando al aire.

Luego la agarró por los cabellos, la sacó del asiento y atravesó con ella a rastras el cuarto. La muchacha era un revoltijo de piernas y

brazos y fue a dar contra la misma pared en la que estaba el micrófono. Lo cogió y lo tiró a la cabeza del hombre, pero él pudo detenerlo con una mano y lo rechazó hacia el suelo.

Volvió él al asiento y empuñó los mandos de elevación con ambas manos. El Lancaster ascendió arrojando a Carolyn violentamente contra el suelo en la arrancada. La aceleración creció más y más.

Carolyn gimió. Parecía que intentaba reír.

Examinó el telescopio de radar y vio que aun así la monstruosa nave espacial le perseguía y se iba acercando a él a enorme velocidad.

XV

Farradyne observó a Carolyn sin dar muestras de interés mientras ella se levantaba y conseguía situarse de modo que la fuerza de aceleración no la afectara demasiado. Lo único que pudo hacer fue seguir echada contra el suelo. Luego se relajó porque la aceleración no era muy confortable cuando se estaba en tal posición.

—No se empeñe, Charles —dijo lentamente y con alguna dificultad —, no podrá escapar de esa nave. Puede correr a mayor velocidad que la luz.

—Lo intentaré.

—No conseguirá nada.

El locutor de radio volvió a hacerse oír.

—Farradyne, pare y entréguese o hacemos fuego.

El piloto cambió la dirección hacia un lateral poniendo otro vector entre él y sus perseguidores. Apagó el volumen de la radio con un violento gesto.

—Son sus amigos, y no les importa matarte.

—No me importa morir.

—A mí sí. He llegado a enterarme de unas cuantas cosas que tengo que comunicar antes de morir.

—Por eso estoy deseando que no las diga.

Las manos del piloto siguieron actuando con las palancas. La velocidad intrínseca del aparato no importaba en este caso, lo único que contaba era la velocidad del Lancaster con respecto a la velocidad de la nave a partir de las estrellas. Tenía una ventaja: su nave era más pequeña y por tanto más manejable. Además, tenía la ventaja de la sorpresa. Podía dirigirse hacia donde quisiera y el otro piloto tendría que seguirle. Como podía hacer cambios de dirección, vector y línea cuando le pareciera, cada alcance, si ocurría, sólo daría lugar a alguna pequeña fricción en cosa de segundos. En tierra unas cuantas fracciones de segundo no quieren decir nada pero en el espacio significan millas y millas, Farradyne pensó que aunque una

nave pudiera sobrepasar la velocidad de la luz ello no quería decir que fuera capaz de alcanzar a otra nave más ágil.

Miró a Carolyn aún aplastada contra el suelo. Hasta el momento y hasta que fuera del todo evidente que se escapaba de sus perseguidores no tenía que temer un ataque directo puesto que estaba claro que querían capturarlo vivo. Pero una vez libres de ellos tendría que prepararse quizá para la persecución de uno de aquellos temibles proyectiles-reptantes capaces de perseguir naves espaciales a velocidades increíbles y que podían corregir la dirección en pleno vuelo hasta alcanzar su objetivo.

Deseó desesperadamente el llevar un cargamento de bolas que hubiera podido ir arrojando en tal contingencia. Y se reprochó el no haber sido lo bastante previsor como para haber colocado de nuevo los rodillos de control que le faltaban desde hacía días.

Farradyne dejó de correr. Se dirigió al computador y comenzó a manipular con las llaves ignorando el hecho de que la otra nave se había por fin puesto en línea con el Lancaster y se acercaba cada vez más. Se le había ocurrido una idea, y la estudiaba con creciente interés. Requería una gran cantidad de buena suerte y habilidad. Esperaba tenerlas.

El Lancaster describió una vuelta más complicada en el momento en que el extremo de la cinta taladrada del computador penetraba en el autopiloto. Por tanto , si los cálculos de Farradyne eran correctos el morro del Lancaster se dirigía a la Tierra.

La nave interestelar que les perseguía, burlada de nuevo, dio una vuelta y comenzó a ganar el espacio que había perdido.

Farradyne vio que tenía mucho tiempo. Aguardó hasta que los taladros de la cinta acortaron algo la velocidad y entonces se dirigió al piso inferior y volvió a la cabina de control vistiendo el traje espacial que vio llevar a Brenner-Hughes en el momento en que se disponía a sabotear el aparato. Reparó alguna pequeña rotura, limpió el casco de vidrio o plástico, repasó los numerosos bolsillos de la vestimenta y comprobó el cargamento de aire y el purificador, llenando luego de comida el bolsillo a tal efecto y en tanque de agua. Se sabía de hombres que habían permanecido en el espacio setenta y dos horas con tal traje con tan sólo la molestia de sentirse un poco estrechos. Id primer peligro consistía en un escape de oxígeno si llegaba a ocurrir y el segundo era la sed.

« liando se podía durar sin beber y comer dependía en mucho de la contextura del hombre.

El traje demostró estar en perfectas condiciones y comenzó a

ponérselo.

—¿Qué tal son de mañosos sus compañeros; manejando ese aparato? —preguntó.

—Bastante bueno.

—Debería rezar para que fueran aún mejores. Ya que la vida de usted depende en verdad de su maña.

—Charles, es imposible que se salga con la suya.

Farradyne se detuvo. Quería darse el tiempo de fumar un cigarrillo aún. Encendió uno y dio una chupada antes de decir:

—Amor mío, podría estarme escapando de ellos hasta que el Sol se congelara pero sé que en este caso más pronto o más tarde se cansarían del juego y me enviarían un proyectil-reptante. Tampoco tengo intención de sentarme aquí y aguardar.

—¿Entonces qué es lo que piensa hacer?

Farradyne se levantó y paró el reloj.

—He puesto una cinta taladrada para dirigir el autopiloto. Seguirá manejando el aparato y le llevará a usted lejos y detrás a sus queridos amigos. Yo me marcho. Como no puede usted medir el tiempo con exactitud no les podrá decir en qué momento salté al espacio y veo difícil que me puedan perseguir en mi camino hacia la Tierra.

—Charles...

Farradyne tiró el cigarrillo y se puso a gatas de manera que así la podía mirar rectamente al rostro.

—Buena actuación, Carolyn. Pero ahora creo que conoce lo suficiente a Farradyne como para saber que de quedarme aquí yo no nos cogerían vivos porque yo no querría. Al escaparme es posible que nos salvemos ambos. Quizá nos volvamos a encontrar. Una batalla que perdió. Y es la última.

Se inclinó aún más y con sonrisa cínica la besó en los labios.

—Hasta la vista, Carolyn —rió—. Lo he pasado bien con estas cosas.

Terminó de colocarse el traje espacial y haciendo un descuidado ademán con la mano descendió las escaleras. Ella no le miraba: miraba al micrófono y a la estropeada radio que no podía alcanzar. La ganó el pánico y esto la dio alguna fuerza, pero no la suficiente para poderse poner en pie contra aquella endemoniada fuerza de aceleración que la mantenía en aquella posición bien a su pesar.

Al no estar en presencia de la muchacha la confianza de Farradyne se desvaneció. Hasta hacía poco tiempo se había estado felicitando por haber logrado saber acerca de las operaciones de la banda de la flor del infierno más que ningún otro hombre del ASD. Ahora sabía que la

tal banda le había estado utilizando a él de modo más inteligente de lo que le utilizaba Clevis y el Departamento Solar de Antinarcóticos.

Tenía que cambiar sus planes de escapatoria. Podía burlar a la enorme nave espacial y quizá tendría la suerte de que le recogiera en el espacio uno de los *scooter* de la Guardia Espacial en cuanto llegara dentro de la zona de actuación de la Luna.

Pero había más posibilidades de que la banda del loto estuviera alerta en todas partes y estuvieran preparados para capturarle allí donde se dirigiese. Se llamarían unos a otros hasta que alguna nave comercial» le recogería en el espacio, comunicando el incidente a la Guardia Espacial de la Luna que ni siquiera habría salido de su estación espacial. Y entonces Farradyne sería devuelto inmediatamente al lugar que ahora abandonaba.

Se detuvo en la puerta espacial y allí permaneció con ella abierta observando a la nave perseguidora ,un pequeño punto en la distancia allá abajo, sólo visible porque sus llamas de reacción formaban un anillo a su alrededor. Tuvo abierta la puerta el tiempo suficiente como para hacer creer a Carolyn que se había escapado ya. Carolyn estaría observando la lámpara indicadora y anotando el tiempo.

Entonces cerró la puerta y se dirigió a lo más profundo del Lancaster. Se encerró en el último reducto de él, preocupado como un escolar que ha sido llamado a la corrección y no se le ha dicho el porqué. Pronunció algunas palabras en voz alta y éstas se estrellaron en los estrechos confines del. casco que utilizaba.

El tiempo corría y el Lancaster daba vueltas y más vueltas según las indicaciones de la cinta que condicionaba el autopiloto. Farradyne sólo pedía una cosa: que el enemigo no se cansara demasiado pronto y disparara el temible proyectil, lo que terminaría todo el juego. Sólo la presencia a bordo de Carolyn impediría que se decidieran a ello a no ser en último extremo.

Por fin finalizó el tiempo: una hora. El Lancaster se encontraba con el morro hacia la Tierra y a una gran distancia del punto en que se suponía había tenido lugar la escapada. No mucho después Farradyne sintió el *click* de los imanes de la otra nave que detenían la suya.

De nuevo se puso en tensión. ¿Inspeccionarían antes el Lancaster? ¿O al hallar a Carolyn quedarían convencidos de que había abandonado el aparato? ¿La sacarían entonces sin más de la nave o valorarían el Lancaster y no lo precipitarían al vacío (según ellos) en el espacio?

Su mente siguió por este camino.

Lejos de estar satisfecho de su maniobra Farradyne estaba

satisfecho de estar vivo y temporalmente libre de las garras del enemigo. Lo que ocurriría de aquí en adelante no lo sabía.

La velocidad del Lancaster disminuyó de cuatro gravedades a una y Farradyne pudo oír distintamente las pisadas fuertes de alguien que penetraba en los cuartos que había encima de donde él se hallaba. Luego la velocidad disminuyó más aún y quedó reducida a un cuarto de gravedad o menos aún. Se tensó y sintió la boca ácida. Agarró fuertemente la pistola automática que tenía en el enorme guante espacial. La captura sería preferible a la muerte pero Farradyne sabía que el enemigo no le dejaría vivir con lo que ya sabía sobre ellos aunque era bastante poco y con pocas pruebas.

El cuchitril en el que se escondía tenía forma angular. Farradyne se movió lentamente en torno a un pilar central y se acomodó de nuevo.

Sobre su cabeza se oían pasos y el ruido que hacían al transportar algo muy pesado en la cubierta.

Oyó el sonido de voces hablando la famosa lengua tritonal que le llegaba de forma confusa por la distancia, la separación y el aislamiento del casco. Alguien intentó abrir la escotilla situada en el parte superior de donde él se escondía. Hicieron girar la pesada tapa. Un espeso humo blanco comenzó a descender, una verdadera nube de vapor. Una u otra vez giraron la tapadera hasta unos noventa grados a la izquierda. Luego se produjo un ruido más débil de gas escapando y el ruido de pasos se perdió.

Farradyne respiró profundamente y vio que estaba cubierto de sudor frío. Tenía un sabor acre en la boca y el corazón le golpeaba fuertemente. Al abrir la boca se dio cuenta de que había estado apretando tanto los dientes que la mandíbula le dolía.

Cerró la escotilla pero no almacenó aire alguno en el escondite. Colocó el extremo de su casca contra la escotilla superior y escuchó: A lo lejos les podía oír trabajando pero cada vez estaban en pisos más superiores. Se tranquilizó y aguardó

Pasaron tres horas más que fueron las más angustiosas de su vida. Y luego de repente sintió que el aparato perdía velocidad por completo. Quedó flotando en el aire. Logró sostenerse colocándose los zapatos magnéticos y adaptándose en los pies un extremo metálico. Su postura resulta de lo más extraña.

La velocidad ascendió entonces a una gravedad completa y transportó a nuestro piloto contra el techo de su escondite. De nuevo perdió velocidad. Y más y más.

Flotó libremente con sólo sus pies para sujetarse. Era como permanecer en un tubo con agua a temperatura natural. Sintió una

liberación de todos sus músculos y fue adormeciéndose lentamente hasta caer en un profundo sueño.

XVI

Cuando el piloto se despertó había una presión de una gravedad aproximadamente y consultó el reloj. O bien habían pasado catorce horas o bien treinta y ocho, pero no podía creer esto último.

Pensó que serían catorce horas pues pensar otra cosa le parecía demasiado y dedicó su atención a cosas más importante.

La nave estaba en silencio. Su traje colgaba limpiamente de su cuerpo de manera que comprendió que el aire había penetrado de nuevo en su escondite. Trató de alcanzar la escotilla pero no penetró aire alguno. El Lancaster era un planeta.

Podía ser Tierra, Venus o Plutón según el empuje de la gravedad, pero Farradyne no creía que fueran ninguno de los tres. Sospechó que el enemigo quizá estaba instalado en la cubierta y que él habitaba bajo pies enemigos, lo que tendría alguna relación con superar la velocidad de la luz.

De nuevo trató de escuchar algo: la nave estaba silenciosa como la proverbial tumba. Abrió una de las grandes válvulas y salió de su escondrijo. Todo estaba sumido en la más completa obscuridad.

Terminó de abrir la válvula y salió. Bajo la luz de la lámpara de su casco Farradyne inspeccionó cuatro cajas rectangulares de metal, pintadas en gris. Unos cables unían unas con otras y terminaban en blancas conexiones metálicas. Las cajas estaban unidas a la cubierta superior con otros cables.

De una de ellas salía aún otro conductor eléctrico que unía todo aquello al muro conector.

Como otras naves espaciales solares el Lancaster estaba bien provisto con una red de cables que iban de acá para allá o que servirían de repuesto en algún caso necesario.

El enemigo había conectado de nuevo todas las líneas de cables a uno de los conectadores terrestres standard y enchufado éste en el cuadro del Lancaster.

Farradyne no descubrió nada en las cajas que pudiera servir de

indicación sobre su significado. De manera que las dejó como estaban y siguió con precaución. Se quitó en el piso de arriba el traje espacial y lo colgó en un vestidor y continuó su camino hacia arriba hasta llegar a la puerta del salón.

Por un agujero vio que se hallaba en un puerto espacial. Era grande y estaba obscuro excepto un haz de luces de posición, una serie de luces que rodeaban otra distante nave y el parpadeo de un neón rojizo en lo que probablemente sería «El Bar del Hombre Espacial» en la lengua que fuera.

Dejó de contemplar esto y siguió hacia lo alto de la nave hasta alcanzar el salón. Entró en él a nivel de suelo pero estaba todo obscuro. La puerta estaba abierta de modo que miró de nuevo hacia afuera y vio a unas cuantas yardas a otra nave espacial. La otra nave estaba tan obscura como ésta, excepción hecha de un pequeño ojo que brillaba en la obscuridad.

El problema de saber dónde estaba le llevó a la cabina de control.

Miró al cielo buscando las constelaciones familiares.

Con tranquilidad y calma estudió la posición. Teniendo en cuenta que no habrían recorrido más de cuarenta o cincuenta años luz, las constelaciones estaban ligeramente fuera de posición. Le hubiera sido más fácil hacer un cálculo si hubiera podido contemplar la totalidad del cielo que tenía encima pero se tenía que contentar con un sólo hemisferio. Si hubiera podido encontrar una constelación no muy cambiada de posición, a la que le faltaran varias estrellas hubiera intentado ir en aquella dirección, y si hubiera encontrado otra con estrellas de más, hubiera ido en dirección contraria, pues, de esta manera estaba seguro de salir de este sistema enemigo y llegar al sistema solar.

Finalmente desistió de establecer exactamente dónde se encontraba. Vio un pedazo de papel y comenzó a hacer esquemas sobre las constelaciones familiares tal y como las veía ahora. Alguien entre los planetas del Sol sería capaz de medir los ángulos y cambios y dar la respuesta exacta de manera que se pudiera llegar a una razonable identificación de la posición de este sistema.

Colocó en sus bolsillos una docena de cuartillas y dirigió una primera mirada de inspección a la cabina de control. No vio al principio ningún cambio pero luego pudo ver tras el asiento del piloto un pequeño panel y varias lámparas que eran diferentes del resto del equipo del Lancaster.

Quiso manejarlas pero desistió porque era como intentar hacer construcciones con dinamita. Desistió y subió a la cubierta superior

donde cogió los binoculares de larga distancia.

Quedó asombrado de lo lejos que en realidad estaba la nave estelar, y lo enorme que era. Todo estaba obscuro y con aquel único punto de luz. Veía un trozo de la cabina, exactamente una pared y el ángulo que formaba con el techo. Pensó en subirse hasta el tope de la cúpula de la nave pero pensó que no merecería la pena el trabajo pues desde allí no cambiaría mucho el ángulo que podría observar.

La cuestión de qué hacer le dejó perplejo. No había respuesta. No podía hacer plan alguno. Tenía que improvisar. No podía ni siquiera fumar por miedo a hacerse ver.

Farradyne volvió a su cocina y abrió una lata de comida que comió fría. Se dio cuenta de que lo mejor de la comida tenía que tirarlo porque oyó ruidos de que el enemigo se aproximaba. Con prisa hizo desaparecer las pruebas de su refrigerio pensando con amargura qué triste era tener que robarse a sí mismo.

Estaba terminando tal tarea cuando vio un chorro de luz que le llegaba de una escotilla. Corrió hacia allá y alcanzó a ver una serie de camiones que se detenían en el puerto espacial. Las lámparas delanteras emitían largos haces de luz que se dirigían rectamente hacia el Lancaster.

Farradyne no aguardó más. Descendió por el lado contrario. Sin pensarlo siquiera. Si también por este lado se dirigían hacia él estaba perdido. Pero no era así y corrió a la sombra que proyectaba el aparato y fue a refugiarse siguiendo la cola del Lancaster a una nave estelar detenida allí cerca, y en las sombras que proyectaba la otra cola, aguardó.

Los camiones rodearon el Lancaster y todas las luces las dirigieron hacia el aparato iluminándolos de cabeza a cola. Podía oír las voces de los trabajadores y las órdenes del superintendente. Se preguntó qué querían hacer. Excepción hecha de las voces que cantaban en aquella manera tritonal pareciendo en conjunto que allí había también niños y mujeres, la operación era como cualquier operación terrestre de este tipo.

Los estuvo observando durante una hora y entonces vio que el distante cielo comenzaba a tener un reflejo grisáceo. El sol se elevaba quizá. No lo sabía.

Se separó de aquel lugar rápidamente huyendo entre las sombras de las numerosas naves allí aparcadas, evitando las luces de los faros, y por fin alcanzó el extremo del puerto espacial.

Refugiado tras de la cola de un aparato examinó el lugar mirando los obscuros y silenciosos edificios y preguntándose si estos habitantes

del sistema extranjero habrían oído hablar de vigilantes nocturnos. No se fiaba de aquella quietud y obscuridad del aparentemente deshabitada aeropuerto porque sabía que ellos sospechaban tanto como él. De repente vio salir un hombre de un edificio: llevaba una luz en la mano. Caminó a lo largo del más próximo bloque y penetró en uno de los pasajes.

Farradyne salió corriendo de las sombras que le protegían y penetró justamente en el pasaje por el que había aparecido el vigilante. Caminó por él y llegó a dar con una valla muy alta refugiándose entre las sombras existentes, entre valla y edificio siguió la dirección opuesta que había seguido el hombre.

Necesitaba como minimo dos cosas: una vestimenta apropiada al Planeta X en el que se encontraba y estar lejos de este lugar.

Pocos minutos después encontró la salida.

Oyó el sonido de una alarma, pero se dio cuenta de que era más bien un timbre indicador de dirección que una alarma propiamente dicha. Siguió pues al indicador, y al final vio alzarse a un vigilante que perezosamente se levantó de su asiento, abrió la puerta desde unos diez pies de distancia de donde él se encontraba y le dio salida. Era evidente que hacía tanto tiempo que allí no ocurría nada que el vigilante se había vuelto negligente.

Farradyne dio gracias por tanta laxitud y pereza y recorrió el espacio que le quedaba con pasos silenciosos y traspasó al fin la verja. Estaba fuera.

La mañana comenzaba. Estaba libre, pero tan peligroso era para él permanecer ante la verja como en el interior del aeropuerto en plena luz del día. Volvió a la derecha y comenzó a caminar hacia un pequeño grupo de edificios que estaba a unas cuantas yardas de allá.

La segunda cosa que necesitaba la halló poco después. Siguió andando hasta estar algo alejado del puerto espacial. Aquí, en un distrito apenas iluminado Farradyne encontró trajes a la moda del Planeta X.

El extranjero que encontró debía de haber estado utilizando en demasía lo que quiera que usasen para celebrar acontecimientos en el Planeta aquel.

Farradyne no le dio oportunidad alguna. Le encerró cuidadosamente y le desnudó por complejo. Luego cogió la ropa.

Al caminar por la calle se divirtió pensando que parecía un tipo de vieja opereta musical con los enormes pantalones, la chaqueta algo tirante y unos zapatos que podían ponerse indistintamente en cada pie. Hizo sonar en sus bolsillos el montoncillo de monedas del sistema

enemigo, sintiéndose más a salvo.

Pasó por una tienda en cuyo escaparate vio un vestido como el suyo y se sintió mejor.

Luego caminó por las calles hasta que éstas se fueron llenando de gente.

XVII

No había duda que la ciudad era extranjera. Pero su aire funcional le resultaba familiar. Eran perfeccionamientos que habían demostrado su utilidad tras series de ensayos y que mecánicamente podían ser similares en cualquier sistema en el que las gentes comieran, respiraran y pasaran por las calles. Los edificios solían ser en su mayor parte unos bloques cuadrangulares con ventanas y puertas. Las tiendas tenían grandes escaparates en los que exhibir sus artículos y hasta éstos no eran demasiado exóticos. Tiendas de ropa, comida y otras cosas difíciles de identificar para un extranjero.

Las calles y plazas eran normales. El tráfico corría por la izquierda lo que le proporcionó algunos sustos. Los conductores se asomaron para gritarle sus insultos tritonales. No quería que le pusieran una multa y se forzó a cumplir con la costumbre.

La ciudad ahora entraba en pleno día y se llenaba de ruidos. Tropezó con un viandante que le dijo algo enfadado. El calló y el otro hizo un extraño sonido tritonal por toda despedida. Se dijo que tenía que ser cuidadoso.

Encontraba esta ciudad tan parecida a las ciudades de su propio sistema que se estaba volviendo descuidado. Sabía ahora que si seguía caminando sin llamar la atención, nadie pediría cuentas de porqué estaba allí.

¿Qué habría contado Carolyn? ¿Qué provenían todos estos seres de la misma familia existente hacía cincuenta mil años? Posiblemente. Parecían iguales a los humanos. Existía aquella endemoniada lengua, pero si no se veía obligado a hablar nada pasaría.

De manera que siguió paseando durante varias horas mezclado con ellos hasta que la ciudad se fue calmando y el tráfico se hizo menos intenso.

Farradyne pensó que era duro que esta civilización cosmopolita fuera la misma que intentaba minar toda la civilización del sistema solar. Era bastante similar la cosa a la paradoja vista en la familia

Niles. Era como si el asesinato fuera una empresa honorable y como si la venta de drogas se fijara en la lista de precios de cada día.

Farradyne había creído encontrar en este planeta algo monstruoso. Un estado policía o esclavo no le hubieran sorprendido. En lugar de eso hallaba una ciudad muy parecida a la suya propia y era muy duro para él considerarse que la sola separación consistía en la barrera de la lengua.

Por casualidad pasó al lado de un edificio muy ostentoso cuyas puertas estaban abiertas. La gente salía y entraba libremente de él de manera que Farradyne siguió a un grupo y penetró en él.

Era una sala de museo como cualquiera otra del sistema solar. Caminando por un pasillo vio una reproducción a escala del sistema solar pero estaba hecha sin escala. Luego otro modelo del Sol y sus planetas, pero mientras el conjunto de todo ello le resultaba familiar, en la inscripción que se leía en el pedestal y que decía algo sobre distancia y dirección a que se encontraba el sistema, no podía saberlo puesto que estaba en la lengua del sistema extranjero.

Para saber dónde estaba hubiera necesitado un curso acelerado de la lengua tritonal y un curso más sobre uranografía. Comenzó a comprender que el hallarse perdido era solamente una confusión de su propio sentido de referencia y orientación. Las ciudades no tienen grandes carteles aquí y allá que digan: «Esto es Chicago, o esto es Roma», puesto que cualquier hombre en sus cabales sabe que no se encuentra en Detroit si no lo está.

Vio la oportunidad de visitar el Planetarium de sus enemigos, Uno de los cicerones explicó el cielo tal y como se veía desde el Planeta X en una voz tritonal.

Salió del museo y comenzó a regresar al puerto espacial. Tenía hambre de nuevo y tanto la mañana como la tarde habían sido desoladoras. Había tratado de encontrar sin conseguirlo dónde comían, vivían y se divertían aquellas gentes.

De nuevo examinó lo que hacía aquellas gentes detenidamente. Parecía que con una moneda de tamaño medio podía comprar un papel que no debía ser otra cosa sino el periódico de la tarde y a cambio se le devolvería dos monedas más pequeñas. Se dirigió al puesto y dejó caer una de las monedas de tamaño medio. Tomó uno de los periódicos y a cambio cogió dos monedas pequeñas. El vendedor no le dirigió ninguna atención.

Farradyne dobló el periódico, se lo metió debajo del brazo y siguió caminando distraído hasta que logró encontrar un establecimiento de lo que parecía ser un *self-service*.

Con el periódico desplegado y haciendo aún como que estaba profundamente enfrascado en su lectura se dirigió al mostrador de los platos calientes, la camarera le dirigió una pregunta que obviamente debía ser el nombre del plato que deseaba. Con aire molesto levantó la cabeza del periódico apenas y tendió dos dedos hacia unas extrañas cosas blancas y planas que nadaban en un jugo grasiento. Desdobló el periódico y se enfrascó más en él. La camarera cogió dos cosas de aquellas y las colocó en algo que parecía un bollo. Luego se las mostró charlando como un pájaro con tres gargantas por debajo del borde inferior del periódico...

Actuando de modo distraído Farradyne sacó dos monedas grandes de su bolsillo y las depositó en el mostrador. La camarera tomó una de ellas la llevó a la caja y volvió con un montoncito de tres más pequeñas que colocó junto a la anterior. Parecía acostumbrada a tipos tan distraídos como aquel.

Farradyne masticó su grasienta comida maldiciendo de su sabor pero al fin resultó ser bastante más satisfactoria que la comida enlatada que había engullido a primera hora.

Guardó el periódico debajo del brazo, preguntándose si habría estado leyendo el consultorio sentimental, o la lista del mercado, y salió a fuera dispuesto a volver al aeropuerto.

Tenía el sentimiento de que una hiena podía vivir en una jaula de monos si tenía el bastante sentido común como para vestirse y actuar como ellos.

Cuando el piloto volvía el aeropuerto comenzaba a caer la tarde. Había sido un día muy largo el del Planeta X y aún faltaba mucho para que reinara la obscuridad. No tenía reloj aun cuando probablemente el día de este planeta no encajaría en absoluto con el día terrestre. Había dejado su reloj junto con su vestido porque era una prenda que le hubiera denunciado como extranjero. Llevaba el reloj de su víctima, pero estaba calibrado de acuerdo con el tiempo de X y Farradyne no había tenido tiempo para compararlo con el suyo.

Era pues muy temprano pero no tenía otro sitio a donde ir. Podía ver el Lancaster desde el otro lado del aeropuerto todavía rodeado de camiones y trabajadores, que no pensaban en regresar a la ciudad.

Farradyne observó la entrada de otros detenidamente y descubrió que había otras dos naves más pequeñas que estaban tomando pasajeros y que alguna gente iba a contemplarlos partir. Parecían las operaciones normales de un puerto espacial civil que no despertaban la menor sospecha. Ello le llevó a Farradyne a pensar que todos en al Planeta X estaban de acuerdo en su terrible campaña contra el sistema

solar.

Estaba tratando de entrar en el puerto espacial al mismo tiempo que un grupo de personas cuando en la puerta principal oyó tras de él el claxon de un coche.

Farradyne se volvió a mirar como todos. Un coche oficial se dirigía al puerto. En él iba el conductor, tres guardias y…

—¡Norma Hannon! —exclamó sorprendido.

En ese momento quedó lleno de horror ante su propia estupidez, esperando que nadie se hubiera dado cuenta y que cada cual siguiera a lo suyo, y siguió caminando lentamente. Pero un guardia le cerró el paso.

Le miró fijamente.

Farradyne se armó de valor y miró a su vez al guardia con una seguridad que no sentía.

—Hable lenguaje terrestre —le dijo.

El guardia parpadeó y avanzó más hacia él algo confuso.

—Hable lenguaje terrestre —dijo Farradyne. con firmeza—, o no le escucharé.

—No hablo muy bien la lengua de usted.

—La necesitará muy pronto. Y ahora ¿qué es lo que tiene que decirme?

—Ya me oyó, pero es mejor…

Farradyne hizo una mueca.

—No, no le oí. De manera que dígamelo de nuevo.

—Iba a preguntarle…

—No —dijo Farradyne—, le dije que «comenzara», y quise decir que comenzara a pensar en legua terrícola como hemos aprendido a hacer. Ahora diríjase a mí como es debido y dígame: «Hable lengua terrestre».

—Oh, bueno, ¿no me lo va a hacer repetir?

—¿Por qué no?

—Me sentiría como un tonto. Después de todo, una equivocación es una equivocación. No podía saber que usted era uno del grupo terrestre. No va usted vestido con traje de allá.

Farradyne vio un parpadeo de duda en el rostro del guardia.

—No quiero atraer tampoco la atención aquí. Francamente estoy aquí de incógnito.

—Me parece que tiene razón. Usted puede hablar con los de su grupo. Pero el resto no lo pueden ver. Dígame, señor, ¿cómo son los planetas del sistema solar?

—Bastante bonitos.

—¿De verdad? He oído decir que son ricos. Pero, ¿y la gente? ¿Son tan malos como se dice?

—Peores —dijo Farradyne pensando que la propaganda era cosa universal.

Así salió del paso. El coche pasó de nuevo: volvía del puerto espacial.

—Ahí va el otro —dijo el guardia señalando al coche. Pasó y Farradyne vio esta vez con menos asombro, que en el coche iba Howard Clevis.

—Es verdad. Y ahora iré yo.

—Tiene usted tiempo más que suficiente antes de que salgan para la colonia. Bueno. ¡Adiós y buena suerte! Recordaré lo que me dijo.

Farradyne le saludó y penetró en el puerto espacial. Caminaba rápidamente porque no sabía si el guardia comenzaría a sospechar de repente. Pero al pasar la cola de una gran nave espacial comenzó a sentirse mejor.

Caminó lentamente atravesando el campo. No había aprendido mucho durante el día, pero mientras estaba dando vueltas Norma y Clevis habían estado encerrados en el Lancaster. No es que hubiera podido hacer mucho pero muchas cosas se aclararían al charlar con ellos.

La noche caía lentamente. Él se refugió en la cola de los aparatos hasta que el cielo estuvo bien cubierto.

Anotó dos Cosas:

Los camiones y trabajadores estaban terminando de trabajar en el Lancaster. Lo segundo era que la ventana iluminada que viera por la mañana en la enorme nave interestelar había cambiado de posición. Esto sólo podía querer decir una cosa Clevis había estado en un cuarto de aquellos desde por la mañana temprano, pero Norma no. Ahora Norma había regresado y a Clevis lo habían sacado, posiblemente para interrogarle.

Toda una serie de preguntas cruzaron por su mente. ¿Le diría Norma algo de lo que sabía? Tenía él sus propios planes: esconderse en el Lancaster y aguardar los acontecimientos... Por lo menos hasta que le fuera posible descargar un buen martillazo contra la testa del conductor que viniera a hacerlo despegar.

Norma por lo menos debía saber una cosa: dónde se hallaban. Y eso serviría de gran ayuda. Porque si alguien venía a llevarse el Lancaster y él estarían escondidos en el aparato y una vez arriba se adueñarían de él y ya vería cómo se las arreglaba con tan extraño auxiliar como era la chica.

Uno de los camiones le decidió. Dio la espalda al Lancaster y enfocó sus faros hacia él. Pensado y hecho: engañar a un guardia era una cosa, ser visto merodeando por el Lancaster y la gran nave interestelar otra muy distinta. Así que huyó como un gamo de la zona de luz.

Subió la rampa de la nave interestelar y llegó a la puerta espacial. Se le ocurrió pensar que la falta de gente en esta sección y lo solitario del lugar le protegían en cierto modo. Cualquiera que anduviera por allí abiertamente al ser visto desde lejos se sabría inmediatamente que era un intruso. La presencia de los obreros por allí le había servido de mucho.

Esperó impacientemente a que terminaran. Pasaría algún tiempo antes de que terminaran y decidió matar el tiempo actuando.

Recorrió los largos y obscuros corredores de la nave, ascendió de piso en piso hasta llegar al lugar en el que una luz se filtraba por debajo de una puerta. La puerta estaba atrancada con un pasador deslizante muy fácil de abrir desde el exterior pero imposible de abrir desde dentro.

Farradyne levantó el pasador y abrió la puerta de par en par.

Norma estaba allí de pie con las manos provocativamente colocadas en las caderas. Por unos instantes no le reconoció, luego compuso un gesto de desagrado y dijo:

—¡Vaya, si es nuestro astronauta Charles Farradyne!

XVIII

—Y ahora veamos —dijo él sin circunloquios—. Clevis le debe haber hablado de mí.

—Sabía que usted y Clevis se traían algo entre manos, ya que cuando le vi en su Lancaster no entró manejando un par de revólveres contra usted.

—Bueno, entonces deberá saber que yo soy...

Un condenado idiota, Farradyne. ¡Absurdo cretino!

—Pero mire, yo estoy aquí...

—¿Dónde?

—Me escondí en un rincón del Lancaster. No podía ver lo que ocurría fuera. ¿Sabe usted dónde estamos?

—No creyeron que fuera necesario hacérmelo saber.

Farradyne tragó saliva.

—Ahora le preguntaré: ¿De qué lado está usted? Yo vine aquí para...

—¿De qué lado estoy? Soy yo la que tiene que preguntar de qué lado está usted Farradyne. Espero que esté usted del lado de ellos. Usted les engañará tarde o temprano.

—Mire, Norma... Norma, contésteme a esto. ¿Quién era Frank Hannon?

—¿Frank? Frank era el mejor hombre que tenía Howard. su mano derecha. Tenía la pista de un hombre cuyo nombre no sabemos. No nos lo dijo porque no tuvo oportunidad de ello. Todo se sepultó con él cuando usted catapultó el *Semíramis*.

Farradyne la miró fríamente.

—Hay algo que tendrá usted que admitir —dijo—. El encuentro de la gente de las tres lenguas o voces no era un sueño.

Su silencio fue significativo.

—Así que hay algo que se va aclarando —prosiguió él—. Pero si Clevis recurrió a mí porque había estado cuatro años pudriéndome en Venus no me voy a seguir preguntando si eso formaba parte de un

maquiavélico plan. ¿No pudo alguien provocar la catástrofe del *Semíramis*, salvarme luego y convertirme más tarde en el hombre ideal para Clevis?

—¿No es ir demasiado lejos?

—Es posible que sí o es posible que no. Piense un poco. No estamos batallando contra una banda bien organizada de traficantes en drogas. Estamos celebrando una batalla a ciegas contra toda una cultura que paso a paso y de modo inexorable está minando las raíces de la raza humana de manera que puedan ocupar los mundos y planetas de nuestro sistema solar.

—Explíquese si puede, entonces.

Le explicó en pocas palabras cómo había conseguido escapar.

—Vimos como cogían al Lancaster —dijo la muchacha—. Nos preguntamos cómo no quedó usted muerto en seguida. Bueno. Aceptaré que no es usted uno de los de la flor del infierno.

—Gracias —dijo él con amargura—. ¿Y por qué este cambio repentino?

—He escuchado esta lengua tritonal de la que todo el mundo se burlaba y en cuya existencia no se creía. Ahora creo que a lo mejor el accidente del *Semíramis* no fue culpa suya. De manera que de momento no puedo seguir odiándole.

—¿No puede?

—No. A menos que resultara usted ser uno de los suyos. Y por vida mía que no sé qué podría usted sacar de mí que ellos no sepan ya.

—¿Ellos?

—Saben todo lo que yo sé. Me dieron una droga que me volvió enormemente locuaz.

—¿Le explicaron por qué la han traído aquí? Me parece que la han encarcelado.

—Eso será luego, Ahora están comparando mis historias con las que les cuente Howard. Creo que iremos a reunirnos con unos cuantos miles de solares que han sido detenidos previamente. Eran peligrosos.

—¡Los hijos de perra!

Norma asintió fríamente.

—Eso es emoción..., Charles. Yo no sé exactamente lo que se proponen pero entiendo que es un problema de supervivencia el que tienen planteado.

—Pero...

—Dígame, Charles. ¿Cómo les ha considerad© usted?

—Como posibles aliados y amigos tal y como les he visto.

—¡Imposible! Usted les ha visto como posibles compradores, gente

a la que poder explotar o quizá como enemigos. De todas maneras, científicamente somos superiores a ellos.

—¿Por qué lo sabe?

—Me sacaron sangre; sabían que nosotros éramos inmunes al cáncer puesto que hace años y años que hemos dominado la enfermedad. Bueno, pero no crea, utilizarán la inmunización como un mago de tribu africana un suero tifoideo.

Hizo un gesto y continuó.

—Escuche, Charles, si los solares hubieran llegado primero al punto en que están ellos hubiera estallado el mismo conflicto sólo que al revés.

—Nosotros no queremos la ruina...

—Deje de hablar como un Caballero del Rey Arthur. Pero es un mal sitio éste para discutir de ética. ¿A dónde iremos?

—Si supiera cómo despegar de aquí el Lancaster y supiera cómo dirigirme al Sol iríamos hacia allá"

—¿Y qué haremos con Howard?

—No lo sé. Tendríamos que volver a la Tierra, decir lo que sabemos a los de ella y actuar en consecuencia. Enfrentémonos con los hechos, Norma: ellos se pueden mezclar con los terrícolas porque pueden hablar nuestra lengua. Pero yo no me puedo mezclar con ellos para localizar a Howard. Me cogerían en seguida.

—¿Pero cómo volveremos?

—¿Por qué cree que trajeron hasta aquí el Lancaster?

—Probablemente para que les sirva para llevar a salvo su mercancía.

—Muy bien. Nos esconderemos en el mismo sitio donde estuvo escondido yo hasta que la devuelvan allá.

—Hágalo usted —dijo Norma—. Si vieran que faltaba yo comenzarían a pensar que algo huele a chamusquina.

Farradyne se echó a reír.

—Por lo que sé de ellos creo que están tan arrogantemente seguros de sí mismos como dioses del Olimpo. Algunos de ellos todavía están aguardando cerca de la Tierra y lo que mejor he hecho es estar donde ellos no se imaginan que estarían. De manera que nos esconderemos donde ellos no piensen que podemos estar. Vamos, Norma.

Sus planes se estropearon cuando bajando las escaleras y al pasar la última cubierta del Lancaster él se detuvo.

—¿Qué ocurre? —dijo ella en un susurro.

El señaló. El escondite que había utilizado lo había transformado en control espacial.

—Esto es lo que han estado haciendo todos esos obreros este tiempo.

—¿Qué hacemos?

—Tengo el presentimiento de que la nave va a partir pronto. Escondámonos en el recinto del cargamento.

Norma se detuvo dudosa.

—Esperemos afuera. Si nos descubren yo podré salir corriendo como un conejo y apartar su atención de usted.

—No.

Norma sacudió la cabeza.

—Sea usted lógico. Ellos saben que yo debo estar aquí. Usted no. Me perseguirán a mí sola.

—Tiene razón.

—Bueno, aquí estamos, ¿estaremos a salvo?

—Creo…

Se interrumpió bruscamente. Su fino oído había captado voces en varias cubiertas más arriba. Habían ascendido por la rampa y llegado al salón. Pudieron oír a un hombre hablando lengua tritonal

Le contestaba Carolyn Niles.

—Hable usted en terrícola.

Farradyne dijo riendo refiriéndose a Carolyn: —Esa es la línea que utilicé. Y me salió bien

— lo decía por el incidente del guardián.

El interlocutor de Carolyn dijo:

—¿Por qué utilizar esa jerga monofónica?

—Sabe usted las reglas. No es bueno olvidar nada, idiota.

—Muy bien, ¿cuál es la contestación?

—Pregúntame en terrícola.

—Muy bien, Alteza. Me refería a la inminencia de su partida.

—¡No sea insolente! Saldremos en cuanto estemos todos a bordo. Y ahora vaya a su trabajo.

El sonido de la voz que sonaba ahora les infundió temor a ambos. Habían estado pendientes de la voz de Carolyn.

—Carolyn Niles, vaya y encárguese de poner… — y aquí una voz tritonal en el cuarto de carga.

La voz de Carolyn respondió:

—Muy bien.

Farradyne susurró:

—Son una partida de indeseables. Hablan siempre nuestra lengua y actúan siempre de acuerdo con sus papeles. Así no se les olvidan.

Otras pisadas se dejaron oír en la rampa y Carolyn preguntó casi al

mismo tiempo.

—¿Cómo va ella?

—Muy bien. Estamos terminando.

—Quiero comprobarlo.

—Muy bien. Vamos abajo. Saldremos en seguida.

—Cogidos —le dijo Farradyne a Norma.

La llevó hasta el cuarto de carga. Cerró la puerta, quitó las luces y retiró una de las lámparas.

—No creo que inspeccionen, pero si lo hacen, al faltar una luz la sombra nos protegerá.

Se colocaron en un rincón y allí se sentaron con los pies en alto no atreviéndose a pronunciar ni una sola palabra. El astronauta sentía la leve respiración de la chica y el roce de su hombro junto a él.

Aguardaron en la obscuridad, tratando de detectar algún ruido, en tensión cuando alguien pasaba ocasionalmente cerca del cuarto de carga por encima de sus cabezas. Se oyeron voces y llamadas y carreras de vez en cuando.

La escotilla que se hallaba sobre sus cabezas se abrió de repente pero afortunadamente no pusieron luz alguna.

Y entonces sucedió lo inesperado: una verdadera lluvia de flor del infierno fue precipitada desde la boca del cuarto de carga. Cayeron formando un montículo dejando a Norma y a Farradyne hundidos en flores hasta los hombros. El aire se cargó del olor dulzón de la planta mientras el piloto sea preguntaba aterrado el efecto que esto haría en su compañera.

La ducha de flores siguió y siguió y Farradyne se vio obligado a ponerse de pie. Todavía cayeron más. Luego cesó aquella lluvia extraña y de modo breve una luz fue enfocada hacia el fondo para hacer una somera inspección.

Farradyne se sintió bastante a salvo de ser visto dada la posición que ocupaba en el cilíndrico compartimiento. Miró a Norma: había escalado la montaña y estaba tendida sobre ella. Tenía los ojos cerrados, su respiración se hacía más y más profunda y sus labios se iban entreabriendo. Miró a Farradyne y sonrió con éxtasis:

—Tienes unos amigos muy amables, Charles.

Él iba a preguntarle si no creía que era una /amistad un poco rara pero desistió.

—No son amigos míos precisamente...

Pero la impresión se hizo mayor y mayor. Farradyne no necesitaba consultar ningún instrumento para saber que estaba despegando. En medio de todo ello la muchacha le cogió la mano cariñosamente, se

acomodó contra su hombro y él no se atrevió a contradecir aquellos gestos ya que lo contrario hubiera producido preguntas y explicaciones que se hubieran hecho en voz más alta de lo que les estaba permitido.

Luego, de repente, la presión cesó y flotaron libres.

Flotaban sobre el colchón de flores casi pegados contra el techo.

Contempló a la chica y decidió que debía dejarla dormir: Empujó la mano de ella y Norma flotó dormida en la obscuridad. Los pulmones se le cargaban del pesado y dulzón perfume. Se preguntó qué efecto tendría sobre una persona una sobredosis de tal droga. No pudo resistir más.

Empujó la escotilla. Todo estaba obscuro. Él tomó una gran bocanada de aire puro para limpiar sus pulmones. Comenzó a sentirse mejor.

Flotaban libremente en el aire del corredor al no tener su traje espacial. Miró a la escotilla y pensó en la chica.

—Bueno, a ti te gusta eso. ¡Respíralo!

Luego, acomodándose en el aire, sujeto a un tirador, pensó en lo que haría a continuación.

XIX

Siguió flotando a lo largo del corredor. Sabía que no era esto la cosa más segura, pero lo prefería a volver al cuarto de carga. No sabía si era el perfume o el miedo a la muchacha lo que le habían arrojado de allí.

Pasó una hora, dos. Farradyne había recorrido ya toda la planta baja de su nave. Se detuvo en el lugar que en la ocasión anterior le había servido de escondite preguntándose si al fin debería esconderse de nuevo.

Decidió no hacerlo y siguió flotando en dirección a las regiones superiores de la nave. En el corredor de pasajeros vio que los indicadores de las puertas que revelaban si su ocupante estaba cerrado por dentro o no, denotaban que todos tenían abierto salvo uno de sus «invitados».

En el diván del salón dormía un hombre que llevaba su traje de piloto. Estaba profundamente dormido, sujeto con el cinturón de seguridad.

Farradyne voló sobre él y agarrándose al cinturón del hombre le proporcionó un sueño aún más profundo con un golpe maestro.

Siguió hasta la cabina de control. Allí estaban las lejanas estrellas. Hubiera preferido quedarse a contemplar el bello panorama pero lo dejó para momentos de mayor paz.

Del pequeño botiquín de la nave sacó un buen rollo de esparadrapo y envolvió las muñecas y los tobillos del hombre con ello, poniendo además un decorativo sello sobre la boca.

A continuación se dirigió a sus propias habitaciones y abrió la puerta lentamente.

Un segundo hombre dormía en este lugar. A éste le bastó con un golpe en la mandíbula. Y con una nueva tira de esparadrapo aseguró la boca y los miembros del personaje.

Con éste iban pues dos.

Consideró detenidamente la situación. Si situación no era buena,

pero a su favor estaba el que todos a bordo desconocieran su presencia allí.

Era como una especie de guerra declarada. Si pudiera cogerles a todos ellos uno por uno...

Abrió el Cuarto número 1. Estaba vacío. Esto arrojaba una luz distinta sobre el asunto. Era probable que el pasaje no fuera completo. A lo mejor sólo había un par de pasajeros.

Abrió el Cuarto número 2 y también estaba vacío. En el tres había un hombre durmiendo. Le golpeó en el cráneo, y se liberó a sí mismo del golpe de la caída del otro izándose ingrávido hasta el techo. El enemigo lanzó un gemido como el de tres locomotoras de repente averiadas.

Para estabilizar su vuelo debió agarrarse a la puerta, luego a algún pasador cercano. Examinó entonces aquella sección, pues con el ruido esperaba que todos los pasajeros vinieran corriendo alarmados.

Una puerta del hall se abrió y de ella salió otro «invitado». Vio a Farradyne y se lanzó contra él Farradyne intentó parar el golpe con la pistola pero el brazo del otro vino a pegar contra su muñeca, se tambaleó y perdió el equilibrio, pero haciendo caer también al otro.

Farradyne se recobró el primero y pudo levantarse a tiempo para derribar al otro con un golpe del cañón de su pistola.

—Toma amigó —espetó.

—No podrás salirte con la tuya, Farradyne.

—Lo intentaré, Brenner. Me alegró verle de nuevo.

Escuchó, no había más ruidos en el corredor y sólo se produjo el que esperaba él. Lentamente se fue descorriendo el pasador y la puerta se abrió. Carolyn Niles apareció con pijama y abrió, parpadeando ligeramente.

—¿Qué es lo... —dijo—. ¡Charles!

—¿Cómo le va? ¿Hay alguien más escondido por ahí?

—¿Cómo llegó hasta aquí?

—Paseando —dijo. Se volvió hacia Brenner—: Estese usted quieto aquí, maestro de escuela. Tengo algo de miedo.

Brenner asintió con la cabeza.

—Ya sé que tiene miedo. Yo también tengo miedo. Miedo de moverme.

—Relájese, pero hágalo lentamente. Vuélvanse y vayan paso a paso hacia el salón. Usted siga al caballero —dijo a Carolyn.

Farradyne siguió a ambos, diciendo a Brenner que si hacía un movimiento en falso sería Carolyn quien recibiría el tiro preparado para él. Subieron lentamente los escalones y se acomodaron en el

salón.

—Carolyn —dijo Farradyne—, vamos a ver cómo ata las manos de Brenner con este esparadrapo.

El seguía apuntando con la pistola y con ambas manos ocupadas le era imposible atar al hombre.

La tiró el rollo de esparadrapo.

—Cójalo.

Farradyne seguía flotando en el cuarto.

Carolyn se dirigió a Brenner que sostenía las' manos en alto y comenzó a vendarle las muñecas.

—Me gustaría hacerlo a mí. Pero creo que eso resistirá hasta que pueda reforzarlo por mí mismo. Carolyn, venga aquí y pruebe a sentarse en esa silla.

Farradyne la ató con esparadrapo a la silla por muñecas y tobillos. Luego aseguró las ataduras de Brenner y sujetó los tobillos de éste a las patas del diván. Comprobó que ambos estaban perfectamente inmovilizados.

Entonces fue a buscar al tercero para subirlo arriba. El hombre estaba luchando contra el esparadrapo y miró con furia al piloto por encima de la tira que le tapaba la boca. Lo condujo al diván junto a los otros y lo dispuso de la misma forma.

Flotando aún fue cómicamente a posarse sobre la barra del bar del salón y allí se sujetó a uno de los utensilios.

—Bueno. ¿No formamos un grupo encantador?

—Déjese de bromas. Farradyne —dijo Brenner.

La sonrisa de Farradyne se esfumó:

—Ahora jugaremos de acuerdo con mis regla» durante un rato.

—¿Cuánto tiempo cree que podrá...?

—Bastante. Ahora mando yo...

—No podrá salirse con la suya.

—Ya lo dijo usted antes. Convénzase, Brenner.

—¿Por qué se molesta? Yo soy quien cuenta.

—Déjese de historias. Me parece que su posición es algo ridícula para tratarse de un conquistador.

—Cuanto antes nos deje en libertad...

Farradyne rió sin humor alguno.

—¿De manera que aún soy su prisionero?

—En cierta manera. No querrá morir sin decir lo que sabe de nosotros. Hará lo que sea para permanecer vivo.

—¡Puede apostar que sí! Y haré lo que sea para aprender más.

—No conseguirá hacerme hablar.

—¿Apostamos algo? No creo que pudiera conseguir nada torturándole pero si en lugar de a usted torturo a Carolyn con el conocido y viejo método de meterle astillas bajo las uñas, hablará usted.

Carolyn le miró fríamente.

—No creo que tenga usted bastante sadismo para hacerlo, Charles.

Farradyne la miró. Odiaba a muerte lo que ella representaba y pensaba que cualquier dolor era poco. Aun así era una mujer.

Carolyn rió cínicamente y Farradyne se dio cuenta de que decía lo que él acababa de pensar.

La miró.

—Tiene bastante sangre fría para vengarse, ¿cree usted?

—No, no la tengo. Pero hay conmigo alguien que sí la tiene.

Salió y cuando volvió se oyó un revoloteo de faldas por el pasillo. Hizo avanzar a Norma y él retrocedió.

Entonces se enfrentó con Carolyn y con los demás.

—Hablando de retribuciones —dijo lentamente—. Quiero presentarles a una mujer que es conocida mía: Miss Norma Hannon. Es una drogada. Lo que es capaz de hacer es responsabilidad de ustedes. Yo quizá soy demasiado tímido. Pero creo que miss Hannon disfrutará con algo violento y emocionante.

El piloto dio media vuelta y llegó al lado del cuarto donde se encontraba Norma. Quitó lentamente el loto de amor del cabello de Norma, y volvió a cruzar el salón para tirar la flor por el recogedor automático de desperdicios.

—Siéntese aquí hasta que la cosa esa le haga efecto. Voy a inspeccionar las innovaciones que han hecho en mi nave estos señores.

Recorrió la nave de punta a punta investigando cada recoveco, cada armario, junta o tubo capaz de cobijar un cuerpo humano. Cuando estuvo seguro de que estaba vacío volvió al salón.

—¿Han hablado ya? —dijo de modo brillante al penetrar en él.

—Farradyne, no puede usted hacer eso —chilló Brenner.

—¿Yo? —dijo sorprendido—. Yo no estoy haciendo nada.

Norma estaba aún en la misma posición que antes pero su rostro iba perdiendo blandura y su atención ya no podía ser captada fácilmente.

—Estoy aguardando —dijo el piloto.

Pero al abandonar la pieza el astronauta sabía que no tendría que aguardar mucho.

XX

El astronauta no prestó atención al extraño aspecto del cielo porque no le decía nada y porque tenía cosas más interesantes que inspeccionar. El pequeño panel auxiliar había desaparecido. Los controles habían sido incorporados al panel principal, de manera muy limpia, como si siempre hubieran estado allí.

Existía también un pequeño metro calibrado arbitralmente con tres colores distintos. La aguja estaba en la parte superior de la zona azul. La aguja de viraje además había sido incorporada al panel principal de mandos.

Estudió detenidamente la instalación.

En la historia de la guerra no había oído nunca de alguien que construyera un aparato en el que hubiera instalado un artefacto que lo hiciera estallar en caso de ser mal utilizado.

Había oído hablar, es verdad, de artefactos que se destruían a sí mismos. Pero esto ocurrió poco después de que el poder militar había descubierto el poder del electrón y se hacían aparatos que eran necesarios guardar en secreto e impedir que el enemigo conociera. De todas formas estos artefactos eran destruidos a partir de un cuadro de mandos tele-gobernado y cuando no había habido otro remedio que abandonarlo. La destrucción se hacía, pues, deliberadamente.

Por tanto estudió con detenimiento la instalación en este caso. No creía morir si utilizaba las palancas en sentido erróneo, o si uno de sus dedos se deslizaba al botón que no debía.

Empuñó la palanca de dirección. Movió hacia adelante. No consiguió nada. Tiró de ella. La palanca no se movía. Entonces decidió ver si giraba. Efectivamente; moviendo suavemente hacia la izquierda pudo hacerla describir un arco de noventa grados. Casi instantáneamente el asiento de la silla se inclinó en dirección hacia arriba y todo el panorama estelar cambió: cada estrella, cada planeta apareció en el sitio que solía.

Farradyne rió alegremente: había sido simple. Farradyne había

pasado muchos años en barras de «Bares del Hombre del Espacio» charlando con astronautas y sabía que por mucho que variaran los cuadros de mandos y los sistemas de un modelo a otro, de un planeta a otro, básicamente todo venía a ser lo mismo. Los botones son botones y no hay que tirar, sino oprimir suavemente. Y las palancas irán hacia la derecha o la izquierda, adelante o atrás pero siempre son palancas. Del mismo modo que un galvanómetro es siempre lo mismo: el principio de él no cambia.

Como su cerebro era altamente práctico Farradyne dejó a un lado esto y comenzó a preguntarse cuál sería su posición en el espacio. Se dirigió al telescopio y alcanzó a ver un débil brillo. Debía ser el Sol, muy lejano, débil y mucho más distante de lo que se veía desde Plutón.

Miró por el periscopio de punto de partida y automáticamente cortó marcha para que las llamas no le cegaran.

De repente le llegó algo así como un grito aterrado y recordó la escena del salón. Esperó: dio al botón de comunicación interior y escuchó preguntándose si podría dejar a Norma actuar por su cuenta y riesgo. La inhumanidad del hombre solía ser como cosa pálida comparada con la de una mujer celosa enfrentada con otra mujer.

—¡Charles, ven y llévate a esta loca! —gritó Carolyn.

Farradyne bajó a saltos las escaleras. Norma estaba en pie ante Carolyn. Sus ojos estaban vidriosos y su rostro frío. Sostenía en sus manos una pequeña botella de ácido que había cogido del taller del piloto y un pincel puntiagudo. Mojó el pincel en el líquido y se acercó a Carolyn con el pincel como si fuera un lapicero.

Farradyne le sujetó la mano:

—¡Aguarde!

Norma le miró con fastidio.

—No me detenga. Voy a escribir «Flor del infierno» en su frente… junto con otras cosas.

Farradyne sintió un sudor frío. Su imaginación se había detenido en aquello de las uñas y quizá en algún cigarrillo aplicado a la piel. Pero no había llegado a pensar en esto.

—¡Llévesela! —gritó Carolyn de nuevo.

—¿Por qué? ¿Quiere usted hablar?

—Hablaré. Hablaré porque no tendrá nunca oportunidad de utilizarlo.

—Usted hable, que yo me las arreglaré como pueda.

Norma se resistió un poco.

—Por favor, Farradyne —le pidió.

—Más tarde. Ahora siéntese y espere.

De mala gana Norma dio media vuelta y se dirigió al diván.

Él se volvió hacia Carolyn.

—¿Qué es lo que pasa y por qué?

—Es una guerra.

—Esto no es una guerra. Esto es sucio sabotaje.. Pero se convertirá en guerra tan pronto como podamos entrar nosotros en acción a nuestra vez.

—Esto es una guerra —insistió—. El proceso no le resultará del todo desconocido. Ya lo han hecho ustedes otras veces. Debilitar al enemigo minando su salud, su resistencia...

—Entonces presumo que drogar mujeres de una raza es una práctica honorable.

—Es mejor que tirar una bomba de mercurita. Mire los hechos, Charles. Nosotros conquistamos primero el espacio. Somos muy celosos. Podíamos haber organizado una invasión a su sistema pero así nos hubiéramos destrozado ambos sistemas. Le diré lo que ha pasado —siguió Carolyn— ustedes nos han robado todo. Su ciencia médica la han robado a nuestra ciencia química, sus ciencias electrónicas, nuestros grandes generadores. Para demostrarnos que aunque comenzaron en segundo lugar la conquista del Universo serán ustedes los primeros.

El la miró cínicamente.

—¿De verdad?

—Nuestras razas provienen del mismo tronco común.

—¿Sí? En el planeta del que venimos la gente habla en forma tritonal. ¿Cómo se explica eso?

—Esto es un carácter represivo. Una mutación.

—Vaya. De manera que justifica usted su actuación.

—Claro, todo el mundo está justificado ante sí mismo.

—Y justifica el drogar a nuestra raza diciendo que eso es mejor que una guerra cara a cara.

—Recuerde usted su propia historia. Incluso antes de la Primera Guerra Atómica todo el mundo se daba ya cuenta de que la guerra no supone sino una bancarrota. Desde entonces ustedes también llevaron sus conflictos de manera solapada, minando la moral de sus enemigos, disminuyendo su resistencia. Así que cuando su gente haya perdido la posibilidad de presentar batalla nosotros nos trasladaremos poco a poco y les dominaremos en vez de tenerles por enemigos. Todo será una estructura ruinosa que tendremos que reconstruir nuevamente.

—Bueno. Parece que lo tienen todo calculado. Todo, salvo que han

olvidado que a alguno de nosotros puede no gustarnos el programa. ¿Y qué pasaría en este caso?

Se oyó un gemido tras él y llegó a tiempo de contener a Norma. Avanzaba hacia Brenner con su botella de ácido en la mano y su pincel.

—No, Norma —dijo Suavemente Farradyne.

—Pero usted dijo…

—Más tarde —la volvió a su sitio en el cuarto y ella se dejó llevar con renovada mala gana.

—Brenner —dijo el piloto—, quiero información.

—Pregunte —replicó Brenner—. ¿Qué podemos perder?

—Datos de navegación. ¿A qué velocidad avanza este chisme?

—A unos seis años luz del Sol. El generador permite una velocidad máxima de unos dos años luz por hora en cifras terrestres. De manera que llévenos a donde podamos quitarnos esto de encima. Pero llévese también con usted a la dama. No quiero que me pongan la cara como una pared pública.

—Se lo merecería usted —pero tomó a Norma por la mano y la condujo escaleras arriba. Ella le siguió como un autómata hasta que perdieron de vista a los otros. En ese momento ella respiró profundamente:

—Charles, ¡ha sido la actuación más dura de mi vida!

Puso la botella de ácido dentro de una caja y luego se dejó caer en el asiento del copiloto. Se recostó tratando de descansar.

—¿Cuánto dura el efecto de esta droga una vez que se olfateado?

—Depende. Pero lo que le voy a decir es exacto: puedo sentir. Es verdad. Puedo recordarlo todo. Y casi tengo pena por ellos.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó él suavemente.

—Débil pero puedo seguir adelante —dijo confidencialmente.

Farradyne la golpeó con la mano en la mejilla. Entonces ella le tomó la mano, oprimió su rostro contra la palma moviendo suavemente la cabeza hacia los lados. Luego alzó la cabeza y la besó.

La muchacha se recostó en el asiento. Sentía fatiga.

—Puedo sentir de nuevo. De nuevo me siento una mujer. Charles. Con algo de miedo porque me estrelles en el espacio. Vamos, vamos a casa para que yo pueda gozar de nuevo de mis sentimientos. J Por favor!

Farradyne la estrechó la mano.

—¡Claro que sí!

Luego se preguntó si realmente estaría en vías de curación. La miró inquisidoramente y el brillo de sus ojos y el color de sus mejillas

hacían esperarlo así.

Se acomodó bien en su asiento y metió a fondo la palanca de dirección. De nuevo las cosas gravitaron en la cabina y ellos se sintieron firmemente comprimidos en sus asientos por los cinturones de seguridad. Del piso inferior les llegó » un gemido, pero a su lado Norma descansaba y seguía sus operaciones de control con interés.

Dos años de luz por hora… Farradyne condujo el Lancaster durante tres horas exactamente hasta encontrar en su radio un brillante punto y una brillante estrella amarilla. Farradyne puso a la nave en dirección a ella y pulsó la palanca hacia abajo y hacia arriba. La estrella siguió apareciendo sin presentar cambio alguno. Con un ojo en el telescopio fue elevando lentamente la palanca. El Sol cambiaba de color pasando desde un profundo azul y violeta hasta un suave rojo volviendo a comenzar de nuevo con todos los colores del espectro. Comenzaba a ganar tamaño.

Farradyne no sabía a qué obedecía este fenómeno de color y ningún físico solar podría decirlo. Pasarían muchos años hasta que alguien diera con la causa.

Pero aparte las teorías futuras, el Sol iba creciendo de tamaño como un balón de juguete hasta que llegó a producir miedo al piloto. Entonces inclinó la palanca hacia abajo y el Sol quedó atrás de nuevo convertido en el familiar disco dorado y de un tamaño como el que tenía visto desde Marte aproximadamente.

Farradyne se orientó gracias a su conocimiento de la bóveda celeste, consultó el libro del Hombre Espacial y enfiló un gran punto obscuro.

—A casa —dijo.

Dos años luz en una hora… Farradyne tomó el computador e hizo algunos cálculos. Regresó al asiento, dirigió al Lancaster hacia la Tierra y balanceó la palanca contando sólo algunos segundos.

—Tierra a la vista —dijo a sus prisioneros—. ¿Quién quiere hacer una apuesta?

Brenner le respondió.

—De acuerdo. Su vida contra la nuestra.

—¡Hecho!

—No quiere cobrarse antes de tiempo. Todavía no está usted al frente de un escuadrón de bombarderos espaciales.

XXI

—Norma, vaya abajo y vea si nuestros invitados siguen atados a sus asientos. Quiero aterrizar sin interferencias.

Norma asintió y se dirigió al piso inferior.

—Todavía están seguros —dijo al volver.

Farradyne replicó:

—Enterado. —Y pasó a hacer su primer contacto de radar con la Tierra. Desaceleró de acuerdo con la maniobra y la aguja del integrador marcó cero informando al piloto que a cero separación de la superficie del puerto espacial correspondería cero en la velocidad leí Lancaster.

Entonces Farradyne conectó la radio y llamó:

—Torre Washington. Aquí Lancaster Ochenta y Uno pidiendo instrucciones para aterrizar. Registro Seis Ocho Tres. Pilota Farradyne.

—Torre a Seis Ocho Tres. Tome el Faro Nueve a veinte mil, Zona de Aterrizaje Cinco. Tráfico cero-cero. Pero ocho, repito, ocho Guardias Espaciales están en formación a sesenta mil. —La voz cambió ligeramente de tono—. Guardia Espacial. Código Watchung, llamando a Watchung.

—Watchung a Torre, adelante.

—Torre. Watchung, sepárese de faro Nueve. Hay un Lancaster Ochenta y Uno llegando. Dé posición y línea.

—Watchung a Torre. Posición azimut seis siete cero, altitud sesenta mil, distancia nueve millas. Línea veintisiete Norte azimut. Abandonamos el Faro Nueve para el Ochenta y Uno. ¿Cotejamos?

—Cotejamos y enterado. Watchung. Torre a Seis Ocho Tres: ¿Oyó usted eso?

—Enterado —dijo Farradyne.

—Watchung a Seis Ocho Tres: Identifíquese piloto.

—Aquí piloto Farradyne, Watchung.

—Enterado. Watchung Five toma el mando de Seis, Siete y Ocho. Póngase en línea de alerta a doscientos mil pies. Watchung Dos Tres y

Cuatro sigan al Seis Ocho Tres y lleguen todo a la Zona Cinco de aterrizaje. Farradyne, prepárese para tener escolta.

—Me niego, Watchung. Pido razones.

—Prepárese para una inspección, Seis Ocho Tres.

Farradyne gruñó enfadado y dejó a un lado las formalidades de radio.

—¿Por qué?

—Porque es usted sospechoso de traer un cargamento de flor del infierno.

Desde el salón le llegó una risa cínica.

—Bueno, va a permitir que le dé su merecido su propia gente. Con un cargamento de loto, operando con una licencia falsa, con un registro dudoso. ..

Farradyne sabía lo que quería decir Brenner. Bien amarrados en aquella nave iban Carolyn Niles, hija de una honorable familia de Mercurio y un respetable maestro de escuela llamado Hughes. Probablemente habría más testigos preparados para declarar contra él. Se preguntó cómo se las habían arreglado para lograr esto, porque ellos no esperarían perder tan de prisa la nave aquella.

—Seis Ocho Tres, responda.

—No sé nada de esa acusación y pido explicación.

—No hay acusación. Tenemos una carta anónima. No se le acusa de operaciones ilegales, se sospecha solamente. ¿Permitirá la inspección?

—¡No! —exclamó Farradyne furioso—. ¡Me niego!

—Watchung: intercepte el Seis Ocho Tres. Prepárese a hacer fuego.

—¡Fuego y demonios! —exclamó el piloto. Empuñó de nuevo la palanca e hizo virar la nave que se alejó rápidamente de la Tierra. Volvió a poner la radio; estaba silenciosa.

—Dese por vencido, Charles —gritó Carolyn desde abajo.

—¡Váyase al infierno!

Brenner dijo:

—Podría hacerlo, Charles. Le van a coger de todas maneras. No podemos perder.

—¿Y qué pensaría si les arrojo al espacio junto con el cargamento?

—No podría hacer eso. Lo pudo hacer con Cahill que no era un pasajero registrado pero yo sí lo estoy y cuando las autoridades vean que no estoy le pedirán explicaciones.

—¿Entonces qué es lo que sugiere? —preguntó cínicamente el piloto.

—Ríndase y entréguenos la nave. Será usted detenido en calidad de

prisionero entre los suyos.

—¿Condenado a qué tipo de labor? ¿Cultivar flor del infierno?

—Nada de eso. Ni lo consideraríamos ético.

—¿Qué clase de ética endemoniada tienen ustedes?

—No discutamos ética ahora. Ríndase y será usted enviado a un planeta parecido a la Tierra con todos los derechos de libertad salvo el de volar por el espacio.

—No, gracias —dijo secamente Farradyne—. He tenido bastante con los cuatro años de cultivar setas.

—Charles —gritó Norma en este momento—.

¡Venga aquí! ¡Rastro de radar!

Farradyne llegó a tiempo de ver la larga línea verde. Miró por el telescopio. Al extremo de la línea estaba una nave espacial o bien la misma nave interestelar que ya le había perseguido o una nave gemela. Se iba acercando rápidamente.

El piloto se dejó caer en la silla y se sujetó el cinturón, hizo describir al Lancaster un ángulo de noventa grados y puso de nuevo la palanca de ultra velocidad. Diez segundos después volvió a la velocidad normal, describió otro ángulo y puso de nuevo la ultra-velocidad.

Aquí hizo una pausa para a continuación dirigir la nave entre las órbitas de Júpiter y Saturno.

—Norma —dijo después de haber consultado el cielo para asegurarse de su relativa libertad—, ¿quién es el jefe de Howard Clevis?

—Howard despacha directamente con Solon Forrester.

—Muy bien. ¿Cómo podré llegar hasta él?

Del piso inferior llegó la respuesta:

—Con una flor del infierno en el ojal. Vaya usted al despacho de su cuarto secretario y pida audiencia.

De nuevo volvió al radar. Miró por el telescopio y vio de nuevo la nave interestelar.

De nuevo intentó jugar del modo que lo había hecho anteriormente. Al terminar la maniobra no se hallaba muy lejos de Mercurio.

—¿Se divierte? —preguntó Brenner.

—¡Cállese! —le gritó el piloto.

De abajo le llegó una conversación tritonal a ritmo rápido.

Farradyne tragó saliva mientras contaba los segundos por el gran cronómetro de pared.

La línea de radar se acercaba a él.

Deliberadamente Farradyne dirigió la nave hacia la Tierra.

—Ahora verán.

La Tierra, de un color amarillo verdoso creció en tamaño más y más pero la velocidad de la nave era ahora tan fantástica que cuando quiso darse cuenta había dejado atrás al planeta por varios cientos de miles de millas… a dos años luz por hora era muy difícil determinar exactamente cuándo detenerse. La velocidad que llevaba era suficiente para llevarlo del Sol a Plutón en sólo un segundo.

Palmeó a Norma en el hombro.

—No sé si lo lograremos.

Dio media vuelta de nuevo al Lancaster. Una vez más la Tierra apareció, con sus colores caleidoscópicos, luego grande como un monstruo y de nuevo otra vez atrás.

Farradyne no sabía qué hacer.

—Es posible que esto pueda controlarse por el generador que pusieron abajo.

—¿Pero qué es lo que vamos a hacer?

—¡Ir de cabeza a la Tierra!

El piloto dispuso todo para caer verticalmente sobre la superficie de la Tierra, elevó la velocidad a cuatro gravedades. La nave interestelar que seguía tras él se encontró ahora enfrente. Trataban de interceptarle el paso. La nave crecía de tamaño y detrás de ella la Tierra. La radio comenzó a sonar. Farradyne cogió el micrófono y aulló casi:

—Vengan y agárrenme muchachos.

—Deténgase o hacemos fuego.

—Bien, comiencen a disparar aquí y en seguida vendrán los guardias espaciales de la Tierra a preguntar por qué son los fuegos artificiales.

—Deténgase.

—No.

—Una última advertencia. ¡Deténgase!

El Lancaster aún giró más hasta quedar totalmente en línea con la nave interestelar. Cáusticamente Farradyne sugirió:

—¡Vamos, disparen! Se van a encontrar su propio salón lleno de cascotes si lo hacen.

No mentía. El Lancaster estaba en línea de colisión con la nave espacial interestelar y los fragmentos les alcanzarían de todas maneras destrozando la suya propia o averiándola gravemente.

—¡Maldito…!

Al mismo tiempo el puerto había disparado un torpedo reptante.

Apretando los dientes, el piloto observaba la trayectoria que describía el proyectil. Seguía y seguía tras el Lancaster, pero de repente viró evidentemente captado por su enemiga la nave interestelar.

La enorme nave brillaba en la bóveda celeste y de repente dejó de ser un obstáculo. El cielo seguía apareciendo claro... Excepción hecha del proyectil que seguía buscando su objetivo. Había descrito un amplio círculo tras del Lancaster y ahora se acercaba por detrás. El proyectil debía de marchar a una velocidad de varios miles de gravedades.

—Agárrese al asiento —le gritó Farradyne a Norma.

Luego hizo ascender la velocidad de la nave a seis gravedades y le hizo cambiar de dirección. La inmensa llama que proyectaba la parte posterior de la cápsula aumentó en longitud y quedó perfectamente en línea con la dirección que traía el proyectil.

El tal, incapaz de comprender la maniobra, se precipitó sobre la llama posterior. Esta provenía de la pila atómica y destruía la cohesión molecular. La palabra «calor» no tenía en este caso significado ninguno hasta que algo masivo llegaba a absorber toda aquella energía.

El proyectil absorbió este energía y fue prácticamente bombardeado por la parte posterior de la cápsula del Lancaster. Se fundió en medio de las llamas.

Se produjo una tremenda claridad. Fue como una monstruosa señal luminosa. Eso fue todo.

Farradyne cortó algo la velocidad, volvió a un nivel más confortable y dejó que su cuerpo se relajase.

Frente a ellos la Tierra apareció casi del tamaño de una luna. De nuevo, sin embargo, pudieron ver la larga línea verde que en la pantalla denunciaba que se les seguía. La nave interestelar se había puesto en su persecución de nuevo. Y de nuevo lanzó contra ello un torpedo.

—No lo logrará —aulló la radio.

Farradyne lanzó una carcajada por el micrófono y lo cerró.

—Es posible que no. Pero no terminaremos como cobardes.

La Tierra aparecía más y más grande y la distancia entre la nave enemiga y el Lancaster disminuía de segundo en segundo.

El piloto rió y Norma le cogió una mano aprehensivamente.

—Saben que vamos a anularles de nuevo el torpedo pero saben también que tenemos que actuar en una posición que nos impide la maniobra de aterrizaje.

—Probablemente tienen a alguien situado en la otra parte del

planeta para que nos corte el paso por allí.

Sin embargo, aunque el enemigo debía haber estado, tras la anulación del segundo torpedo, al otro lado de la esfera, como había cambiado la línea recta por una larga elipse el enemigo no pudo llegar a tiempo de interceptar sus movimientos. Pero de nuevo le fue imposible aterrizar.

Tres veces dieron la vuelta a la Tierra. De repente Farradyne vio la oportunidad de lanzarse en picado sobre la superficie terrestre.

A uno de sus lados brillaba algo lejano y la radio transmitía ciertos sonidos que el piloto no tuvo tiempo de analizar. En la distancia se distinguía un chorro de vapor lanzado por un jet. Farradyne estaba enormemente atareado tratando de dirigir la nave hacia la orilla del lago Superior, e inspeccionaba los controles, el autopiloto, mientras hacía el cómputo a través del altímetro de radar.

La llama penetró dividendo en dos las aguas del lago y lanzando hacia lo alto un enorme chorro.

El auto piloto se detuvo al penetrar el Lancaster en las profundidades y luego lo lanzó de nuevo hacia la superficie.

Farradyne abrió la escotilla del tanque de agua y dejó que las aguas del lago penetraran allí.

Farradyne aguardó hasta que poco a poco el Lancaster descansó por la cola en el fondo. Luego dejó penetrar agua lateralmente y lógicamente el Lancaster se inclinó de un lado yendo a posarse suavemente contra la orilla.

Un pequeño pez pareció asombrado de tamaña cápsula.

—Bueno, aquí estamos. Es un viejo sistema que me enseñó mi padre. Se utiliza poco.

Luego añadió:

—Me parece que vamos a estar un poco húmedos.

Abrió la radio y cogió una estación local. Aguardó relajado en su asiento hasta que la música cesó y una voz comenzó a decir:

«—Las últimas noticias de la búsqueda en todo el sistema de Charles Farradyne. Todavía prosigue la búsqueda para capturar al agente de flor del infierno Charles Farradyne. Parece ser que se ha encaminado hacia Norteamérica según los informes recibidos, unos oficiales y otros no.

«Farradyne está acusado además de complicidad con la desaparición de Howard Clevis, alto cargo del ASD. En algunos círculos se tiene sospecha de que Farradyne sea algo más que un simple agente del loto. Incluso se ha indicado que pueda ser el propio Gran Agente.

«Se dice que se le ha interceptado y que ha sido detenido. Sintonicen más tarde con esta estación para conocer las últimas noticias.»

La música volvió.

XXII

—Muy bonito —comentó Brenner.

—Eso creo —le respondió Farradyne bastante fríamente.

La sonrisa de Brenner le daba al piloto ganas de abofetearle.

—Me alegro de que lograra aterrizar. No me gustaba la idea de morir en el espacio. Ahora que estamos aquí nos será fácil capturarle.

—Déjese de chistes, Brenner, Aún no me han cogido.

—¿Por qué no desiste? Piense usted en lo lejos que está de los hombres que le podrían escuchar… si es que usted consiguiera llegar hasta ellos.

—Mire, Brenner. No dudo de que tenga usted cómplices en muy altos cargos, pero no creo que todos sean de los suyos.

—Y como puede usted saber quién es quién? —se rió Brenner—. No podría salir usted del embrollo.

Carolyn se despertó. Farradyne la miró cuando ella hubo abierto los ojos.

—¿Dónde estamos?

—No se lo diría ni por una apuesta. Debe ser usted telepática además de politonal.

Farradyne pudo ver que alguien hacía un falso movimiento. Los otros dos hombres intentaban moverse dentro de sus ataduras de esparadrapo y hacían gestos extraños por encima del apósito que les cerraba la boca tan limpiamente.

—Cállense —ordenó Farradyne.

Brenner se interesó:

—¿Cómo espera salir de ésta?

—Tengo algunas ideas.

—Con todas las salidas cerradas. En cada carretera le deben estar aguardando. Y aunque consiguiera llegar a una oficina del ASD sin que le peguen un tiro, ¿cómo les convencerá del papel que usted ha desempeñado?

—Algunas veces es preferible comenzar por el principio y ver cómo

van saliendo las cosas. La idea es hacer mucho ruido para que una gran parte de la población le pueda escuchar a uno.

Brenner rió:

—Y piensa usted que puede convencer al público.

—A lo mejor queda usted sorprendido.

Encendió un cigarrillo y se acomodó.

—Esperaremos hasta que se haga de noche para mayor seguridad.

Hora a hora la radio iba dando noticias acerca de Farradyne, anunciando que estaba acorralado. Servicios de radar y escuadrones de radio cubrían Norteamérica, en especial la zona del Oeste Medio. Alguna nave enemiga debía haberles proporcionado la última información: «Charles Farradyne, al que se acusa de muchos cargos como agente de la flor del infierno, ha sido acusado de la desaparición de Carolyn Niles. Su padre ha informado que Carolyn no ha regresado a casa después de una cita que debía celebrar con el criminal. Este es un comportamiento normal en un tipo de su calaña. ¡Tengan cuidado! El hombre está acorralado y desesperado. Podría tirar a matar o bombardear un pueblo entero al ver comprometida su libertad.»

Brenner y Carolyn ni siquiera le miraron. La situación era clara. Farradyne y su bandera blanca hubieran sido hechos trizas antes de pronunciar la primera palabra.

Pero ahora se había hecho de noche. I.as estrellas brillaban en el firmamento y danzaban reflejadas en el agua. La radio seguía con sus informes. Y las patrullas de policía se agitaban de acá para allá. En el aire se cruzaban sus indicaciones y órdenes. Farradyne fue apuntando en un mapa sus llamadas y posiciones. Las patrullas de tierra y aire batían una zona muy amplia y lo mismo los escuadrones espaciales. Oía también llamadas distantes que significaban que en todas partes se llevaban a cabo las mismas operaciones de vigilancia.

Consultó luego su mapa y deseó fervientemente haber anotado todas las posiciones… Luego, con precaución, levantó el morro del Lancaster fuera del agua y enfocó su radar. Aparecían puntos en la distancia aquí y allá, un par de puntos por ejemplo se detectaban a pocas millas de él. Esperó a que desaparecieran de la pantalla.

Utilizando la energía justa para trasladar el Lancaster lo fue a colocar en un sitio más abrigado a pocas yardas de una carretera estatal. Los árboles le resguardaban y no podía ser visto fácilmente mientras las colinas impedían que fuera detectada por medio del radar.

Eran casi las dos de la mañana cuando un camión pasó por aquellas carreteras. El conductor vio un cuerpo femenino tendido allí

en medio y se detuvo. De su cuerpo parecía manar sangre y desde luego una de las comisuras de sus labios destilaba algo rojizo.

El conductor bajó con su ayudante y se arrodilló junto a la mujer. En seguida sintió el fuerte olor del kétchup.

—Bueno. Esto no es sangre.

Farradyne salió de dentro los árboles.

—Será mejor que nos dejen el camión.

Comprendió que los hombres le reconocían nada más verle. Todas las agencias del sistema solar debían estar lanzando fotografías y fotografías del piloto.

—¿Qué es lo que va a hacer Farradyne? ¿Nos va a mandar al otro barrio? —dijo el conductor tranquilamente.

—No. Sólo quiero el camión.

—¿Está usted algo nervioso?

—Posiblemente. ¿Cuál es su nombre conductor?

—Morgan. Este otro es Roberts.

—Morgan lleve el camión hasta aquella arboleda y Roberts será un buen chico mientras tanto y ayudará.

—Contente, Al —rogó Roberts.

—Lo haré. Pero creo que de todos modos lo lograremos.

—Bueno, actúen como si creyeran que lo iban a lograr. No tengo ni tiempo ni paciencia.

Morgan llevó el camión hasta la arboleda y comenzó a descargar Farradyne dirigió la operación pistola en mano.

Les llevó una hora todo aquello. Cuando el camión estuvo vacío acorraló a Morgan contra él.

—Norma, ate las manos a este hombre con esparadrapo. Póngaselas en la espalda.

Mientras ella lo hacía así él ató las manos de Roberts. Cada hombre sabía que su vida dependía de la del otro. Y aunque hubiera querido hacer un falso movimiento para escapar tenían miedo de lo que podía sucederle al compañero.

Sus rostros reflejaron contento cuando vieron que comenzaba a salir del Lancaster la carga y que las blancas flores, causa de tanto daño, comenzaban a caer en la caja del camión.

Farradyne les dejó allí quietos sentados en el suelo, cuando el traslado estuvo acabado.

Junto con Norma se dirigió al salón y se encaró con Brenner.

—Es mejor que se lo tome con calma, Brenner Es inevitable.

La radio le hizo detenerse.

«—Señoras y caballeros: éstas son las últimas noticias. La busca y

captura en todo el sistema solar de Charles Farradyne está llegando a un punto crítico. Se nos informa que el rey de los agentes de drogas se esconde en la región del lago Superior y todas las fuerzas se dirigen hacia esta área. Ha sido llamado un comité especial del Departamento Solar de Antinarcóticos para que se enfrente con el problema y cualquier información relativa a Charles Farradyne debe darse al teléfono Uno Mil Asd.

»Esta información es libre y sabemos que Farradyne nos escucha. El ASD nos pide pues que leamos el siguiente anuncio:

»¡A Charles Farradyne: cincuenta mil dólares por su captura vivo o muerto! No puede usted escapar. Las fuerzas que rodean el lago Superior aumentan de minuto en minuto. Sin embargo, esta recompensa de cincuenta mil dólares se la entregaremos a usted mismo si se entrega para que sirva para pagar su defensa.

Farradyne gruñó:

—Muy sabroso. Son unos agentes muy competentes los de ustedes. ¿Creen ustedes que me entregaré? Me parece que haré las cosas a mi manera. Vamos, Norma.

Norma se sacó uno de sus altos zapatos y avanzó hacia Brenner mirándole fijamente. El enemigo intentó hurtar la cabeza, pero Farradyne se dirigió hacia él y se la sujetó entre las manos. Norma descargó un tremendo golpe con el tacón contra la mandíbula del otro.

Brenner se tambaleó y la huella del tacón quedó marcada en su rostro como un agujero de sangre y barro.

Farradyne tomó a cuestas a Brenner y lo llevó afuera. Acomodó a Brenner en el asiento del ayudante y puso a Norma en el asiento del conductor. Norma cogió el esparadrapo limpio y nuevo del botiquín del conductor, quitó el esparadrapo ya usado de las muñecas de Brenner y las reemplazó por el esparadrapo limpio y nuevo.

—También los tobillos.

Norma lo hizo así. Luego miró a Farradyne.

—Tengo miedo.

—Lo sé. Pero tiene que ser fuerte hasta que todo haya pasado.

Ella sonrió.

—Charles, deséeme suerte.

El la despidió con la mano y ella puso el coche en marcha con tal violencia que hizo rechinar los dientes a Morgan.

El camión salió carretera adelante.

Morgan preguntó:

—¿Qué es lo que tenemos que hacer ahora?

—Esperaremos en la nave espacial —dijo Farradyne—. Vamos a sumergirnos de nuevo.

Roberts gruñó:

—Espero que nos guste el viajecito. Nunca había estado en una nave espacial.

Subieron la rampa y llegaron al salón donde pudieron ver a Carolyn y a los otros prisioneros.

—¡Vaya! Buena colección tiene usted aquí. Esta es Carolyn Niles.

—Sí —replicó Carolyn—. ¿Van a hacer ustedes algo?

Morgan la enseñó sus ataduras.

—No por ahora. Este hombre tiene ideas muy personales.

Farradyne sonrió y les dejó allí. Luego volvió a poner el Lancaster bajo las aguas del lago.

Cuando volvió, Morgan hizo un comentario.

—Es posible que no vuelva usted a ver ni a la chica, ni al camión ni a las flores.

—A lo mejor es eso lo que pretendía.

—¿Y qué pasará con la dama?

Farradyne se echó a reír.

—Es de lo mejor de nuestra sociedad. Cualquiera que intente algo contra ella está perdido.

Algo divertido comprobó la expresión de los hombres que le miraban en silencio. Sentían evidentes ganas de golpearle. La expresión de Carolyn, sin embargo, tenía algo de admirativa. Sabía muy bien que Brenner estaba perdido.

Farradyne encendió un cigarrillo y esperó. Carolyn intentaba separar las muñecas de los brazos del sillón al que estaba unida. Morgan blasfemaba viendo el ajetreo de la muchacha y la preguntó si Farradyne la había hecho daño.

—Todavía no. Soy inmune a la flor del loto.

—Bichos —dijo Farradyne—. Son inmunes a su propio veneno.

Pero esta frase no significó nada para los conductores. Ellos hubieran preferido derribar a golpes al piloto.

Les oyó cómo discutían acerca de él. La primera frase la pronunciaron mirando de reojo en dirección a él. Luego vinieron numerosas observaciones sobre lo que habría sido su infancia o qué podía haberle conducido a tan infamante conducta. Carolyn apoyaba y ampliaba lo que los conductores decían.

La radio comenzó a dar nuevas noticias poco después:

«—Ultimas noticias sobre la captura de Charles Farradyne: En la última media hora ha sido capturado un camión lleno de flor del

infierno. La detención fue hecha por una patrulla del Estado. Lo conducía la señorita Norma Hannon.

»Miss Hannon estaba en un estado nervioso lamentable y a punto de colapso tras varios días de prisión en manos de la banda del loto y brutales asaltos físicos. El conductor del camión tenía una licencia expedida a nombre de Walter Morgan, pero la Información del Bureau de Identificación le señala como Lewis Hughes, alto profesor de Historia antigua del Des Moines College. Durante la lucha Miss Hannon consiguió hacerse con el criminal golpeándole con un zapato en la mandíbula. Luego le ató...

Farradyne rió:

Vean ustedes.

Morgan exclamó:

—¡Mi licencia!

Roberts gritó:

—¡Nuestro camión!

Carolyn dijo:

—¿Y qué va a hacer usted Charles?

«...con esparadrapo —siguió la radio—. Morgan o Hughes está detenido esperando su definitiva identificación. Se le acusa de tráfico de flor del infierno, asalto, robo, y conducir un camión estatal con una licencia impropia.

»Miss Hannon se desmayó tras haber sido recogida por la patrulla. Sus declaraciones serán tomadas por la ASD tan pronto como se recobre. El punto de hospitalización ha sido guardado en secreto por los del ASD, que confían en poder detener pronto a Farradyne. Sé nos dice que Hughes o Morgan están dispuestos a declarar.»

—¡Ah! —dijo Carolyn.

—¡Vaya! Le salieron bien las cosas, ¿no, Farradyne? —preguntó Morgan.

Farradyne ignoró a Morgan y se dirigió a Carolyn:

—A menos que a Norma le interrogue alguno de su banda ,esto es el fin de ustedes, pequeña.

—¿Cuánto tiempo la creerán después de descubrir que ella es una drogada?

—Es posible que no lo sea.

La chica se echó a reír.

—Todo el mundo sabe que no existe cura.

—Bueno, y qué me dice de nuestro gran tipo Brenner-Hughes-Morgan.

—¡Eh —chilló Morgan—, a mí no me metan en líos!

—Lo siento. No quería incluirle, Walter.

Carolyn dijo con confianza:

—Brenner es uno de nosotros. Morirá si es preciso por nuestra causa…

Luego recordó la presencia de ambos hombres que estaban algo confundidos por el diálogo. Pero no concluyó la frase. Farradyne comprendió que en la actuación de sus enemigos iba mezclado un ciego patriotismo que les llevaba a matar a aquél que sabía demasiado… como en el caso del *Semíramis*.

Una linterna gigantesca proyectó su haz sobre el lago en aquel momento. Abandonó el salón y salió disparado hacia la cabina de control. Pudo distinguir los grandes faros de un camión. El haz de luz cruzó de nuevo las aguas y apenas hizo destellar el extremo de la antena. El camión se detuvo, enfocó la poblada orilla y luego penetró precedido de su linterna entre los árboles.

La música de la radio se interrumpió de nuevo.

«—Señoras y caballeros. Les ofrecemos un magnífico reportaje. John Budy, nuestro locutor de acontecimientos especiales se ha unido a las fuerzas que llevan a cabo la búsqueda de Farradyne en el lago Superior. Se espera que la captura sea reñida. John Budy se lo relatará a ustedes desde el terreno. ¡Adelante, Budy!

»¡Halo! Habla John Budy. Nuestro convoy de camiones, armas y radar parece un convoy de guerra. El arsenal es de lo más completo, desde azadas para cavar trincheras hasta rifles del uno cincuenta y cinco. Llegamos a un punto del lago Superior que debe estar muy cerca de donde se refugia Farradyne.

»Sobre nosotros vuela un escuadrón de bombarderos. Se cree que Farradyne ha sumergido la nave. Un submarino de la vigilancia de los Grandes Lagos equipado con el más moderno material comenzará su localización.»

Segundos después el Lancaster resonó como un trueno. Había ocurrido una explosión submarina.

—Ya se ha dejado caer una de las cargas —explicaba Budy lleno de excitación—. Quizá… pero esto es sólo una esperanza. No. Se ha cubierto toda el área de la explosión y Farradyne no se encuentra en esa zona.

¡Ping! ¡Ping! ¡Ping!

Oyó zumbar el proyectil —uno o varios— lanzados al azar. En el cielo se dibujaban los rastros de los bombarderos. Las linternas gigantes de los camiones estaban enfocadas hacia el lago.

¡Ping! De repente el sonido cambió de tono y Farradyne

comprendió que el submarino se acercaba.
«¡Norma! Explícalo todo, estés donde estés», fue su pensamiento.

En la orilla se produjo un fogonazo anaranjado. Segundos más tarde el Lancaster sufrió una tremenda sacudida. Las manos de Farradyne se apoyaban desmayadamente en los mandos. Podía huir de allí, escapar a todo esto empleando Ja ultra-velocidad. Más rápido que la luz desaparecería bajo el fuego de los perseguidores. Podía estar escondido en el espacio una semana y volver después de que Norma hubiera explicado todo.

Pero esto era erróneo. Tenía un artefacto en sus manos arreglado por el enemigo y prisioneros que podían explicar cómo funcionaba todo aquello. Pero esto no sería ni más ni menos que el primer paso para una guerra interestelar. El enemigo no permitiría que el Sol diera el segundo paso. Comenzarían entonces las bombas de mercurita a funcionar y todo terminaría con la muerte o Ja esclavitud. Años y años más tarde todo lo que quedaría de ambos sistemas serían sus ruinas por no haber podido convivir ni permitir la supremacía del otro.

Otro disparo hizo conmoverse al Lancaster.

La radio seguía y seguía con sus noticias.

—Están evacuando la zona. Farradyne será capturado en media hora. Se utilizarán bombas atómicas.

Carolyn rió de modo histérico y Farradyne bajó a echar una ojeada.

Morgan y Roberts cayeron sobre él y le arrastraron escaleras arriba. Le ataron a la cubierta y le tuvieron allí. Carolyn se alzó contra él.

—No nos importa morir, dijo. ¡Si muere con nosotros! Usted y su dinero y sus condenados oficiales. ¿Permitirle rendirse? Nunca. Empezaría un nuevo juicio y le absolverían.

El Lancaster retembló de nuevo.

Farradyne se revolvió contra sus captores. Había sido un tonto al amarrarlos juntos.

—¡Déjenme! Al menos podremos escapar a este bombardeo.

—Cállese la boca.

Otra nueva conmoción que sonó como un trueno.

Carolyn rió por encima de su débil voz.

La radio siguió:

—La nave espacial de Farradyne ha sido localizada y se hace fuego sobre ella. El criminal intenta un último movimiento desesperado pero, sí lo hace, tras él irá la Guardia Espacial ya preparada.

Farradyne miró a Carolyn y vio la excitación pintada en sus ojos.

Entonces, de repente, la radio cambió de tono y una voz clamó con nerviosismo:

—¡Atención! ¡Atención! Escuchen todos atentamente. Orden de la Oficina del Subsecretario de Defensa Solar. Habla el subsecretario Marshall Witre. Toda persona, con o sin cargo oficial, militar o civil es responsable de que a Charles Farradyne no le ocurra absolutamente nada así como al Lancaster Ochenta y Uno de su propiedad. Es una orden de «Alto el fuego». Todos los ciudadanos están obligados a prestar al piloto cualquier tipo de ayuda que solicite, sea maquinaria, protección, material, etc., de manera que pueda entregar su aparato al Arsenal Terrestre de Terre Hante, Indiana.

Morgan miró a Farradyne con desconfianza.

Carolyn gritó:

—Tiene amigos bien colocados, ¿eh?

Roberts escupió al piloto a la cara.

Pero la voz del subsecretario siguió hablando:

—Miss Norma Hannon, antigua aliada al agente secreto Clevis Howard ha presentado pruebas irrefutables de que el tráfico de flor del infierno formaba parte de un insospechado complot contra la humanidad entera, hecho por habitantes de una cultura extrasolar. Como la nave de Farradyne contiene el dispositivo que permite correr a mayor velocidad que la luz...

Farradyne se libró de las garras de los conductores.

—Váyanse al infierno y no dejen que un enemigo se apodere de la nave.

Pero el otro se lanzó contra él y de un puñetazo le hicieron retroceder. Farradyne viró en redondo y lo arrojó contra el pequeño bar. Era Roberts.

—¡Vigílenla! —chilló Farradyne a Roberts, que se recuperaba del golpe. Luego siguió a Morgan por las escaleras: había un piloto enemigo en la nave e intentaba ponerla en movimiento.

Los dos hombres penetraron como rayos en la cabina de control levantaron al piloto de su asiento. En una mano Farradyne llevaba un martillo. Con la otra agarrotó al enemigo por la garganta.

Farradyne volvió a la silla del piloto y empuñó los mandos. Poco después el Lancaster se dirigía como una flecha hacia Indiana.

En la cabina de control se registraron algunos fogonazos. Las fuerzas terrestres habían tomado contacto con el enemigo.

Dio la vuelta a su sillón de piloto al sentirla llegar por las escaleras.

Carolyn se defendía con uñas y dientes intentando subir.

—¡Tengo que verle! —chilló—. Roberts aún se estaba recuperando del golpetazo.

Farradyne dijo con sorna.

—¿De manera que no podría salir del embrollo?

Carolyn se encaró con él.

—Pobre tonto. Ha cavado su propia fosa.

—Cállese, Carolyn. No tiene alternativa alguna. Ya sabremos defendernos.

—Pero usted no puede…

—Claro que puedo. ¿Por qué cree que me dirijo al arsenal? Cogeré una carga de mercurita y acabaré con su sistema. Ojo por ojo…

—Tampoco usted ofrece alternativa alguna —susurró.

—Ríndase sin condiciones.

—Y ya sabe lo que eso querría decir.

Farradyne miró a la muchacha. La ley del tabón era válida cuando algo o alguien podía controlarla, lo cual no era posible. De manera que las injurias luego iban devengando tantos réditos.

Y cada vez era peor.

No había necesidad de tanta ruina. Debía mantener un camino mejor que condujera a la integración. Lo mismo había pasado a mediados del siglo xx y había sido el principio de una Tierra mejor.

—Ríndase. Luego nos dirigiremos a donde los suyos y haremos allí tantas víctimas como ustedes han hecho entre nosotros: mujeres, maridos, niños, llevaremos el hambre, la ruina y la peste como ustedes han hecho aquí.

—¿Qué quiere que haga yo? Usted es el piloto.

—No. Yo no soy responsable de todo esto, ustedes comenzaron. Ahora no debe importarles cómo termine el juego. ¿Qué piensa ahora de la carga de mercurita?

La muchacha vio en el rostro del hombre plena determinación.

Cogió el micrófono y comenzó a cantar. Su voz tritonal se elevó y luego comenzó a hablar rápidamente.

Se volvió hacia él.

—Usted gana. Siempre termina usted ganado.

Y es posible que me alegre de que todo haya pasado.

XXIII

Farradyne contempló el pálido rostro casi tan blanco como las sábanas de la clínica. Norma le miró a su vez. Sonreía débil pero francamente. El la oprimió la mano de modo suave.

—Tranquilízate Norma, todo ha pasado.

—¿Estás seguro?

—Claro que sí. El doctor Fawcett me dijo esta mañana que están en vías de curación.

—Me siento bien. Estoy débil pero me encuentro mejor. Ha sido el esfuerzo. La tensión nerviosa fue muy fuerte durante mucho tiempo y me ha dejado débil. Ha sido como un lavado de cerebro. Pero me pondré bien.

—Tienes que ponerte. La vida es hermosa.

—¿Qué pasó, Charles? Habla. Yo...

—Bueno. Tras haber llevado el Lancaster a Terre Haute un grupo de los nuestros se dirigió a Lira Tres Cincuenta y Siete y les obligamos a que soltaran a Clevis y a unos trescientos más que tenían apresados. Pero desde entonces han celebrado conferencia tras conferencia y parece que se llega al acuerdo de que los daños serían mayores de permanecer frente a frente y de que más vale que cooperemos. Ya no sé más. De nuevo me he convertido en un simple astronauta.

Farradyne rió de buena gana.

—Me han devuelto mi licencia sin tachaduras de ninguna clase. Ahora todo les parece poco. También me han salido contratos interestelares. Dentro de un año, si sigue todo esto así, podré retirarme y pagaré a alguien para que vaya en mi lugar. ¿No te parece bien, querida?

Norma le miró con dulzura.

—¿Es una proposición de matrimonio?

—En primer grado —dijo.

Los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas.

—¡Norma!

—Charles, no puede ser.

—Pero...

Ella sonrió.

—No es eso Charles —dijo lentamente—. No estoy pensando en Frank y en los años de odio. Ahora te admiro pero debes saber que realmente no estoy enamorada de ti. Yo...

Vio algo en sus ojos que le hizo comprender.

—¿Es por Howard?

Ella asintió.

—Le amaba antes que a Frank... Howard es un hombre fuerte. Utilizó a Frank, a ti, a mí...

El paró el chorro de palabras.

—Sé feliz.

Farradyne salió rápidamente del cuarto, recorrió los vacíos pasillos y llegó a la sala de espera.

—¿Howard? Está despierta y se siente bien aunque todavía muy débil. El verle y sentirle a usted hará maravillas. Está enamorada de usted.

Clevis se levantó y estrechó la mano de Farradyne.

—Es usted un gran tipo.

—Quiero ser el padrino.

—Bueno. Pues cualquier día de estos lo conseguirá.

Dejó a Farradyne y salió.

El piloto se sentó a fumar un cigarrillo. Tenía que haberse sentido decepcionado y en cambio se sentía feliz. Realmente Norma no era para él.

En el cuarto resonó una voz musical. Era como ángel, mujer y demonio cantando a la vez. Sonrió y miró a la muchacha que entraba.

—Cualquier día de estos... —dijo levantándose de la silla.

Carolyn rió suavemente.

—Pero si ni siquiera sabes pronunciar mi nombre.

—Ya me las arreglaré. Inventaremos algo...

Y cogidos del brazo salieron hacia el radiante día.

FIN